

CAROLINA MELYS
ALEJANDRA COSTAMAGNA
EDITORAS



Versión digital gratuita

para que circule por calles,
micros, liceos, colegios, oficinas,
y todos los lugares
donde haga falta.



Versión en papel disponible en:

editorial.bifurcaciones.cl

Avisa cuando llegues

Editoras: Carolina Melys & Alejandra Costamagna

Editorial Bifurcaciones

Sociedad Civil Bifurcaciones Ltda.

Pasaje Interior 10 y Medio Oriente 1297, Talca, Chile

editorial@bifurcaciones.cl

www.bifurcaciones.cl

ISBN: 978-956-9501-16-6

Diseño de Portada: Alejandra Acosta

Diseño y Diagramación: Bianca Sartori & Gonzalo Osorio

Dirección Editorial: Ricardo Greene

Publicado con el apoyo de:



Entidad de las Naciones Unidas para la Igualdad
de Género y el Empoderamiento de las Mujeres

Las personas, los libros y las ideas debieran circular libremente, sin miedo a una vuelta de esquina o a la oscuridad de una calle sin salida. Abrazando ese fin, les invitamos a mostrar, reproducir, copiar y dar a conocer estas páginas de todos los modos posibles, para que su voz se escuche fuerte y su mensaje llegue lejos. Solo tres cosas: mencionen la fuente, no lo vendan comercialmente y compártanlo bajo estas mismas condiciones.



Carolina Melys & Alejandra Costamagna
Editoras



 editorial
BIFURCACIONES

ÍNDICE

- 5 — *Presentación*
ONU MUJERES
- 7 — *Prólogo*
Alejandra Costamagna
A LA VUELTA DE LA ESQUINA
- 19 — *Prólogo*
Carolina Melys
SALIR SOLAS
- 29 — *Yosa Vidal*
CALAZA
- 31 — *Alia Trabucco Zerán*
GO HOME
- 41 — *Marcela Trujillo*
ÉPOCA PUNK
- 49 — *Luz María Astudillo*
DIARIO DE CAMPO
- 53 — *Alicia Scherson*
CABEZA DE RATA
- 65 — *Alejandra Moffat*
Y TAMBIÉN PIÑATAS
- 69 — *Carla Zúñiga Morales*
TODAS FUIMOS MONSTRUAS
- 73 — *Betina Keizman*
TAPADITAS
- 79 — *Rosabetty Muñoz*
APNEA
- 85 — *Lina Meruane*
PERMISO DE CIRCULACIÓN
- 91 — *Daniela Catrileo*
KÜTRAL
- 95 — *Macarena Urzúa Opazo*
SISTER OUTSIDER
- 105 — *Nina Avellaneda*
SOLA SIN TESTIGOS
- 111 — *Flavia Radrigán*
TU PROXIMIDAD
- 119 — *Pía Barros*
LA MEMORIA DE LAS HOGUERAS
- 123 — *Natalia Figueroa*
SYMI
- 127 — *Verónica Jiménez*
RÍOS DE TINTA
- 129 — *Begoña Ugalde*
IRISES (O MONÓLOGOS A DOS VOCES)
- 137 — *Carmen García*
LLAMADA IMAGINARIA
- 141 — *Ana María Baeza*
BRINDIS
- 147 — *Mónica Drouilly Hurtado*
INSERT COIN
- 155 — *Florencia Smiths*
LA CIUDAD NO (FRAGMENTO)
- 159 — *Juana Inés Casas*
UN SEGUNDO IDIOMA
- 165 — *María Antonieta Contreras*
DÉCIMAS & CUECAS
- 169 — *Elvira Hernández*
NO NOS FALTA CALLE
- 181 — *Autoras*
- 190 — *Editoras*

Presentación

ONU MUJERES

Ha sido una preocupación permanente y prioritaria en los movimientos de mujeres y feministas manifestar la importancia de visibilizar diferentes expresiones de violencia que durante largo tiempo no habían sido reconocidas. Es gracias a ese enorme trabajo que hoy leemos y escuchamos relatos que permiten al mundo conocer experiencias y opiniones tradicionalmente silenciadas. La violencia contra las mujeres es una pandemia mundial que directa e indirectamente ha afectado en distintos espacios y de forma cotidiana a todas y todos.

Para ONU Mujeres es importante dar apoyo a iniciativas que busquen dar voz a quienes quieran compartir su experiencia, reflexionar o realizar acciones en el desafío de erradicar la violencia contra las mujeres y lograr el reto de la igualdad de género. Con alegría recordamos el trabajo de OCAC Chile, organización que ha llevado a cabo diversas iniciativas que hemos tenido el placer de apoyar, y que permitieron por primera vez promulgar en Chile una ley para combatir el acoso sexual en espacios públicos. Si este logro existe, es también porque hay letras que están dispuestas a contar la realidad de las que han vivido o presenciado acoso, y esa perspectiva es lo que aquí podrán leer.

El libro *Avisa cuando llegues* es una invitación a sumergirse en relatos y emociones que permiten al lector comprender que hombres y mujeres no viven el mundo de la misma manera. El espacio público, el hogar y las vivencias cotidianas son escenarios donde los estereotipos, los sexismos y la desigualdad impactan a las mujeres de forma negativa.

Hacerle frente a la desigualdad de género es una forma de resiliencia de parte de las mujeres. Ante el riesgo de vivir una situación de violencia, existe una comunicación tácita. Sabemos que si está oscuro, andas con una persona desconocida o te vas sola, escucharás o leerás en algún momento «avisa cuando

llegues». Hoy el desafío radica en avanzar hacia la igualdad de género y lograr transformar el mundo en un espacio seguro; un lugar en donde nunca tengamos que preguntar, porque sabremos que siempre vas a llegar.

Prólogo

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

Hace años me encontré con una carta destinada a mi tía abuela. La firmaba su padre. Tres hojas para ser leídas arriba del barco que trasladaría a la muchacha desde su Piamonte natal hasta la provincia argentina, sin boleto de vuelta. Era 1949 y el padre la enviaba al otro lado del mundo, comprometida sin su voluntad con un primo en segundo grado, un hombre con el que compartía ancestros y apellido, pero casi nada más. El caso es que en esa carta el hombre le daba varios consejos: «Antes que nada, ser brava. Cortés con todos pero reservada, no dar confianza a los jovencitos porque sabiéndote sola pueden abusar de ti». Esta suerte de manual de instrucciones era la contraseña de una nueva lengua que la hija debía aprender. Además del castellano, debía ejercitarse en parecer una señorita de bien. Decía que era 1949, pero podríamos ir mucho más atrás. Podríamos llegar hasta el epicentro de la literatura clásica occidental y hacer el foco en la *Odisea* y asomarnos entonces, como nos invita a hacerlo la ensayista inglesa Mary Beard en su puntilloso libro *Mujeres y poder*, a la escena en que Telémaco ordena a Penélope que se comporte, que abandone el perímetro de los varones y se ubique en su rol de mujer: «Madre mía, vete adentro de la casa y ocúpate de tus labores propias, del telar y de la rueca [...] El relato estará al cuidado de los hombres, y sobre todo al mío». Beard concluye que ésta «es una prueba palpable de que ya en las primeras evidencias escritas de la cultura occidental las voces de las mujeres son acalladas en la esfera pública. Es más, tal y como lo plantea Homero, una parte integrante del desarrollo de un hombre hasta su plenitud consiste en aprender a controlar el discurso público y a silenciar a las hembras de su especie».

Es así como nosotras, las hembras de la especie, aprendemos a ser silenciadas. A ser normadas por un padre que traza nuestro destino y nos da pistas de cómo movernos fuera del hogar o por un hijo que nos ordena retornar a nuestros aposentos.

El padre, el hijo, el varón de turno: da igual. En la antigüedad, en la postguerra, en la actualidad. Las cosas han cambiado a estas alturas del siglo veintiuno, nos pueden decir. Y claro que sí. Hoy, en la mayoría de los países occidentales, las mujeres tenemos derecho a voto y podemos ir a la universidad, por nombrar dos asuntos impensables hace apenas dos siglos. Sin embargo, lo que hay de fondo y lo que permanece es la fijación de unas reglas implícitas y diferenciadoras en el ámbito público. En el dominio concreto de la calle opera una normativa que aprendemos rápidamente, desde que damos los primeros pasos fuera de casa. El carácter activo del sujeto que circula puertas afuera, asignado a la masculinidad, se contrapone con la pasividad que va del umbral de la morada hacia adentro. Lo que está lejos de significar que puertas adentro no opere la violencia, por supuesto. Como dice la escritora mexicana Cristina Rivera Garza en su ensayo «La primera persona del plural», publicado en la antología *Tsunami*, no cuesta mucho comprender que «el afuera no es lo contrario del adentro doméstico o laboral sino su continuación por otros medios». Pero la marcación del territorio, así como la asignación de los roles y su dinámica con el poder en cada espacio es clarísima: la calle para el macho, el hogar para la hembra.

Romper esa norma tácita, violar ese mandato, tiene sus consecuencias.

En este compilado de veinticinco autoras, que va desde dramaturgas a cantoras, de cineastas a poetas, de narradoras a ilustradoras, hemos querido armar un coro. Ramas diversas de un mismo arbusto en la mitad de la vía pública. Podemos hilar un manual de conducta a varias voces:

Así Alia Trabucco Zerán:

«Me pregunto en qué momento aprendemos el verbo cubrir.
Cubrir las piernas, el escote.
Cubrir el deseo, las estrías.
Cubrirse en la noche.
Descubrir la vergüenza».

Así Carmen García:

«Sentarse adelante en la micro. No andar sola en la noche.
No mirar a los ojos. No mostrar demasiado. No provocar».

Así Macarena Urzúa:

«hacerse la tonta
dedicarse a vestir santos
no hablar demasiado
no reírse tan fuerte
no pregunte tanto
hay cosas que no se dicen
otras que no se preguntan».

Así Lina Meruane:

«Cruzar la calle. Correr. Subirse a un taxi. Gritar. Fingir una llamada telefónica a la policía o hacer la llamada. Por si acaso».

Así Luz María Astudillo:

«Volver la mirada hacia un punto fijo, fingir sordera, apurar el paso, esperar que al doblar la esquina mi cuerpo se pierda entre una multitud que tal vez no existe».

Así Nina Avellaneda:

«Representé aquel personaje que tantas veces me había servido de madrugada: la mujer de calle, segura de sí, dueña del espacio. Tenía que ponerme el capuchón, parecer irremediablemente destructiva, refunfuñar, escupir, de lo contrario alguien vendría y me intimidaría».

Así Daniela Catrileo:

«El aprendizaje de esquivar el peligro y estar atenta a las maniobras de la población lo fui adquiriendo gradualmente, de forma paralela a mi crecimiento. En un momento, entendías que caminar por la vereda no era lo correcto. Sabías que, desde el block que habitabas hasta la casa de tu abuela, había siete cuadras de diferencia. Pero el recorrido se ejercía por la calle, nunca por sus estrechas veredas sin árboles ni pasto».

Así Juana Inés Casas:

«Todos saben que hay una geografía prohibida y se necesita aprender un segundo idioma para esquivar los peligros. Un abecedario hecho de terrenos baldíos, obras en construcción, minifaldas, bares al amanecer y autos [...] La ciudad viene con un propio manual de supervivencia».

Ya lo vemos. Estamos acostumbradas a movernos cotidianamente por la ciudad midiendo nuestros pasos, nuestra ropa, nuestros centímetros de piel al aire, nuestros gestos corporales. Acalladas y en la calle, aprendemos ese «segundo idioma» del que habla Casas. Aprendemos a ser bravas. Aprendemos que a la vuelta de la esquina acecha el peligro y que debemos comportarnos. Aprendemos a tomar una posición frente a la amenaza. Aprendemos que sobre nuestros cuerpos hay miradas y disputas. Aprendemos, a fin de cuentas, que lo personal no puede sino ser político.

10
—
11

Así cada una en esta reunión de imágenes. Así todas en un manto colectivo: una primera persona del plural que no deja de crecer, como diría Rivera Garza. Un mandato que se vuelve anónimo y va perdiendo sus contornos absolutos.

Así Betina Keizman:

«Tapadita solamente tiene ganas, aquí y ahora, de revolver tentáculos. La suma de una, más otra, más otra, define ese zumbido creciente producido por el roce de los tentáculos en la atmósfera espesa. Las tapaditas llegaron por tierra, algunas por agua, otras por aire».

Así Verónica Jiménez:

«Ahora la mujer sin rostro tiene poco más de 40 años y avanza a zancadas por veredas de tierra que se prolongan en las paredes de adobe de estas casas donde otras mujeres la miran pasar con el niño de la mano».

Así Flavia Radrigán:

«Los anhelos, los sueños y el culiar no cambian a través de los tiempos. Si el agua no cambia, ¿por qué se van a mover los deseos? [...] Mi mamá me dijo que tenía que ser una dama en la casa y una puta en la cama. Que así los maríos no se iban, porque no tenían nada que ir a buscar a otro lado».

Así Carla Zúñiga:

«Todas fuimos monstruas.

Y todas amamos.

Y nos empezamos a comer a los bárbaros.

Y por un momento pensamos que la felicidad sí era posible para nosotras en este país tan amargo».

Así Florencia Smiths:

«ahora que concibo llamarme / Rebeca Espinoza / yo digo que me llamo Ana tal vez Sara / quizás Clara / yo digo que tener solo / una ciudad como esta / sin fundación ni veneno / sin uñas sin dientes sin cura sin vientre / que aguante al que muera / porque aquí sí se muere / antes de que se nos mate / aquí en los feroces tiempos / de las cabinas y los perros y los cruces y parrillas».

Recuerdo que en los años 80 circulaba un rumor sostenido: cuidado, niña, que anda un exhibicionista. A veces la figura variaba a la del violador. Andaba el peligro suelto y no debíamos salir solas de noche. Al toque de queda y al control de las calles por parte de los militares se sumaba este escollo que nos restringía doblemente. La amenaza dictatorial tenía su resonancia con esta otra exhortación y operaba en un sentido semejante. Siempre existía la sospecha de que la víctima tuviera alguna responsabilidad: en algo habrá andado, no era una blanca paloma, es que con esa pinta también, quién la obliga a andar sola a esas horas, por Dios, ella se lo buscó, provocadora la chiquilla. Recuerdo haber visto en la esquina del liceo donde estudiaba a un hombre con un impermeable y anteojos oscuros, rondando

cuando salíamos de clases. Recuerdo el temor colectivo. ¡Es él, es él! Recuerdo como si me hubiera ocurrido a mí, la tarde en que mi hermana llegó a la casa contando que el hombre había abordado a su grupo de amigas y se había abierto el abrigo, mostrando un pene negruzco y erecto. Lo contaba con una risa nerviosa mi hermana. Había que tener miedo, pero también queríamos salir de ese miedo, mandarnos solas, enfrentar la amenaza. Una pugna que sigue hasta hoy. Porque tengo muchos recuerdos, propios y ajenos, de situaciones que van desde la infancia hasta ayer mismo en la tarde. Podría hacer una lista aterradora con ellos. La amiga que terminó negociando con el agresor para masturbarlo a cambio de que no la violara; la que en la micro fue infinitas veces manoseada; la que fue abordada en la calle, arrojada a unos matorrales y toqueteada bajo la falda; la que en el taxi fue amenazada de no llegar a su destino; las que, caminando de vuelta a nuestras casas desde el mismo liceo del exhibicionista, tuvimos que soportar cada tarde el agarrón en el trasero propinado por el conductor de un auto que pasaba raudo, haciendo una pirueta asombrosa: la mano izquierda extendida fuera de la ventana, lista para la agresión, mientras guiaba el manubrio con la derecha. Iban varios hombres arriba del auto y el sujeto arrastraba a la víctima de turno con su manaza de macho motorizado. ¡Ahí viene, ahí viene! Me pasó a mí, les pasó a ellas, nos pasó a todas.

Esa violencia que asimilamos desde la infancia, a veces soterrada, a veces explícita, a veces proyectada a un mundo paralelo, es carne viva en los textos de este compilado:

Así Elvira Hernández:

«Subo a un bus del Transantiago. Delante mío se sientan, al rincón un hombre y hacia el pasillo la mujer. Son trabajadores. Ella se sumerge en un diario de reparto gratuito y él mira por la ventana. Ella exclama: “¡Ya van tres femicidios y no ha pasado ni una semana! ¡Ni empieza el año!”. El hombre

responde: “La culpa la tiene la Bachelet”. Ella tuerce la cara llena de interrogaciones. “¿Qué tiene que ver la Bachelet?”. “Les dio demasiada libertad”, habla el hombre sin mirarla».

Así Ana María Baeza:

«Me preparo a la reyerta
Ya no quiero ser la muerta
Por las calles me abro paso,
Lucho y vuelco mi regazo
Rebelde contra tu puerta».

Así Yosa Vidal:

«A zancadas la alcanzan, la arrastran, la mandan a matar.
Afanan las armas, atacan la panza, patadas van, patadas llagan la cara, las dagas la acaban, dañan la paz».

Así Mónica Drouilly Hurtado:

«Muero. *Insert coin*. A mi hermano le queda un poco de energía. Sigue peleando mientras mi cuerpo, entero vestido de rojo, yace en el piso. Nos queda una ficha. Mi cuerpo parpadea. *Insert coin*. *Player 2*. Mi cuerpo parpadea. Meto la ficha. Mi cuerpo parpadea. Déjamela a mí, dice mi hermano. Mi cuerpo ya no está».

Así Alejandra Moffat:

«Del galpón casi siempre me gritan cosas. Son tres. El mayor debe tener doce años. Que mi reina, que cosita linda, que mis piernas, que mis ojos, que me podrían lamer. Yo me acerco rápido al kiosko y simulo estar interesada en los diarios y las revistas que ya están desteñidas por el sol. Ellos se ríen y después vuelven al trabajo».

Así Alicia Scherson:

«El Hombre sonrío mostrando unos dientes carcomidos y, en un rápido movimiento, le mete una mano entre las piernas y con la otra le sujeta la cabeza hacia atrás y le pasa la lengua por el cuello. Natacha queda paralizada y, mientras

es manoseada, mira hacia Olga que se aleja corriendo y gritando divertida hasta que desaparece al final del túnel».

Así Marcela Trujillo:

«Normalmente sentía miedo de caminar sola las cuadras del paradero a mi esquina. Pero esa noche ya no podía tener miedo porque lo más malo que podría pasarme me acababa de pasar».

14
—
15

Para las mujeres parece haber un latido sacudiendo todo el tiempo la calle. Un latido que nos advierte: Zona de peligro, Circule con precaución, Prohibido el ingreso, No detenerse. Sabemos que no es lo mismo un cuerpo femenino que un cuerpo masculino en el espacio público. Ya el lenguaje nos ubica en ese pulso diferenciado: sabemos también que no es equivalente hablar de una mujer de la calle que de un hombre de la calle, de una mujer pública que de un hombre público. La lengua reproduce una forma de mirar el mundo y de perpetuar una violencia demasiado tiempo instalada. Alterar estas normas parece estar implícito en las demandas y las reivindicaciones de las mujeres que salen, justamente, a la calle para manifestar su descontento con el estado actual de las cosas. Algunos carteles de la marcha del 8 de marzo de 2019 en Santiago de Chile, a la que se estima que asistieron cuatrocientas mil personas, revelan la inquietud colectiva: «Si un día no vuelvo, mamá, hace mierda todo», «En la calle quiero ser libre, no valiente», «Si me toca ser la siguiente, que sea la última», «Mamá, no te preocupes, hoy no voy sola en la calle», «Si no vuelvo no quiero que prendan velas, quiero que armen barricadas», «Quiero salir a jugar tranquila» (pancarta llevada por una niña de 10 años) y «Avisa cuando llegues».

Este libro es un cuerpo armado de múltiples cuerpos. Aquí hay mujeres que miran a otras mujeres, que intentan escucharlas; mujeres en trayecto hacia alguna parte; anónimas y ocultas, amparadas en el silencio.

Así Rosabetty Muñoz:

«Hablan poco, entrecortadas, en voz baja, se repliegan, doblan el cuerpo y echan los hombros hacia adelante, como para proteger (se). Las frases que pronuncian son mínimas, oraciones breves, lugares comunes. A menudo monosílabos, o solo movimientos de cabeza. Lo que no se dice está bajo capas de ocultamiento».

Así Natalia Figueroa:

«Una mujer sola siempre llama la atención en un pueblo.
Pero no reparé en las miradas
Seguía junto a ese carnero
que al menos estaba de verdad atado
aunque también sobre esa grúa
mis manos eran fuertes y seguras
al manejar la pala que empujó finalmente el tronco al costado
donde también yo caía».

Así Begoña Ugalde:

«La segunda vez que la encontré, estaba acostada en medio de la vereda sobre un colchón lleno de manchas amarillas. Su cuerpo parecía flotar. Como si el colchón fuera una isla. O más bien una balsa a la deriva».

Así Pía Barros:

«Las niñas se hicieron otras con la piel abierta y las rabias resumidas en una, las pupilas alertas para exigir verdades completas, niñas de cuerpos en guerra, que no saben ni pueden esperar más, desolladas de la historia del silencio, rabiosas guerreras flameando altivas».

Otra consigna que resaltó en la marcha de marzo de 2019 en Santiago fue «Cambia tu canon». Porque, durante años de años, nos hemos formado con modelos de lectura en los que escasean las mujeres. A las escritoras de nuestra tradición se las anula e invisibiliza.

No existen, son poquita cosa, no les dan los puntos. O, como ocurría con Marta Brunet, por ejemplo, se la masculiniza para que dé el ancho. «Escribe como hombre», decían los críticos acerca de ella. «Un verdadero escritor». Como si ciertos temas, ciertos tonos, cierta respiración fueran propiedad de lo viril. Como si la testosterona fuera la prueba de calidad y el pase de salvación para entrar a ese canon literario tan masculinamente sesgado.

Escribir como hombre para validarse.
Comportarse en la calle como hombre para salvarse.
Masculinizarse, esconder el cuerpo, ocultarse.

Pero en las páginas de *Avisa cuando llegues* hay también un susurro liberado. La idea de que hay mucho, muchísimo camino por andar. Y, con ello, una voluntad arrolladora. Así María Antonieta Contreras en una de sus inspiradísimas cuecas para este volumen:

16
—
17

«Mis padres ya no me quieren
quien amo no me tolera
me voy no más de este pueblo
quién me vio, y quién me viera.

Mi corazón palpita
ya veo el puente
me han castigado mucho
por diferente

Por diferente, ay sí
¿ves que libera
ir manejando sola
por carretera?

Vuelo sobre el cemento
y el pelo al viento».

Que el rumor sea canto y no letanía parecen decir estas voces múltiples. Que la vuelta de la esquina, algún día, deje de ser oscuro manto y se vuelva tierra liberada del miedo. Que la palabra sea calle y cambio, dicen, decimos, diremos.

Alejandra Costamagna

«Anhele la libertad de salir sola [...] Esto es lo que envidio. Sin esta libertad, no es posible ser una gran artista», anotó en su diario la escritora y pintora rusa Marie Bashkirtseff en 1879, en tiempos en que era imperativo estar acompañada en las calles o simplemente evitar salir. El acceso libre de las mujeres al espacio público tardaría en llegar. Aunque con el tiempo se derrumbarían las barreras legales y sociales que impedían su libre circulación, nada de eso ha evitado que la mujer siga siendo hasta hoy una presencia disruptiva en la calle. La mujer y el espacio público establecen una relación en constante tensión que impone desafíos y acomodos; una conquista permanente, pero también una amenaza. En definitiva, un espacio que nos interpela a diario y en que el desacato suele costar caro.

A partir de la idea del espacio público como un lugar de encuentro y socialización, sin exclusiones, democrático en su esencia, Hannah Arendt propone «el derecho de presencia», ese que se adquiere solo por estar ahí: disfrutar aquello que es de todas y todos. Esfera a la que concurrimos en igualdad de condiciones, responsables, autónomos y libres. Ese ideal, aprendido en la repetición de leyes y derechos, se desvanece en el minuto en que la mujer pone un pie en la calle. Fue Habermas quien, a pesar de plantear la vocación igualitaria del espacio público, fue reconociendo que las lógicas de exclusión propias de la vida privada se replicaban fuera de ella. Pero algunas mujeres ya no estaban dispuestas a acatar. Las tretas para pasar inadvertidas se multiplicaron. Podemos imaginar a Georges Sand caminando por las calles de París a mediados del siglo XIX, vistiendo un impecable traje de chaqueta, sombrero y bastón, cual caballero, para no llamar la atención de los transeúntes, en su mayoría hombres.

Pasarían años para que las mujeres pudieran dejarse llevar por las calles y recovecos de las grandes ciudades. Virginia Woolf disfrutaba tanto de esos paseos que en su texto *Ruta*

callejera, plasmaría la emoción que sentía al perderse en la multitud: «Nos liberamos del yo que conocen nuestros amigos y pasamos a formar parte de ese inmenso ejército republicano de vagabundos anónimos, cuya compañía resulta de lo más agradable luego de la soledad de la propia habitación». Sin embargo, la propia Woolf deja entrever que para salir a la calle debe haber una excusa. La suya es la necesidad de comprar un lápiz para seguir escribiendo. Y es ese pretexto el que utiliza para arrojarse a caminar por las avenidas de Londres, en que «la tarde nos da la irresponsabilidad que brindan la oscuridad y la luz de las farolas».

Hace más de medio siglo, María Luisa Bombal erigió a un personaje femenino como eje central de la novela *La última niebla*. Categórica resulta la escena en que la protagonista, al no poder conciliar el sueño, decide salir a caminar en mitad de la noche. Recorre las calles desoladas, llega a un parque, se encuentra con un hombre y lo sigue hasta una casona que pareciera abandonada. Esta osadía no llama la atención hasta que la mujer desea repetir su paseo nocturno: esta vez el marido está despierto y cuestiona su decisión. Ella afirma que ya lo ha hecho antes. Y es la voz del marido la que nos vuelve a la realidad: todo ha sido un sueño, eso nunca ha pasado, cómo va a salir a caminar de noche, evidentemente tenía que haber sido un sueño. Su argumento es lapidario.

POSIBILIDADES LINGÜÍSTICAS

Esta tensión hemos vivido las mujeres desde siempre: el deseo versus las imposiciones. El *flaneur*, icónica figura que calleja sin rumbo solo por el placer de caminar, está vedada para la mujer. «No existe equivalente femenino para la quintaesencia de la figura masculina: el *flaneur* no es y no podría ser una *flaneuse*», reafirma la historiadora del arte Griselda Pollock. No podría ser, así como tampoco permite ser nombrada, pues el adjetivo *flaneuse* no encuentra cabida en el diccionario. La figura de la mujer paseando libremente y sin destino, no está permitida ni siquiera como posibilidad lingüística.

En cambio, el concepto que ha definido y anclado a la figura femenina ha sido la de dueña de casa: la mujer puesta al mando de un lugar cerrado que la circunscribe y la limita. Ilusión de posesión –¿es realmente *dueña* de la casa?–, pues en la práctica es una herramienta más de control. En palabras de Gabriela Mistral, esta circunscripción sería una provocación: «Cuando se señaló a la mujer como única sede del hogar, tal vez se la provocó con la mezquindad del espacio, como la ardilla del parque zoológico a que se echase por sobre la valla». La valla a la cual refiere en ese momento es la del campo laboral, en su texto sobre una nueva organización del trabajo, publicado en prensa en 1927.

En esta misma línea, el acceso a la educación fue una de las banderas de lucha y herramienta indispensable de la mujer para participar activamente de la *res* pública, aunque siempre con trabas, algunas decididamente ridículas. Conocido es el caso de Eloísa Díaz, primera doctora titulada en Latinoamérica, quien debió asistir a clases a la Universidad de Chile acompañada de su madre. O Ernestina Pérez, activista feminista y doctora, titulada tan solo dos semanas después que Eloísa, confinada a escuchar las clases de posgrado en Alemania detrás de un biombo para evitar el revuelo que causaba la presencia femenina en la universidad europea. Porque ganar espacios en la vida pública es fundamental para validarse y cimentar el camino para quienes vienen detrás.

OJOS QUE MIREN A LA CALLE

Al pensar en la mujer habitando la ciudad moderna, uno de los ejes centrales es la seguridad. Interesante y actual resulta la propuesta de Jane Jacobs en su libro *Muerte y vida de las grandes ciudades*, en donde plantea que para habitar la ciudad «ha de haber siempre ojos que miren a la calle, ojos pertenecientes a personas que podríamos considerar propietarios naturales de la calle». Una ciudad hecha para habitarla puertas afuera, abierta a los transeúntes. No solo para ir de un lugar a otro, sino para quedarse. Aceras, bancas, plazas, con diferentes usos para distintas horas y personas. Una vigilancia entendida desde la participación colectiva en un proyecto común de ciudad.

Sin embargo, en las urbes contemporáneas de carácter neoliberal, donde el crecimiento desmedido y la exacerbada individualidad se apoderan de las estructuras sociales, cada uno pareciera seguir su ruta, sin desviarse del camino. Sin distraerse tampoco. El cuento de la Caperucita Roja, grabado en las cabezas de frágiles sensibilidades, hace cuestionar incluso las peticiones de ayuda, algún grito lejano o un acercamiento inesperado preguntando alguna dirección. «Anda con cuidado» sigue siendo la directriz y lema especialmente para las niñas y adolescentes.

Pierre Bourdieu acierta al identificar a la mujer en el espacio público como un ser esencialmente percibido. Afirma que la dominación masculina «tiene el efecto de colocarlas en un estado permanente de inseguridad corporal o, mejor dicho, de dependencia simbólica. Existen fundamentalmente por y para la mirada de los demás, es decir, en cuanto que objetos acogedores, atractivos, disponibles». En la misma línea, Rebecca Solnit en su libro sobre el caminar, *Wanderlust*, afirma que la presencia de la mujer en la calle suele ser entendida «como una exhibición más que como el traslado de un lugar a otro, pues se supone que las mujeres caminan no para ver, sino para ser vistas», es decir, el hombre sería el centro de la experiencia misma del caminar femenino.

La mujer como un ente ajeno y extraño a la vida pública es un tema que ha sido ampliamente estudiado por el antropólogo Manuel Delgado. Siguiendo la lógica de que el espacio público es para mirar y ser mirados, paradójicamente ella, que es sostenidamente invisibilizada en múltiples ámbitos y aspectos, en su irrupción en la calle, pareciera atraer todos los focos; una exacerbación de su corporalidad, teniendo como consecuencia agresiones de todo tipo.

Es el mismo Delgado quien advierte en su libro *Sociedades movedizas*, que las mujeres de la calle no son el símil femenino de hombres de la calle, sino más bien su inversión. Pues «hombre de la calle» alude a conocimiento de mundo y a ciudadanía, a participación activa en lo que importa a la gente. En cambio, mujer de la calle es su negativo: mujer pública. No ya que participa de la vida social, sino que es ella misma un sujeto

público, accesible a todos. Lo contrario a mujer pública sería, entonces, mujer privada o más bien propiedad privada. Un dilema, una camisa de fuerza contra la que siempre ha luchado la mujer: por un lado, la carga simbólica y extremadamente castradora de las etiquetas y sanciones sociales, y por otro, la amenaza real y constante que implica el habitar la calle a solas.

A esto se refería Sylvia Plath cuando lamentaba la tragedia de haber nacido mujer. Lo vivía como una condena por las limitaciones impuestas por el género en una sociedad planeada, pensada, organizada y administrada por hombres. Plath anotó en su diario: «todo acaba arruinado por el hecho de ser una chica, una mujer siempre en peligro de ser asaltada y agredida». Una mujer que no puede conocer más mundos que los dictados por la norma, cuando en realidad ella quisiera mezclarse con marineros, camioneros o soldados libremente, sin prejuicios ni prohibiciones.

ESOS PEQUEÑOS CÁLCULOS

Las mujeres y la calle mantienen, entonces, una relación siempre problemática. Que necesita determinar sus normas, sus riesgos y consecuencias. De estas decisiones dependerá la experiencia de cada una en el espacio público. Los lugares donde decide ir, el transporte que decide usar, la hora en la que decide circular, la ropa que elige ponerse, generan cuestionamientos que van configurando desde niñas la relación que se establecerá con la calle. Por lo tanto, este habitar el espacio común está lejos de ser pleno. Así lo manifiesta la antropóloga argentina Rita Segato, quien llama la atención acerca de esos pequeños cálculos diarios e inconscientes que subyacen al hecho de salir a la vía pública.

Parte del imaginario común está construido por miles de escenas de películas o series que comparten ciertos códigos. La imagen de una mujer caminando sola en la noche, los zapatos marcando el ritmo de la marcha con cada paso. Esperando el momento en que los pasos se aceleren e inquieten al espectador. Porque se sabe que una mujer sola, de noche, acompañada solo por el ruido de las pisadas en el cemento debe tener, sin excepción, en la contraparte a un enemigo al acecho.

A raíz del hastío que producen los cálculos para mantenerse segura, es que la escritora y crítica cultural Camille Paglia, lanza su polémica propuesta de asumir el peligro. Esta idea es la que retoma Virgine Despentes en su libro *Teoría King Kong*, a partir de una experiencia de violación vivida por la propia autora y en la que ella como víctima decide no hablar, porque traería más consecuencias nefastas para su vida: la calle le sería del todo vedada. Paglia afirma que las mujeres deben correr el riesgo si quieren circular libremente. «Y si te violan, te levantas, te desempolvás y sigues». Porque el precio de la libertad de que gozan las mujeres está supeditado a estar dispuesta a hacerse cargo de las consecuencias. Despojar a la violación de toda carga, borrar el papel de la víctima, y salir una vez más a las calles.

De un modo u otro, hemos tenido que encontrar mecanismos para enfrentarnos a la calle. Tal vez uno de los mayores méritos de la salida masiva de las mujeres en multitudinarias marchas ha sido no solo el carácter fuertemente vindicativo, sino la configuración de un colectivo con objetivos comunes. Que los espacios de conquista sean cada vez más extensos y que la presencia de la mujer en las calles sea liberada de toda carga social, hasta que caminar libremente la ciudad sea un derecho. Que los caminos no se limiten a uno –el eterno dictamen de la madre a Caperucita–, sino que la ciudad sea un espacio de múltiples direcciones. Y que ya no sea necesario decir: «avisa cuando llegues».

24
—
25

Carolina Melys



Yosa Vidal

CALAZA¹

Cada mañana las masas avanzan a la zaga para trabajar, van a la chamba para ganar la paga, mas la Calaza, raza bárbara, zampa cáscaras, rasca las cañas para tragar la amarga racha. Agazapada, avanza hasta las casas caras al hallarlas ralas. Ya saltan las ganas para traspasar la valla. Agacha las alas para salvar la zanja, las patas largas avanzan, pasa la raya, allana la casa, arranca chapas, aldabas, halla la traza hasta la planta alta, agarra la baranda, rasca las mamparas, las barbacanas, la nalga larga arrastra, anda alagartada para acabar la calma. Ataca. Acapara lanas, sábanas, abraza cada planta para abarcarla, ama las plantas, ama las albardas, ama cada palabra rara, malsana.

Mas ¡alarma! La laya alta la halla: ¡Allá! ¡Atar a la rata! A la mala.

A zancadas la alcanzan, la arrastran, la mandan a matar. Afanan las armas, atacan la panza, patadas van, patadas llagan la cara, las dagas la acaban, dañan la paz.

Abstractas campanas achaflanar la calma; ya aclaran las lámparas.

Las razas altas tapan las casas a trampas alambradas, mas nada parará a la Calaza: la manada ácrata llamará a la calma para cantar ya la más astral hazaña.

¹ «En botánica, la chalaza o calaza es una región del óvulo de las plantas con flores en la que convergen el funículo, la nucela y los tegumentos. Esta zona puede coincidir con la terminación o ramificación de los haces vasculares que penetran en el óvulo».

Alia Trabucco Zerán

GO HOME

*Mientras que el cuerpo está y está y está
y no tiene dónde meterse*
Wisława Szymborska



Una playa. Podría ser cualquier playa del planeta. Arena, quitasoles, toallas. Hombres y mujeres desplomados sobre las toallas. Sus caras apuntan hacia el mar, en sincronía, como si esperaran el arribo de una buena noticia.

~

El sol se pulveriza sobre los cuerpos. Dibuja manchas y extrañas sombras que desfiguran los perfiles: un agujero en la mejilla, una cara sin boca, un hombre sin cuello. El resto de la piel resplandece bajo esa luz. Brilla hasta perder su palidez y teñirse, poco a poco, de un rosa furioso, como una herida.

~

La fotografía cubrió las portadas de los diarios e invadió millones de pantallas. Tal vez por eso la quise guardar; para olvidarla. Recuerdo que la copié y la arrastré a una nueva carpeta en mi computador. Y que mi problema, en ese momento, fue nombrarla. Cómo describir a esa mujer, su perplejidad, mi rabia. Esa rabia vieja, siempre tibia. Finalmente, dejé un espacio donde debía haber palabras. Y la carpeta se mantuvo así, sin nombre, durante casi tres años.

~

La imagen, sin embargo, siguió rondando en mi memoria. Eso pienso mientras examino el color turquesa del pañuelo, el resplandor sobre las piedras, el verde del único quitasol. Todo continúa allí, intacto, salvo el hombre que la vigila. A él no lo recordaba. Está atrás, en segundo plano, pero un hilo invisible lo une a la mujer. Tiene unos cincuenta años, el torso desnudo, la cara partida en dos pedazos: uno de luz, otro de sombra. Por el ángulo de la fotografía parece estar desvestido, pero nada en su actitud refleja desnudez. Como si hubiera cuerpos que simplemente no se desvisten. Como si su poder los cubriera. El hombre endereza la espalda, gira el cuello y enfoca. Mira con la excitación que anticipa a la violencia. Y su piel, toda su piel, es el augurio de esa violencia. Rosada, casi roja. Un color que su cuerpo no podrá soportar. Solo esa idea me tranquiliza. Saber que por la noche ese hombre no podrá dormir. Que se moverá sobre la cama, inquieto, incapaz de huir de su propio cuerpo. Que hora tras hora el ardor lo mantendrá en vela. Y que en el filo del amanecer, desesperado, encenderá la luz y verá cómo su propia piel se despega de su cuerpo.

~

Me pregunto si la imaginación puede reemplazar a la justicia. Imaginar, por ejemplo, que toda esa piel se despelleja o que el

policía arroja gas pimienta sobre su propia cara o que por la tarde el alcalde toca a la puerta de la mujer y le pide disculpas. Fue un error, le dice, un error imperdonable. La imaginación ensaya, urde, da una estocada, pero fracasa. El daño sigue ahí, a salvo, lejos de ser imaginario.

~

Mi insolación tampoco lo fue. Ocurrió cuando tenía doce años y pasamos unos días en Isla Negra. No recuerdo detalles de la playa, tampoco el motivo de mi perpetuo mal humor. Todo se confunde con otros veranos salvo el ardor de la quemadura. Al verme afiebrada, temblorosa, mi abuela ordenó que me acostara en su cama y cerró las cortinas. El sol se filtraba por una ranura, insistente, mientras ella salía y entraba con puñados de barro entre sus manos. Mi abuela tarareaba una canción y esparcía el barro sobre mi piel. Brazos, piernas, pecho, manos. Y yo, muy quieta, con los ojos cerrados, adormecida y feliz, me iba transformando en una estatua. Una enorme estatua de greda. Fue el mejor día de ese verano. El día en que el sol me salvó. A partir de entonces no tendría que usar traje de baño. Ya nadie se atrevería a insistir. Nadie miraría mi cuerpo, tampoco yo. Me pasaría las tardes en el refugio de la sombra, en la arena fría, la piel fresca bajo mi ropa. La comodidad de la ropa. La protección de la ropa en la desprotección de la playa.

~

Más tarde entendí que insolarse no era necesario. Bastaba repetir: no sé nadar, estoy enferma, no tengo calor. Fingir fiebre, tos, y así evitar los camarines, los paseos de curso, los cumpleaños con piscina. O decir, directamente: se me olvidó el traje de baño. Entonces, desde la sombra, observar a las otras niñas treparse a las rocas, correr, jugar, zambullir sus cuerpos en el agua. Y comparar sus piernas y mis piernas, sus brazos y mis brazos, sus caras y la mía, sudorosa, las gotitas acumulándose en mi frente.

~

Me pregunto si la incomodidad también se aprende. Si se estudia como se estudian los gestos de las madres. Como se aprende a ceder y a guardar silencio. A agradar. A complacer. Como se aprende a fingir.

~

Esa tarde, hace tres años, no fingí. Habían pronosticado 38 grados en Nueva York y decidimos pasar el día en la playa. Compramos un quitasol destartado, cremas, frutas y emprendimos camino. Una micro hasta el metro, el metro hasta la terminal y treinta minutos a pie por un descampado. Ahora pienso que el tedio del viaje escudaba a ese lugar. Una playa sucia, de vidrios rotos y jeringas enterradas en la arena, pero que tras el largo trayecto refulgía como la playa más perfecta.

34

— 35 Recuerdo que caminamos hasta quemarnos las plantas de los pies. Desconcertados, atravesamos la zona de los hipsters, con sus barbas podadas y sus torsos esculpidos; la de los latinos, con sus niños bulliciosos y felices; la de los octogenarios rusos, con sus abrigos largos y severos. Avanzábamos cada vez más lento, más confundidos, como los tres protagonistas de un mal chiste: un colombiano, una argentina y una chilena, sin hijos, sin bikinis, sin bronceado, sin lugar.

Dejamos atrás a las mujeres solas, a los hombres solos, a los afroamericanos y a los asiáticos, también solos, hasta que llegamos a algo parecido a un carnaval: la playa *queer*, con sus globos de colores, su música estridente y todos esos cuerpos, tantos cuerpos, bordados de cicatrices.

~

Ninguno de nosotros tenía tatuajes.

Los tres cuerpos más desnudos de cara al mar.

~

La mujer de la fotografía también está desnuda. Viste unas calzas negras, una túnica turquesa y un pañuelo del mismo color. Pero hay cuerpos imposibles de cubrir. Hay telas que no sirven para nada.

~

Me pregunto en qué momento aprendemos el verbo cubrir.

Cubrir las piernas, el escote.

Cubrir el deseo, las estrías.

Cubrirse en la noche.

Descubrir la vergüenza.

~

Antes del delirio de la fiebre, mucho antes de esa tarde de sol, me obsesioné con una idea: todas las playas, también esa playa de mi niñez, albergaban un punto secreto, infalible. Lejos del acceso y de la orilla, a medio camino, en un doblez del tiempo y del espacio, existía un lugar milagroso. Bastaba desplegar la toalla, recostarse y esperar. Entonces, desde los bordes de la tela, en el instante en que la toalla tomaba contacto con la arena, una membrana traslúcida se alzaba alrededor de los cuerpos, de mi cuerpo. Solo esta idea me permitía quedarme tantas horas en la playa, tan cerca de los otros, pero siempre sola frente al mar.

~

Creo que la mujer de la fotografía conocía este secreto. Parece estar lejos del acceso, a salvo de las olas, en ese preciso doblez.

Llegó sin compañía, con un pañuelo negro y un solo objetivo: descansar. Y se recostó de perfil, ni de espaldas ni boca abajo, de perfil, como solo reposan los cuerpos extenuados.

~

La imagen fue obtenida en Niza en el verano del 2016. El autor es un francés que fotografiaba aves en vuelo. No quiso dar entrevistas cuando la imagen dio la vuelta al mundo. Ante las preguntas, se encogió de hombros y dijo que ya había dicho lo que quería decir.

~

La mujer, en cambio, sí habló. Sin mirar a las cámaras, con los ojos clavados en el suelo, dijo que su nombre era Siam, tenía treinta y cuatro años, y todo lo que quería era pasar la tarde en esa playa.

36
—
37

~

Yo tenía treinta y tres años ese verano. Y a muchos kilómetros de distancia también quise pasar el día frente al mar. Y ahí estaba, con mi traje de baño, boca arriba, rodeada y sola, cuando sin pensarlo abrí los ojos. Un viejo capricho infantil. Mirar el sol unos segundos y luego, sin dejar de parpadear, comprobar cómo se perfora el paisaje. Las olas repletas de agujeros negros, los cuerpos acribillados, el cielo manchado aquí y allá. Recuerdo que estuve así un largo rato, herida de luz, hasta que un pensamiento me sobresaltó: me sentía bien. Me sentía a gusto. Había tardado treinta y tres años en sentirme a gusto en una playa.

~

Me imagino que también ella se sentía bien. Contenta, sí, medida por el murmullo de las olas, por la brisa húmeda, el sueño.

Tal vez ese sonido la adormeció. De lo contrario, los habría visto venir, los habría oído acercarse.

~

Busco obsesivamente al culpable. Huellas ocultas en la indolencia, en el desparpajo. Uno a uno los ausculto, los castigo con la mirada. Tal vez fue el hombre del jockey blanco o el de anteojos de sol. O acaso fue la dupla de bikinis deportivos. A lo mejor una de ellas alzó el celular y alertó a la policía. Esa que frunce la nariz y la frente, como si sintiera un aroma repugnante. Quizás ella se sobrepuso a la náusea y habló:

Aló, dijo la voz.

Hay una mujer.

Hay una mujer sola.

Hay una mujer sola y vestida.

Hay una mujer sola y vestida y con un pañuelo en la cabeza.

Un pañuelo.

Así es.

Un pañuelo musulmán.

~

Algunas palabras son más peligrosas que otras. Palabras inflamables, prohibidas. Pero no basta decirlas para que exploten. Solo el silencio, nuestro silencio, es capaz de detonarlas.

~

Madamme. Madame. Las dos palabras que la despiertan. O tal vez la sobresaltan los gritos: *Go home.* Eso decía la noticia. Que los franceses gritaron *go home*, en inglés. Para que se fuera a su país. Para que volviera a su casa.

~

¿Cuántas veces es necesario cruzar el umbral de una puerta para que una casa se transforme en un hogar? ¿Cien veces? ¿Mil veces?

~

Siam es francesa. Sus padres son franceses. Sus abuelos franceses. Pero esto, desde luego, no tiene la más mínima importancia.

~

38

— La policía puede multar a aquellas personas que no usen un atuendo acorde a la moral o al secularismo. La multa consiste en el pago inmediato de 38 euros. Las autoridades francesas se defienden. Dicen que la situación es excepcional, que el terrorismo, el miedo, que el Estado laico, el Islam. Y agregan que siempre es posible evitar esta sanción.

Es posible no ir a la playa.

Es posible no ser musulmana.

Es posible ser musulmana y ocultarlo.

Es posible desaparecer.

~

Rodeada, la mujer se sienta, yergue la espalda y mira hacia arriba. Me pregunto si le incomoda la huella de las piedras contra

su espalda, el cuello tenso, el calor latiendo bajo su ropa. Quizá se sorprende al descubrir que está ahí, en la playa. A lo mejor el sueño la había ausentado de su cuerpo y se sobresaltó al sentir la boca seca, los ojos secos, la piel quebradiza por la sal. Por un instante, un pestañeo, creyó que estaba en su casa. Se atrevió a pensar, esa mujer, que esa playa era su casa.

~

El policía le pregunta su nombre. Le pregunta si habla francés. Si está sola. Por qué está sola. Qué hace una mujer musulmana sola en la playa.

Ella contesta. Eso revelan las imágenes. Que contesta su voz, pero más rotunda, más clara, es la respuesta de su cuerpo.

~

Unos kilómetros más allá, una bandada de tordos sobrevuela el horizonte. Dibujan una esfera, una estela, un agujero negro en el cielo. El fotógrafo dispara y falla. Dispara y falla otra vez. Entonces, derrotado, baja el lente y la ve. A la mujer, a los policías, a los hombres que la rodean. Alza la cámara. Enfoca. Clac.

~

La mujer escucha, en la distancia, ese disparo. Es un tronar lejano, como el de un objeto muy frágil que se rompe. Ese ruido, curiosamente, la sobresalta. Como si las olas hubieran enmudecido, ese sonido ligero, secreto, la lleva a abrir los ojos. Clac.

La mujer se sienta, yergue la espalda, mira hacia arriba. Es extraño el tropiezo. Como si la realidad se hubiera plegado y desplegado. Como si hubiese otro lugar, otro desenlace para esta historia. Sorprendida, piensa: estoy en la playa. Y parpadea una, dos, tres veces. Muy lentamente, como si dudara.

La mujer se examina las manos, las piernas, mira a un lado y al otro. Está ahí, sobre la arena, y a su alrededor, envolviéndola, una membrana delgada y traslúcida. Es curioso. No la había notado hasta ese momento, pero sabe que siempre, siempre ha estado ahí. Un dobléz del tiempo y del espacio, piensa. O tal vez eso pienso yo. Porque ella, sobre mi página, está sola. Sobre mi página ya no hay policías, no hay miradas que la cubren o la descubren. Aquí, ahora, hay una mujer. Se llama Siam, tiene treinta y cuatro años y camina hasta la orilla del mar. Hunde los pies en la espuma, las piernas en el agua tibia, mansa. El mar le ciñe la cintura. La sorprende el silencio, la insistencia del sol. Entonces, sin saber por qué, alza la mirada. Allá, en un punto lejano, una bandada de tordos atraviesa el cielo. Dibujan esferas, estelas, manchas. Como si el cielo se hubiera horadado, piensa, pero enseguida cambia de opinión. Es como si allá lejos, allá arriba, algo secreto, suyo, estuviera a punto de empezar.

Marcela Trujillo

ÉPOCA PUNK

Cuenta hasta 10, me dijo el doctor. 1, 2, 3... y me fui a negro. Cuando volví a la conciencia estaba mi mamá al lado de la camilla con sus ojos muy abiertos acariciándome nerviosamente el pelo y evidentemente feliz de que hubiera despertado. Me dijo que llevaba mucho rato durmiendo, más de lo normal y como yo tenía la presión baja, igual que ella, seguro que la anestesia me hacía más efecto que a las demás personas. Tenía historial de desmayos. Una vez me desmayé en una cola de la aduana en el paso Los Libertadores, en plena Cordillera de Los Andes, en un viaje en auto a Mendoza cuando tenía 10 años. Desperté acostada en una camilla, cuando un milico argentino que me tenía agarrada del cuello me había hecho un abdominal forzado para volverme a la vida. Después me dio una barra de chocolate. Otra vez me desmayé en un vagón repleto del metro muy temprano camino al colegio y desperté sentada en un banco del andén con una señora que me daba aire con la mano. Y con los pitos me daba la pálida, mis amigos (los buenos) sabían que si fumaba siempre terminaba apoyada en un muro donde caía lentamente al suelo. Por eso para sociabilizar prefería el alcohol. Pero era porfiada, igual fumaba marihuana, me gustaba el olor y no me podía aguantar. Por culpa de esa mezcla había terminado en la clínica clandestina... y por culpa de mi peinado The Cure, mis bototos, mi chaqueta de jeans rota teñida con anilina Montt Blanc y mis malos amigos punks. Yo también era punk, pero de San Miguel, de la parte cuica de San Miguel, del Llano Suberca-seaux, en el paradero 7 de la Gran Avenida.

Mis amigos punkies vivían en barrios más pulentos, en barrios con casas de fachadas continuas y en cités del centro antiguo de Santiago. Yo los pasaba a buscar, entraba a sus casas pequeñas y oscuras con olor a comida y a pipí de gato, con la tele prendida y una abuelita en un sillón, y me daba cuenta de que mi realidad era privilegiada. Pero yo nunca hablaba de eso.

Sabía que era incómodo y siempre lo oculté. Yo iba a sus casas, ellos nunca a la mía. Nos unían la música, los pitos y el copete. Recuerdo que nos reíamos mucho y que en los recitales bailábamos y saltábamos como si tuviéramos resortes en los pies. Estilo Pogo le decían. Era como un ataque epiléptico hecho a propósito. Estar enajenada, aturdida, loca y borrada era mi idea de la felicidad. Es difícil de creer para mí ahora, pero por alguna extraña razón en esa época lo fue. Hasta esa noche.

El mes anterior a ese día en la clínica clandestina, un fin de semana cualquiera, salí con mi mejor pinta punk en busca de mis amigos a la calle Gorbea. Era un grupo grande, cinco hombres y yo, pero solo conocía al Rocco. Una vez estábamos en la Bienal Underground de Matucana, un galpón de la movida alternativa de los ochenta en Santiago, y el Rocco cantaba en una banda llamada Pata e'Pollo y tenía un papel con la lista de canciones. Yo la miré y tenía faltas de ortografía de esas imposibles como -invento- «havlár». Cuando le dije, me respondió: «¿Y qué importa? Si es pa' mí y yo lo entiendo». Y tenía razón. Murió joven de una enfermedad que desconozco.

42
—
43

Nos fuimos caminando por el Parque Forestal y llegamos a un puente redondo que le decían japonés. Recuerdo hablar con el Rocco y preguntarle por su mamá, pero me cambiaba el tema y yo le insistía, porque ebria me ponía catete y después de un rato me contestó: «Ya, ¿querí saber? Mi mamá es puta». Eso es todo lo que me acuerdo de lo que conversé esa noche. Y que me dio pena porque él me caía bien y que después tomamos pisco y fumamos pitos. Y como generalmente me pasaba con ese cóctel, me dio la pálida y me borré. Era de noche, muy tarde. Pero yo era punk y los punks son rudos y duermen en los bancos de plazas. Los punks hombres, más bien.

Ahí fue donde desperté, con un horrible dolor de cabeza y en posición fetal. Dos hombres me hablaban con lenguaje y entonación de paco, me retaban porque no debía dormir ahí, porque era tarde y peligroso. Eran jóvenes, flacos y estaban rapados como milicos, pero no usaban uniformes, vestían de civil. Era 1988, aún estábamos en dictadura. Me obligaron a ponerme de pie. Yo estaba ebria y aturdida. Y como no me podía

sola me agarraron cada uno de un brazo y me llevaron caminando por el parque. Les dije que estaba con amigos, pero los busqué con la mirada y me di cuenta de que se habían ido.

Mientras caminábamos me imaginé en la comisaría, llamado por teléfono a mis padres, y odiaba pensar que me darían sus sermones de lo irresponsable y arriesgada que era. Los tipos caminaban rápido y yo apenas podía con su ritmo. Ellos repetían que el parque no era un lugar para que una mujer durmiera sola. Yo pensaba que era raro que me dijeran eso porque yo hacía todo lo posible por no parecer mujer, por verme masculina y fea, era gorda, tenía el pelo rapado a los lados, las mechas despeinadas y azules, ropa negra suelta y mal teñida, una línea negra gruesa en los párpados y una mueca permanente de rabia. Al parecer mis esfuerzos no bastaban, por muy horrible que me quisiera ver, seguía siendo mujer. La idea de la comisaría se esfumó cuando paramos frente a un edificio antiguo y escuché sonar unas llaves. Les pregunté dónde estábamos pero me hicieron callar con tono prepotente y uno de ellos abrió una gran puerta. La vergüenza de enfrentarme a mis padres juzgadores era infinitamente mejor que lo que estaba a punto de pasar. Cuando vi una gran escalera de mármol me invadió un miedo paralizante. Para mí cualquier milico era asesino y por lo mismo no me atreví a gritar por ayuda. Hablaban bajito como susurrando algo entre ellos mientras mis piernas tambaleaban y mi sangre se volvía helada. Caminamos por un pasillo y abrieron una puerta. Mi único intento de resistencia fue preguntarles dónde estábamos pero me hicieron callar. Me dio miedo y se me congeló el paladar. Toda mi rudeza externa se desvaneció.

El departamento estaba vacío y las ventanas no tenían cortinas. El piso era de parquet antiguo. Había una luz azul que se colaba de la copa de los árboles. En ese momento comprendí lo que harían conmigo. Me iban a violar. El departamento olía a pintura fresca. Abrieron una puerta y entramos a una pieza vacía que podría ser un dormitorio. Me colocaron en el piso y miré al techo. Estaba oscuro pero entraba una luz por la ventana que iluminaba las cornisas. Sentí mi espalda fría y dura. Ellos seguían susurrando. Me sacaron los bototos, que eran, irónicamente, de milicos (me los había comprado usados en

el persa de Bío-Bío). Mi instinto, al que hasta ese momento no le creía, me hizo imaginar una solución, debía hacerme la dormida. Si no oponía resistencia era más probable que no me pegaran y con suerte no me mataran. Me acordé de la mamá del Rocco, quizás ella se sentía igual cuando hacía su trabajo. Algún mecanismo de defensa tenía que usar. Pero nada físico era posible, solo me quedaba algo que siempre había sentido que era mi talento: la imaginación. Imaginé que sería la Fea Durmiente, que estaba desconectada de mis emociones, que ellos no podrían dañarme. Quería desesperadamente vivir, sobre todo vivir sola y después viajar por el mundo, aprender otros idiomas, pintar, leer, escribir, ir a fiestas, a recitales, reír y hacer bromas, quería tener una vida plena, para recordar y de la que sentirme orgullosa. En hijos y en marido no pensaba. Eso a mí jamás me pasaría. Eso era para otro tipo de mujeres. Para las lindas, las femeninas, que dormían en sus camas y no en bancos de plazas.

44 Me sacaron los pantalones que salieron junto a mis calzo-
 — nes. Sentí los cachetes helados. Con mis ojos cerrados sentía
 45 al otro tipo parado al lado mío. Mi cabeza se movía de atrás
 hacia adelante y viceversa y chocaba con su zapato mientras
 el otro me penetraba con mucha fuerza y hacía ruidos. Yo
 trataba de pensar en otra cosa. Sabía que era lo único que po-
 día salvarme. Pensé en mi pelo, que lo había teñido con tinta
 china azul de la más barata porque no vendían tintura de pelo
 de colores en Chile en esa época, y que probablemente el par-
 quet quedaría manchado de azul como quedaban manchadas
 las almohadas de mi cama o la tina y las toallas cuando me
 bañaba. Pensé en lo mucho que eso enojaba a mi mamá y so-
 bre todo en lo chocante que les parecía a mis padres que yo
 llegara ebria a la casa. Pensé que era mi respuesta al alcoholis-
 mo de mi papá, que llegaba ebrio todos los sábados y alguna
 vez yo misma a los 11 años tuve que ir a recogerlo a la calle
 de madrugada cuando mi mamá me sacó de la cama para ir a
 buscarlo. «Ahí tienes a tu papá que tanto admiras» me había
 dicho, sin recursos para enfrentar la incongruencia del mari-
 do proveedor y machista, tan típico del Chile de los 80's.

Después le tocó al otro. Seguí siempre con los ojos cerra-
 dos, lacia, desconectada de mis nervios, conectada a mi ca-
 beza. Sentí olor a genitales. Era un olor muy intenso, que le
 ganaba al de la pintura de muros. Antes me excitaba ese olor.
 Me llevó años que me volviera a gustar. El otro me sacó la
 chaqueta, la polera y el sostén. Quedé desnuda, sin disfraz de
 hombre. Me manoseó las tetas. Tenía las manos heladas y ás-
 peras. Volví a pensar en la tinta china azul mientras sentía mu-
 cho frío y ardor. Pensé que al día siguiente iría a la farmacia y
 me compraría tintura negra (de esa sí vendían) y me peinaría
 igual que la foto de matrimonio de mi mamá, como de los años
 60's. Porque no me gustaba el estilo de las mujeres a la moda
 que había, con chasquillas gigantes y rulos. Yo solo necesitaba
 lucir un poco más femenina. También dejaría de juntarme con
 los punks de Gorbea, eran malos amigos. Evitaría salir de ca-
 rrete, en vez iría al Errol's y pasaría los fines de semana viendo
 películas. Dejaría de tomar tanto y definitivamente de fumar
 pitos. Sería otra persona. Volvería a ser buena como era antes
 de entrar a estudiar arte, antes de que mi pololo me dejara por
 otra, perdonaría a mis padres. Comenzaría por el *look*.

Cuando ellos gemían, sonaban sus ecos. En el futuro me
 pondrían nerviosa los espacios vacíos. Las pinturas que hice
 siempre las repleté hasta los bordes, las llené de colores y per-
 sonajes. Nunca, nunca abrí los ojos. Recuerdo sus alientos.
 Volví a sentir miedo, quedé sin imaginación. En ese momento
 recé. Ya no era religiosa, lo había sido cuando niña y rezaba
 muchísimo, creía que Dios era mi amigo, le contaba todo con
 las manitos entrelazadas antes de dormir. Ya llevaba varios
 años de atea, pero esto era una emergencia y tenía que pedir
 ayuda. Le pedí a todos: a Dios, a Jesús, a las Vírgenes y a los
 Santos que me protegieran. Yo no moví ni un pelo, actué como
 la mejor Fea Durmiente del mundo. Yo amaba actuar en el
 colegio, así es que no fue tan difícil. Si me mataban lo harían
 en ese momento. Pero se subieron los pantalones, escuché los
 cierres y salieron de la pieza, abrieron la puerta de entrada,
 bajaron la escalera y escuché muy de lejos la puerta grande de
 la entrada cerrarse.

Estuve un rato mirando el techo, pensando si era buena idea salir inmediatamente o esperar. Sentí náuseas y vomité ahí mismo. Nunca más tomé pisco. Quizás volverían. Me vestí rápido y bajé. No estaban, menos mal. Caminé rápido y llegué a la Alameda. Había pocas micros y caminé mucho para llegar a la calle donde pasaba locomoción para Gran Avenida. Normalmente sentía miedo de caminar sola las cuadras del paradero a mi esquina. Pero esa noche ya no podía tener miedo porque lo más malo que podría pasarme me acababa de pasar.

Llegué a mi casa, me acosté y no le conté a nadie. Ni a mi mejor amiga ni a mi mejor amigo. En cambio, al día siguiente hice lo que pensé. Fui a la farmacia, me compré la tintura, me teñí el pelo de negro y me hice un escarmenado. Mi profesor de pintura me dijo que me parecía a Brenda Lee. Tengo una foto de carné de ese día. Salgo linda. Ya no me veía masculina.

46 — Un mes más tarde, cuando creía haberlo olvidado todo,
47 no me llegó la regla. Fui a la misma farmacia donde me había conseguido la tintura y compré dos tests de embarazo para estar segura, de diferentes marcas. Los dos me salieron positivos. Recién ahí le conté a mi mejor amigo, pero cambié el final de la historia, le dije que había ido a tomar al parque con unos punkis y que había terminado tirando con dos de ellos, en el mismo parque, pero que estaba tan ebria que no me acordaba de nada. A mis padres les dije que me había acostado con un amigo en un carrete, con el que no tenía una relación. Les pedí que por favor me ayudaran a abortar y no me importó que me sermonearan, más bien me gustó que lo hicieran. Me hizo sentir viva. Mi papá tenía buena situación económica y seguramente como se sentía culpable de su mal ejemplo no me preguntó más y accedió. Fuimos a la casa a hablar con mi mamá y organizaron todo. Acordamos que sería un secreto.

Pasé treinta años sin compartir esta historia con nadie y creyéndome la versión que le relaté a mi mejor amigo: solo fue un polvo de ebria. El doctor que me hizo contar hasta 10 quizás dónde esté ahora. Un día en las noticias apareció esa clínica siendo clausurada por practicar abortos ilegales. Después de todo, tuve el privilegio de que mis padres me pagaran un aborto,

de que me lo hiciera un doctor en una clínica y, sin duda, tuve suerte de que mis violadores no me pegaran y no me mataran. No puedo dejar de preguntarme ¿quiénes fueron?, ¿dónde están ahora?, ¿tendrán hijos o hijas?, ¿sentirán arrepentimiento?, ¿se acordarán?, ¿se habrán contado otra historia como yo para no sentirse tan mal como un mecanismo de sobrevivencia?

Este episodio marcó el fin de mi época punk y selló a fuego un recuerdo que atesoro como inolvidable: el beso y el abrazo apretado de mi mamá que me dio cuando desperté de la anestesia. Sentí su amor infinito, quizás el que toda madre siente cuando piensa que su hija puede morir.

FIN

Luz María Astudillo

DIARIO DE CAMPO

La mano sobre el papel entiende del movimiento. Escribo sobre el asfalto fresco antes de que mi voz sea solo tierra que cualquiera pueda soplar y desaparecer. Escribo porque estas palabras podrían ser la única marca versus un cuerpo silente arrastrado por las olas.

*

Pensé que la noche me escondería de las miradas, pero solo fue un anzuelo para atraer más fantasmas advirtiendo la sombra que dejaba tras mis pasos.

*

La noche es enemiga mientras las horas pasan los autos pasan y solo el eco es compañía antes de la aparición de siluetas viniendo de todas partes, antes de mirar hacia adelante, caminar con decisión y esperar que las pesadillas se desvanezcan.

*

Somos animales buscando definirnos en otros animales, pero desconocemos que la violencia siempre nos desbordará antes que a cualquier otra especie. Usamos las palabras para inventar más significados del daño.

*

Cualquier rincón es ideal para la caza. La ciudad es un bosque a punto de incendiarse y solo correr como bestias perseguidas hacia un lugar seguro es el inicio de la salvación.

*

Cuántas manos quisieron sacarme de las calles. Llevar mi cuerpo y quitarle marcas y señales, cortar la lengua para impedirme nombrar. Cuántas noches los lobos merodearon cada paso rápido

que di aguantando la respiración. Cuántas veces la luz del día fue aliada, cuántas el azar me habitó.

*

Quisiste ignorar esa energía extraña que se pegaba a ti cada vez que avanzabas, no sirvió abrir más los ojos cuando lo invisible se hizo carne no sirvió cerrarlos para que el recuerdo fuese una sensación terrible que recorría tu cuerpo como un escalofrío que nunca termina. Mentiste por vergüenza, por miedo a revivir como una película de terror que pasa una y otra vez frente a tus ojos, frente a todos los ojos.

*

El extravío en las calles no fue algo que elegimos. Quisimos pasar desapercibidas entre el tumulto, ser un cuerpo más en el desfile de cuerpos atravesados por lo enorme del sol. Nos perdimos en medio del estruendo, guiadas por voces que hablaban un idioma distinto al que sonaba en nuestra mente. Alguien dijo un nombre entre muchos nombres para iniciar la masacre del cuerpo y su palabra.

50
—
51

*

Las veredas parecen transpirar y humedecen cada calle que anduvimos. Camino rápido, agacho la cabeza y empuño mis manos, algunos autos se detienen. Volver la mirada hacia un punto fijo, fingir sordera, apurar el paso, esperar que al doblar la esquina mi cuerpo se pierda entre una multitud que tal vez no existe, que quiero imaginar, que quizás solo sea mis pertenencias lo que buscan, que el tiempo se detenga y que la persecución se convierta en delirio.

*

Cada golpe que no sufrí alguien más lo recibió.

*

El viento hizo que las ramas de árboles golpeasen las ventanas. El ruido fue un aviso para lo que vendría. Nadie jamás

hubiese imaginado que tendríamos que escapar en las calles y de las calles.

*

La madre alarga su falda y ella no entiende. Cubre de más, por si acaso, por si una mirada por si el azar. *Prefiere ser una más del montón, escóndete entre la multitud, ser única siempre es sinónimo de peligro.*

*

Las palabras siempre fueron construcciones mágicas capaces de edificar mundos. Hoy son misiles que alguien te lanza sin que lo pidieras sin que ninguno de tus gestos provocase esa guerra que solo se libra desde un lado.

*

Te quedaste inmóvil cuando sentiste el miedo recorrer la espalda. Ningún movimiento era el adecuado, hablar no era opción. Respirabas a un ritmo que solo tu cuerpo podía percibir. Solo eras tú dentro del vacío nocturno.

*

Cuántas que no fui yo nunca volvieron. Perdidas en la aridez del día, un oasis en la mitad de la ciudad. La trampa de las noches dejó huérfanas todas las calles.

*

Ellas se extraviaron y nadie quiso buscarlas. No se sabían sus nombres, los formularios en blanco en las manos de un hombre que nunca sabrá la diferencia de caminar de día o de noche por la ciudad.

*

Seguramente se fueron a otro país, dijo el uniformado mientras su lápiz a duras penas escribía en papeles y papeles que las madres no entendían. *Pasa mucho, se escapan de sus casas y por fin ese lápiz pasta escribía frases completas sin detenerse. Tienen que esperar 48 horas para que podamos proceder, por lo general vuelven al*

otro día o se van con algún pololo. El lápiz deja de escribir, ¿en qué momento las palabras dejaron de importar?

*

Todos nuestros efectivos están buscando, señoras, por favor tengan paciencia. El sol castiga como un dios enojado a las aceras. Estos procedimientos toman tiempo, pero estamos extremando esfuerzos. La voz parece ser una disculpa que nadie ha pedido.

*

Diez días, pero todavía hay esperanza. Hay muchas posibilidades donde buscar. El lápiz presente que no volverá a ser usado. Todo se define en silencio.

*

Todavía no confirmamos la identidad de los cuerpos, por favor, haremos una conferencia de prensa y podrán preguntar todas sus dudas, señores.
52 Un lápiz tirado en el suelo, sin esperanzas de ser recogido.

*

—
53 *Lo sentimos mucho, señoras. Es bastante extraño lo ocurrido, pero bueno, tampoco deberían haber salido y andado solas a esas horas. Ustedes saben, la ropa, los gestos, deberían haberse cuidado más.*

*

Unos pasos cruzan la sala con tal rapidez que quiebran en dos ese lápiz arrinconado al lado de la mesa.

*

¿Dónde iremos si las calles nos siguen tragando?

*

Pensaron que las calles nos habían desaparecido, que habían logrado silenciar el estruendo. Pero en el asfalto crecieron flores y los pájaros nombraron la luz.

Alicia Scherson

CABEZA DE RATA

El 01-11-2018, a la(s) 23:30, Lucy Lopez
<lucyloca@gmail.com> escribió:

Profe, ahí le mando el guion del cortometraje que estoy trabajando para el fondo. Creo que le falta mejorar la estructura porque en principio son tres bloques (¿actos?) pero el primero se me alargó mucho (¡es que me encantan los comienzos!). Ya sé que me va a decir que tiene mucho diálogo, siempre me pasa que me entusiasmo con las conversaciones irrelevantes, pero ¿no es ahí al final donde pasamos la mayor parte de la vida? Yo sí al menos. Bueno, no me ha dicho nada y ya me estoy defendiendo, mejor me callo y espero su respuesta.

Lucía.

Título provisorio "ALAMEDA"

01 EXT. UNIVERSIDAD. PATIO - DIA

Sobreimprime: Santiago, 1993

NATACHA(18), de delantal blanco, pelo largo, negro y anteojos, lee concentrada un pequeño libro en el patio de una Universidad. A su alrededor estudiantes conversan, fuman, comen y juegan tacataca. Se le acerca OLGA, como de su misma edad, más guapa y maquillada, también de delantal blanco.

OLGA

¿Qué está leyendo?

NATACHA

Las confesiones de Rousseau.

Olga le quita el libro para mirarlo, es un libro usado, de papel Biblia, en pésimo estado. Lo huele.

OLGA
Está todo quebrado, debe tener polillas.

NATACHA
Todos mis libros están así.

OLGA
Me dan alergia. ¿Este es Rousseau Rousseau?

NATACHA
Sí. Son como sus memorias.

OLGA
¿Te gusta?

54 — 55
NATACHA
Me gusta que hacen viajes caminando. Onda de un país a otro. Onda cruzan los Alpes caminando. Onda meses. Onda no nos importa cuánto nos demoramos.

OLGA
Dijiste onda como diez veces.

NATACHA
Si sé. Estoy hablando pésimo. Es culpa del Carlos. Puta que habla mal ese hueón.

OLGA
Verdad.

NATACHA
Además tiene hartas páginas sobre enfermedades. Enfermedades de viejo. Mucha enfermedad a la vejiga, ponte tú. Problemas de vejiga, súper detallados.

OLGA
Qué asco.

NATACHA
Un poco.

OLGA
Yo me estoy leyendo el libro de Maturana.

NATACHA
¿El padre o la hija?

OLGA
El padre. El del árbol de la vida.

NATACHA
Yo lo encontré chamullento.

OLGA
¿Lo leíste?

NATACHA
Diez páginas. Suficiente.

OLGA
¿Cómo chamullento?

Natacha se encoge de hombros. Olga se pone a rayar en un cuaderno.

NATACHA
¿Hiciste el cultivo de neuronas?

OLGA
Sí. Ayer.

NATACHA
A mí se me contaminó. Toda la hueá. Tuve que botar todas las células culiás.

OLGA
¿Otra vez?

NATACHA

Otra vez. Qué matanza inútil, como veinte ratas decapitadas. ¿Para qué?

OLGA

Son cuarenta si cuentas la otra vez.

NATACHA

Cuarenta ratitas... Cacha que soñé que abría el tupper del almuerzo y estaban ahí, todas juntas, mezcladas con la comida.

OLGA

¿Las cabezas?

NATACHA

No, las ratas enteras, los fetos digamos, con sus boquititas abiertas, comiendo guiso de zapallo italiano.

56
—
57

Olga muestra el cuaderno abierto donde dibujó a la rata madre con fetos de rata en su interior.

OLGA

A mí me da más pena la rata madre.

NATACHA

A mí también.

OLGA

Hagamos un minuto de silencio por la rata madre.

Se toman las manos y cierran los ojos unos segundos. Olga abre los ojos antes y mira a Natacha. Le da un beso en la frente y Natacha que abre los ojos. Natacha mira los dibujos. Le sonrío.

NATACHA

Debería ser pintora.

OLGA

Puede ser.

NATACHA

Yo voy a dejar la carrera.

OLGA

Ya. Seguro.

Olga se ríe pero luego nota que Natacha está seria.

OLGA

¿Lo decís en serio?

NATACHA

Sí.

A Olga se le ensombrece la cara de golpe.

NATACHA

Salte tú también.

OLGA

Me gusta la ciencia.

NATACHA

Bueno. A mí no.

OLGA

A mí tampoco.

NATACHA

A mí sí.

OLGA

A mí también.

NATACHA

Deja de copiarme, hueona.

Olga le pega una cachetada y se levanta, camina ofendida. Natacha la sigue y le pega una

patada. Se manotean un poco, medio en broma, medio en serio, hasta que se aburren.

Olga se acerca a un kiosco y compra un dulce tipo Kojak, muy grande.

NATACHA

¿Vamos al cine? Dan Persona.

OLGA

¿La de Bergman? Ya la vi.

NATACHA

Yo también. Pero en video. No es lo mismo.

OLGA

No puedo. Van a hacer la recuperación de la ayudantía de cálculo.

NATACHA

Da lo mismo, el ayudante barbón te la repite seguro. Está enamorado de ti.

OLGA

Es verdad. Me invitó a salir.

NATACHA

Qué asco.

Olga se encoge de hombros.

02 EXT. ALAMEDA. VEREDA SUR - DIA

Natacha y Olga caminan por la Alameda, vereda sur. Mientras caminan, se sacan los delantales blancos y los guardan en sus mochilas.

NATACHA

¿Qué le dijiste?

OLGA

¿A quién?

NATACHA

Al ayudante.

OLGA

Que sí po. ¿Querís venir con nosotros?

NATACHA

Ni cagando.

Llegan frente al Cerro Santa Lucía y se detienen en la entrada de una escalera que baja hacia un paso subterráneo. Descienden. Olga va primero.

03 INT. PASO BAJO NIVEL - DIA

Es un túnel largo y muy mal iluminado. Está lleno de rayados, orina, basura. En general, un lugar sucio y tenebroso. No hay nadie más que ellas. Avanzan en silencio.

Un HOMBRE(60), mal afeitado, vestido de traje arrugado y corbata, aparece caminando en dirección opuesta. Olga lo ve venir antes y se desvía estratégicamente, cruzando a la otra vereda. Natacha sigue avanzando, distraída.

El Hombre camina recto hacia Natacha, sin desviarse y, cuando llega cerca de ella, empieza a cerrarle el paso, como jugando al principio, hasta arrinconarla contra el muro.

NATACHA

¿Qué te pasa?

El Hombre sonrío mostrando unos dientes carcomidos y, en un rápido movimiento, le mete

una mano entre las piernas y con la otra le sujeta la cabeza hacia atrás y le pasa la lengua por el cuello. Natacha queda paralizada y, mientras es manoseada, mira hacia Olga que se aleja corriendo y gritando divertida hasta que desaparece al final del túnel. Natacha reacciona y forcejea. El Hombre la suelta con un pequeño empujón, se ríe y sigue su camino. Natacha lo mira jadeando, a punto de llorar.

NATACHA

(gritando)

¡Imbécil! ¡Viejo asqueroso!

El Hombre se aleja sin inmutarse con los gritos de Natacha que reverberan en el túnel vacío.

Natacha se queda parada, sola en el medio del túnel. Luego de unos instantes, va hacia la salida, trotando.

Llega a la escalera de salida y se detiene un instante. Respira profundo.

04 EXT. ALAMEDA. VEREDA NORTE - DIA

Natacha sale del túnel, caminando aparentemente tranquila. La luz de la calle la ciega por completo. Luego ve la vereda, llena de peatones, y entra el ruido de la calle. El silencio oscuro del túnel desaparece por completo.

Divisa a Olga que está de pie un poco más adelante, chupando su Kojak rojo e inmenso. Natacha la alcanza. La mira con desprecio, sin hablar.

OLGA

¿Qué te pasa?

NATACHA

Nada. Me dejaste sola, hueona cobarde.

OLGA

Pero si era un viejito, oh, qué exagerada...

NATACHA

Cagona.

Olga chupa su Kojak, indiferente. Natacha, alterada, comienza a caminar rápido. Olga la sigue.

OLGA

Oye. No te enojís.

NATACHA

No me hueís.

Caminan en silencio, rápido, entre los vendedores ambulantes. Olga se va quedando atrás hasta que se detiene. La llama.

OLGA

¡Oye! ¡Para po!

Natacha se detiene. Se miran frente a frente, la gente pasa entre ellas.

OLGA

Yo me voy a clase mejor. No me quiero perder la ayudantía.

NATACHA

Como querái. Yo me voy al cine.

Olga levanta una mano para despedirse.

NATACHA

¿Vai a cruzar por abajo de nuevo?

Olga se encoge de hombros, da media vuelta y se aleja hacia el túnel. Natacha la ve alejarse y luego se voltea y sigue su camino. Llega a la puerta del cine, donde la esperan los rostros gigantes de Liv Ullman y Bibi Anderson en el cartel de Persona.

Se saca los anteojos y se seca las lágrimas.

FIN

El 07-11-2018, a la(s) 17:31, Pepe Rosales
<peperosales.cine@uchile.cl> escribió:

Querida Lucía,

62 Gracias por enviarme tu guion de corto (aunque no sé si alcanza a
— llamarse corto, ¿quizás una escena de algo más largo?). Abajo te
63 copio mis notas después de una primera lectura.

- Título: Desperdicias la oportunidad de guiar la lectura con un título tan neutro. ¿Dónde quieres poner el foco? ¿En la ciencia? ¿En las amistades y rivalidades adolescentes? ¿En la angustia vocacional? Por ejemplo si se llamara “Cabeza de Rata” es distinto a si se llamara “Mi amiga estupenda” (eso es un chiste, no puedes llamarla así, ya hay una novela con ese nombre). Pero “Alameda” es un lugar neutro, oficial, no me hace pensar en nada, en Allende quizás, jajaja.
- Época: ¿Es importante que ocurra en los 90? Yo no veo diferencia. Quizás salvo en la escena del túnel que ya está clausurado (menos mal, era un verdadero asco).
- Diálogos: Algunos fluyen bien, tienes mano para las conversaciones. Respecto a tu preocupación de que sean muchos, no es la cantidad lo que me importa, pero tiendes a “pasarte de lista”. Pon citas, caprichos innecesarios, referencias literarias. Maturana o el sueño, por ejemplo. Aunque sea aparentemente irrelevante,

el diálogo es un motor de la trama, no lo olvides. Quizás ahí está el problema, que la trama está poco clara. ¿De qué se trata la historia realmente?

- Tensión sexual: Yo siento tensión entre ellas, ¿es evidente no? ¿No será un poco pudorosa tu escritura? ¿Por qué el beso es en la frente y no en la boca? Y luego, cuando hablan del ayudante, ¿no la estará invitando a hacer un trío? Dale una vuelta.
- Clímax: ¿Disfruta Natacha secretamente del ataque del viejo? (ojo que dices 60 años, no es por nada pero tenemos varios que no nos sentimos nada viejitos a esta edad, jajaja). No sé si es tu intención, pero yo veo un pequeño punto de goce, una oscuridad latente que quizás sería relevante explotar, hacer más clara en la descripción. Me recuerda al “fuck me” de Laura Dern, en una película de David Lynch que se estrenó por esa época, sobre todo por lo de los dientes carcomidos (¿era William Dafoe?). Quizás sería bueno sugerir un momento en que Natacha se entrega al beso con el desconocido para luego escapar. Así evitamos una lectura demasiado pasiva, victimizada, de la protagonista.
- Final: Muy decepcionante. No pasa nada. Reafirma el vacío de la falta de título. Es una anécdota que me deja en el mismo lugar. ¿Quizás podríamos volver a ver a Natacha dentro del cine? ¿Tratar de cruzar algo con la película? Justamente “Persona” plantea la tensión sexual entre dos mujeres. ¿Y si Natacha se masturba frente a la pantalla por ejemplo? Es una idea de trazo grueso, lo admito, pero para que te hagas una idea de a qué me refiero.
- Tema: Esto es lo más relevante. No sé de qué quieres hablar realmente. Me cuesta entonces aconsejarte. Veo obviamente la posibilidad de leerlo todo con un enfoque de género pero si es así, está aún muy difuso. Lo estuve comentando con mi hija —experta en estas lides— que lo veía como un retrato de un tipo de mujeres de los 90 que se creían súper poderosas pero eran unas “ratitas asustada” (sic), inconscientes de su sumisión a los hombres. Ahí entrarían Rousseau, Maturana, el ayudante barbón, el viejo y hasta Bergman a hacer de patriarcas. Si es que esa era realmente tu intención, te digo desde ya que no queda tan claro, incluso para mi hija, que lo encontró muy tibio. Justamente lo que me complica de esta lectura es que te obliga a ser literal: por ejemplo

en el diálogo tendrían que hablar de su condición de mujeres en la ciencia, ponte tú. Aunque, personalmente, me parecería una lata que te fueras por ese lado. Veo que tienes potencial para irte por otros caminos más complejos.

Ojalá te sirvan mis comentarios y no te desanimen. Es complicado comenzar en este oficio del guion. Podemos juntarnos a tomar un café si quieres continuar la conversación.

Saludos,

Pepe.

Y TAMBIÉN PIÑATAS

La especialidad de mi mamá son los disfraces para niños. En el living están colgando monstruos rojos, dinosaurios verdes, leopardos dorados, pulpos naranjos, sirenas amarillas, duendes cafés, aliens plateados, zombies azules y diablos negros. Cuando la luz está apagada y la luna llena, se reflejan las sombras de todos en la pared. Cuando hay viento, todos se mueven a distinto ritmo. Y cuando se desata la tormenta, algunos se desploman.

Los géneros son brillantes y algunos tienen relleno de espuma.

Afuera de nuestra casa hay un anuncio escrito por mi abuela con letras rojas sobre una cartulina amarilla. No es bonita su letra, pero como ya está muerta, mi mamá dice que es mala suerte si lo quitamos. El letrero indica *Aquí se hacen disfraces*, y abajo con la letra temblorosa de mi tío está escrito con plumón negro *Y también piñatas*.

Al lado de la mesa del comedor hay un espejo grande que compramos en la feria. En ese lugar las personas pueden verse disfrazadas. Un disfraz es un artificio o vestimenta con que alguien cambia o modifica su aspecto o condición para no ser reconocido. Ahora soy un dinosaurio feroz, ahora un leopardo cansado, ahora el pulpo tiene ganas de unas galletas de chocolate. Una duende se escapó arriba del árbol, quizá haya que llamar a los bomberos. Un alien se anda columpiando en la plaza. Una diabla fue reportada a la salida de una heladería. Un brujo camina tranquilamente por la Alameda. El dinosaurio quiso tomarse una foto con la cocodrilo. La cocodrilo tiene cabeza de papel y cola rellena de calcetín. Las pelucas siempre terminan pisoteadas.

Un artificio es un procedimiento o medio ingenioso para conseguir, encubrir o simular algo.

Antes compraban los disfraces, ahora los arriendan y siempre los devuelven pegajosos de Fanta, torta, gomitas y chocolate. Yo soy la encargada de limpiarlos. No se pueden lavar en la máquina porque entonces los hilos se rompen, las telas se encogen y los

colores se decoloran. Por eso tengo que llenar la tina, dejarlos un rato flotar en la espuma, y después masajearlos suavemente.

Una vez un disfraz lo devolvieron ensangrentado. A las pocas horas de recibirlo, llegaron los carabineros a nuestra casa. A ese disfraz mi mamá le hizo un altar que está al lado del refrigerador. En el altar hay dos velas, ocho botones en forma de corazón, un oso de peluche amarillo y una espada de plástico plateada. Después de hacer ese altar, mi mamá dejó de coser.

Cuando mi mamá cumplió cuarenta años le regalé etiquetas que fuimos pegando en cada uno de los artificios. Las etiquetas tenían *Disfraces MTV* bordado con hilos amarillos, rojos y celestes. Mi mamá se llama Marcela Teresa Vargas. Em Ti Vi. Un vecino me dijo que nos podían demandar si uno de los disfraces cruzaba las diez fronteras que nos separan de Estados Unidos. Mi vecino es fanático de las películas de acción.

66 EM Ti Vi soñaba que yo fuera especialista en alta costura. Que hiciera otro tipo de simulaciones para personas ricas.
— Eso fue antes de que los carabineros nos contaran qué había
67 pasado con la niña que se llevó el disfraz de pulpo para celebrar su cumpleaños número siete.

Simular es representar o hacer creer algo que no es verdad con palabras, gestos o acciones.

Mi tío de letra temblorosa se dedica a hacer piñatas, aprendió la técnica de papel mache con un amigo mexicano que conoció en un bar. En su pieza, que está detrás de la cocina, cuelgan esculturas de papel huecas que son rellenas con dulces. A diferencia de mi mamá, él trabaja para niños y adultos. Los adultos a veces le piden piñatas con formas raras. Cabezas, botellas, tetas, piernas, vaginas. Esas se usan en fiestas donde solo hay hombres.

Las piñatas hechas por mi tío se tienen que romper con palos de escobas y con los ojos vendados. Para hacerlo hay que tener fuerza.

Pedir y romper son acciones. Las acciones indican que una persona, animal o cosa está haciendo algo, está actuando, lo que normalmente implica movimiento o cambio de estado o situación, y afecta o influye en una persona, animal o cosa.

Cuando ellos terminan de trabajar, soy la encargada de barrer el living. Mi tío trabaja de noche. Mi mamá empieza en la madrugada y termina antes de la comida. Además de barrer y lavar los disfraces, tengo que ir a comprar los materiales. Para eso tomo la micro en el paradero de afuera del hospital donde siempre hay personas fumando, comiendo papas fritas o haciendo llamadas urgentes. La micro va llena, algunas mujeres escuchan música, otras conversan. Las que van sentadas, dormitan. Yo abrazo mi mochila donde traigo el cuaderno con la lista de materiales y el dinero. En el recorrido se suben a vender dulces, a cantar o hacer un show de payasos donde se burlan de los hombres que quieren a otros hombres y de las mujeres que se pintan mucho, de las que son gordas, de las que no tienen tetas, de las que no saben que son engañadas. Me bajo en el paradero de la zapatería y camino dos cuadras para llegar a la tienda de géneros, paso por una farmacia, una fotocopidora, una cerrajería, un galpón donde guardan sacos de harina, una casa abandonada, un bar y un taller mecánico. Del galpón casi siempre me gritan cosas. Son tres. El mayor debe tener doce años. Que mi reina, que cosita linda, que mis piernas, que mis ojos, que me podrían lamer. Yo me acerco rápido al kiosko y simulo estar interesada en los diarios y las revistas que ya están desteñidas por el sol. Ellos se ríen y después vuelven al trabajo.

Fue en uno de esos recorridos que vi las portadas que anunciaban la muerte de la niña en su cumpleaños número siete. Los carabineros apenas nos habían dado información, querían saber con quién había venido a comprar el disfraz de pulpo. Vino con su mamá, le dijimos. ¿Se notaba nerviosa? Em Ti Vi no supo qué responder, las mamás siempre llegaban un poco apuradas, después del trabajo, a la hora de mayor tráfico. Siempre se veían un poco nerviosas. Nosotros tuvimos al pulpo naranja dando vueltas antes de su muerte. Corría por el living con su cuerpo de espuma, los ocho apéndices perfectamente diseñados iban botando todo a su paso. Ese día compré algunos diarios. Llegando a la casa se los mostré a mamá.

Se comenta que el pulpo naranja habría nacido en una casa donde eran extremadamente controladores. Su papá se había

disfrazado siete veces de hombre bondadoso en el trabajo, nueve de generoso en la iglesia, y cuatro de altruista en los bingos de la escuela. Cuando llegaba a la casa se transformaba. A veces era un detective privado que quería saber exactamente todo lo que había hecho la mamá del pulpo naranja, en qué calle había estado, con quién había hablado, qué mensajes de texto había mandado, qué ropa había usado y cuánto pan había comido. Toda esa información, como cualquier buen detective, se la aprendía de memoria y la repasaba durante el día buscando señales, causas y probabilidades. La mamá del pulpo a veces caminaba disfrazaba con ropa que le quedaba grande. Medía con la cautela de una espía con quién hablaba, a quién le daba su celular. A veces medía los saludos y las despedidas con tanta rigurosidad que algunos vecinos se quejaban de su apatía. Cuando el pulpo naranja iba con sus papás a la iglesia y a los bingos usaba vestidos. Y él la abrazaba fuerte. El pulpo naranja estaba bastante acostumbrada a esos abrazos y los imitaba con destreza. También estaba acostumbrada a algunos ruidos, miradas de reojo, simulacros de incendios.

68 — Dicen que al parecer el hombre se enojó con el pulpo de siete años porque quería que fuera con un simulacro femenino a su fiesta de cumpleaños. Que tuviera idealmente velos rosados, morados. Un cintillo de flores o una corona dorada al apagar las siete velas. La mamá del pulpo se propuso defender sus ocho extremidades. El artificio de hombre decidió acuchillar al pulpo en el baño. En el diario entrevistaban a una psicóloga que daba una versión confusa sobre el comportamiento humano y técnicas para detectar crisis en las parejas.

Crisis es una situación grave y decisiva que pone en peligro el desarrollo de un asunto o un proceso.

Mi mamá ese día no cosió, al día siguiente tampoco. Al tercer día fue al ciber café de la esquina, buscó imágenes del pulpo naranja y le hizo un altar. A la semana Em Ti Vi cortó el anuncio de cartulina a la mitad. Quedaron sobre la ventana unas letras negras sobre fondo amarillo, *Y también piñatas*.

Carla Zúñiga Morales

TODAS FUIMOS MONSTRUAS

Nos habíamos confundido.
Se había confundido mi cara con las piedras.
Mi cuerpo con el pavimento.
Mis manos con los insectos.
Mis ojos eran chuecos.
Mi cara era de un color grisáceo, a veces un poco verde, tal vez demasiado blanca.
Mi cuerpo no tenía forma alguna.
Era desproporcionado como la ira del mundo.
Nada en mí tenía sentido.
Mis padres me confundieron con un murciélago.
Me lanzaron al aire.
Y no volé.
Me azoté contra el piso y me sangró un poco la boca.
Me botaron a la basura.
Mi madre era muy estricta con los murciélagos que no volaban.
Me tuve que escapar del basurero.
Y vagué por las calles.
Les robé la comida a los perros callejeros.
Me comí los pastos y los desperdicios de las fábricas.
Me dormí sola temblando de frío.
Aprendí a pelear con cuchillos para defenderme de la muerte.
Hasta que un día encontré una casa abandonada.
Corté flores y las puse en todas las habitaciones.
Y miré por la ventana el cielo gris del invierno.
Otro día me enamoré de alguien.
Era alguien de ojos azules como el azul del cielo más profundo.
Pero ese alguien nunca supo de mi existencia.
Solo sabía de colores puros, de mujeres lindas, de la belleza de los mares.
Y lloré de vergüenza encerrada en una de las piezas.
Y traté de volar una vez más.

Alto como los murciélagos de las películas.
Pero no pude.
Siempre me seguía azotando contra los pisos.
Una y otra vez.
Hasta que un día de verano.
Decidí ser todo lo que era.
Y salí a la calle desnuda.
Horrenda, desencajada, desproporcionada, gorda, chata,
chica, torpe.
Y todos me vieron.
Vieron los pelos de mi cara.
Vieron la chuecura de mis huesos.
Vieron la desgracia de mi cuerpo.
Y me tiraron piedras.
Y yo seguí caminando, sin mirar atrás.
Otro alguien se me acercó en la plaza.
Me preguntó mi nombre.
70 Me preguntó si volaba.
— Esa persona también era un murciélago.
71 Tampoco volaba.
Y se quedó conmigo.
Y nos encontramos.
Y nos amamos.
Y fuimos horribles en todas las piezas de mi casa abandonada.
Y perdí toda mi vergüenza.
Y pude ser fea a la luz de la luna.
Y también a la luz del día.
Y corrí por la calle.
Y nunca más me puse ropa.
Y fui tan feliz.
Y tan horrible.
Que todas quisieron ser como yo.
Muchas empezaron a seguirme por la calle.
Me tomaban fotos y me tiraban flores.
Y yo enredaba esas flores en los rincones más imperfectos de
mi triste existencia.
Todas fuimos amigas.

Todas fuimos familia.
A algunas les decíamos madre.
A otras les decíamos padre.
Entre todas nos cobijamos de la indiferencia y de la crueldad.
Todas fuimos monstruas.
Y todas amamos.
Y nos empezamos a comer a los bárbaros.
Y por un momento pensamos que la felicidad sí era posible para
nosotras en este país tan amargo.
Hasta que un día pensé en mis padres.
Pensé en todo lo que no he sido.
Pensé en mí misma cuando era niña.
Pensé en ese pequeño corazón de murciélago que aún latía en
mi interior.
Pensé en todo ese dolor que aún vivía adentro mío como la peste.
Entonces dejé de comer.
Entonces dejé de reír.
Un día me subí a lo alto de la montaña.
Y salté con todas mis fuerzas.
Salté tan fuerte que lloré.
Fue la última vez que lloré.
Y fui la primera mujer fea que pudo volar.
Y volé tan alto.
Que pude ver el sol.

Betina Keizman
TAPADITAS

1



Tapadas en representación de época en el Palacio Torre Tagle. (1912),

Los pies de Tapadita se arrastran por las calles de Lima. Bien que arrastrar, lo que se dice arrastrar, no los arrastra. Una perspectiva radicada en sus entrañas consideraría la cuestión bajo otro ángulo. Desde ese nudo de órganos y músculos, el dictamen es muy diferente: Tapadita pateo los adoquines, los mandaría por el aire uno, dos o tres metros si no estuvieran encajados, bien ajustados en la presión del conjunto. Ahora cierra las persianas de la casa e inicia el ejercicio de revisión: nadie bajo la cama, desplaza los muebles, tampoco se olvida de sacudir las cortinas. A salvo de ojos indiscretos extrae el mantón, deshace el triángulo de sus brazos y deja que las entrañas, las que hace un rato medían su acción sobre los adoquines, ahora se distiendan, laxas, tal cual lo hicieron recién venidas al mundo. Despojarse del mantón es difícil, no se crea, hay que desenroscar por la derecha y por la izquierda, y tampoco los tentáculos ayudan, mucho menos las escamas que se adhieren al algodón. Sin agua que las lubrique, cualquier escama se espesa en garra. Además, no hay lima que aguante, aunque Tapadita las frota amorosamente cada noche después de cepillarse el pelo y quedan tan suaves que a veces aprecia deslizar sus dedos sobre la superficie. Es un efecto que dura poco, al día siguiente ya se repone allí un rallador atenuado. Del otro lado, en la cara interior de sus tentáculos, habitan las texturas blandas, son flexibles, cubiertas de ventosas, pequeñas y mejor distribuidas hacia los extremos.

Previo a colgarse de la viga, Tapadita se impone ejercicios para restablecer la flexibilidad de sus articulaciones. A medio camino entre meditación y profilaxis, sus labios producen una melodía que vendría a ser la faz sonora de su danza de tentáculos. Extraña el bosque, las praderas exteriores, el espacio, los bichitos sobre el lecho de hojas, los olores que deslizan por las cortezas, el perfume envolvente de los frutos, aromados, dulces los más rojizos, las gamas de verde. Son pensamientos que la transportan. Años atrás, horror le produce recordarlo, un chico de la casa la sorprendió en esos ejercicios. Estaría enamorado de ella, o más simplemente lo atrajo el ronroneo tenue que vibraba tras su puerta. Un lujo, como se lo viera. Tapadita no está orgullosa de su reacción. Es más, se arrepiente; de tener

una segunda oportunidad ensayaría otra solución. Ahora enlaza cuatro tentáculos a la viga y los otros cuatro los adhiere al muro para asegurarse mayor estabilidad. A veces sueña que flota en un ambiente más espeso que el aire, parecido al agua, pero que no es agua, un aceite.

2

En *Andamos huyendo, Lola*, Elena Garro sabe de buena tinta que Lola es una mujer y es un gato. Otros cuentos ensayan variantes, en uno, por ejemplo, la mujer es una mujer-esmeralda expulsada del interior de la piedra. Para Garro, concluyamos, una mujer siempre es una mutación, algo que sino está a medias, respira incompletud. En la calle está perdida, desvaría, pero también alienta una promesa de libertad indisimulable. Volviendo a la mujer expulsada de su esmeralda, todas las biografías apuntan a que Garro conoció esa intemperie agresiva y cruel del exilio, que no tuvo otro remedio que deslizarse por calles vulgares, con los hombros rozando muros, se dice que cubierta por un tapado de piel. El detalle del tapado es fundamental porque se repite en los cuentos: para Garro, fugitiva y con aspiraciones aristocráticas, un tapado de piel es la representación de un hogar. Es posible que al igual que la mujer del cuento, toda su vida anhelara aquel regreso a un útero protector. Existen las intuiciones y existen las certezas. Garro sabe que a la vuelta de cualquier esquina acecha el dolor, por eso sus cuentos engañosos simulan fragilidad aunque abriguen fuerza y furia. Todos los cuentos proyectan una circunstancia inicial horrorosa, que en mayor o menor medida comparten los sojuzgados: te levantas por la mañana y descubres que el cielo se te volvió techo.

3

Hace más de una década tuve el dudoso privilegio de asistir a una puesta de Arianne Moushkine. Según recuerdo, era *Odisseas*. Si atendemos a los escenarios más actuales, la obra roza la profecía porque su tratamiento del tema declina la suerte de los

refugiados y el dolor insistente, sin pausa y con prisa, de los desplazados. Es una circunstancia tal vez menor que el énfasis dramático de Moushkine eligiera explayarse en las circunstancias de la Segunda Guerra Mundial (Arianne Moushkine nació en 1939; mi madre había nacido en 1933). La originalidad de la puesta consistía en un tren formado por carrozas, virtuales escenarios, que circulaban en forma ininterrumpida; al alcanzar la posición del centro, se detenían y exponían su acto. Las carrozas eran empujadas por los mismos actores demostrando, una vez más, que el puro esfuerzo corporal es la eterna fuerza en bambalinas, independientemente de lo que se encarna en el corazón de la escena. Las tarimas, hombres y mujeres impulsando, las ruedas chirriantes, los músculos que se tensaban con las piernas estiradas para mayor eficacia, el conjunto producía ese efecto de río Sherezade que motiva una disposición fundamentalmente fetal ante un cuento que promete continuar, de niño que recibe caricias e historias, de cuello del amado inclinado sobre hombro del amante. La obra duraba ocho horas, un record; en el intervalo, los actores servían comida y atendían el bar para los espectadores. Entre tanto, la directora, musa y gestora de esa virtual cooperativa paseaba entre las mesas, conversaba con el público y recibía amigos. A los actores se los veía cansados, sobreexplotados aunque felices, probablemente honrados por integrar esa *troupe* de escogidos. Si no recuerdo mal la comida era vegana.

4

Mi primera lectura de la diversidad de género, y hasta de la diversidad de especie, pertenece con todos los honores a la literatura clase B y es un libro escrito por Philip José Farmer. Concluyo de la lectura que Farmer no era feminista, aunque atribuía al universo masculino, que en el cuento nombra, ni más ni menos, «el instinto de la bestia», un carácter agresivo e invasor, y al femenino, o ciertamente feminoide andrógino, un rasgo comunitario y pacífico, una sororidad *avant la lettre*. El cuento se llama «Hermano de mi hermana». Existe otra

versión, *Los amantes*, que tampoco merece un final feliz, pero en el que al menos Farmer no se ensaña con la diferencia. También escribió un libro de porno-ficción. Digo el nombre y punto final: *Carne*. También se llama así una película de la dupla Armando Bo-Coca Sarli. En esa película, ampliamente famosa en Argentina, una joven es violada por una banda de hombres en el interior de un camión frigorífico. En la escena definitiva han empujado a Coca Sarli sobre una res y el tipo que la viola, puro diente y saliva en la boca, murmura, en primer plano: «Carne sobre carne».

5

Leo un aviso que aparece en Facebook. Lo transcribo:

Casting Largometraje trans *Arpías*.

Lucrecia y Role, dos amigas trans, viven en un departamento al borde del desalojo. Tras una ruptura pasarán un fin de semana complejo en camino a su reencuentro. Role: amiga de Lucrecia, algo ensimismada. Lucrecia: trabajadora sexual. Carácter firme. Es protectora de su amiga.

6

Tapadita se descuelga de la viga y se refugia en el ángulo de ese pulmón interior al que desemboca su ventana. A escasos dos metros, hay un muro con manchas grises y rastros de comida, salsas y caca de pájaro que firmaron aquí y allá una obra a lo Pollock. La piel es el órgano más extenso y hay quien lo desaprovecha, mala suerte les toca. Tapadita aprecia el aire, producto de algún efecto sifón, fresco en ese lugar y a esa hora. Por las mañanas siempre practica una risa clueca que le pone a vibrar el estómago, el útero, los labios sensibles, el extremo de los tentáculos. Va y viene, y cuando cierra los ojos, no puede estar segura, pero eso le parece, sí, en efecto, esa risa se escapa a la calle. Se chupa un tentáculo y no tarda ni dos minutos en apreciar el efecto. Ahora está en un parque, muy terroso debido a la sequía que por la zona hizo estragos. Llegan otras tapaditas, caminan juntas. Son adoquines o cucarachas, adoquines que se mueven, cucarachas o adoquines

o tapaditas que sobrevivirían, qué duda cabe, a una hecatombe nuclear o ambiental. En todo caso Tapadita solamente tiene ganas, aquí y ahora, de revolear tentáculos. La suma de una, más otra, más otra, define ese zumbido creciente producido por el roce de los tentáculos en la atmósfera espesa. Las tapaditas llegaron por tierra, algunas por agua, otras por aire. También los barcos atracados en el puerto de Lima aportaron sus propios polizones: plancton, insectos, bacterias, musgos, microorganismos pegados a la quilla y las cuernas de los galeones, incrustados en los intersticios de roble que los protegieron para desovar, o emerger, o incrustarse, ellos también, en el limo del puerto, que al final avanzó hacia el centro de la ciudad, a su destino en los ladrillos de adobe y las casas. Precisamente en el muro de la habitación de Tapadita hay un microorganismo que desembarcó de Le Havre, lo reconoce por el acento. De Le Havre a Lima, durante siglos se desarrolló invisible ese circuito de ires y venires. Tapadita elige otro tentáculo, también lo chupa. Ese mundo pujante, microscópico, poco y nada se relacionó con el de los adoquines, los indios que los martillaron, el universo en que las tentaculares se deslizaban o pateaban, según la perspectiva que se adopte. Es una suerte tener tentáculos, las manos solamente las utiliza para sostener el triángulo de sus intestinos. En consecuencia Tapadita desconoce la sensación de agarrarse la cabeza o de permitir que algunos haces de luz se filtren hasta los ojos, a condición de atravesar sus dedos. Y es una suerte, se dice, se escupe, porque desde la perspectiva de sus entrañas, del mismo modo que Tapadita no arrastra los pies sino que patea, tampoco murmura, sino que escupe. Escupe una certeza: los gestos educan y advierten. Los gestos son la herencia más gravosa que cualquiera pueda recibir, una herencia subrepticia instalada en la carne, bajo un proceso parecido al que transportó esos microorganismos por el océano, los muy pillos, sin pagar, polizones, qué se creen, los encuentro y los tiro al mar para que se ahoguen. Faltaba más. Todos somos extranjeros, prisioneros incompletos de la tierra. No me sigan, yo también estoy perdida, aúlla Tapadita.

Rosabetty Muñoz

APNEA

Las escucho cuando hablan... Las escucho cuando están en silencio...

Para mí, tanto las palabras como el silencio, son el texto

Svetlana Aleksíevich

El ser humano es esencialmente terrestre, leo. Los pulmones son incapaces de asimilar el oxígeno disuelto en el agua, el buzo respira en una normalidad alternativa; así, esta ilusión de respirar bajo presión en un océano de palabras sumergidas. Me propongo tomar aire y hundirme en este cuerpo de agua, dar una mirada por las islas del archipiélago donde van quedando especialmente viejos cuerpos que habitan interiores oscuros, una capa sobre otra de humos, vigas renegridas, los muebles cubiertos por una pátina de grasa.

Las paredes y puertas tienen huellas de dedos, gruesas capas que ya no reconocen su origen, que reposan sobre la mesa de la cocina, que se pegan al pasamanos de la escalera. La casa es un organismo que palpita y que, a través de la acumulación de años de convivencia inestable / desequilibrada, ha obligado a las mujeres a irse quedando en silencio. En este ambiente de obligaciones, la voz íntima se apagó hace mucho y hoy es otra capa de residuos sobre los utensilios domésticos.

Hablan poco, entrecortadas, en voz baja, se repliegan, doblan el cuerpo y echan los hombros hacia adelante, como para proteger (se). Las frases que pronuncian son mínimas, oraciones breves, lugares comunes. A menudo monosílabos, o solo movimientos de cabeza. Lo que no se dice está bajo capas de ocultamiento; mientras más profundamente se hallan, más cerca de la cruda experiencia, menos palabras hay para decir las. Lo oral, volátil como es, nos ofrece pistas para ir rastreando esta materia. He tratado de recoger las huellas verbales del no decir, del ocultamiento, del encubrir.

Para escuchar hay que buscar las fisuras por donde se filtre la materia, ir tirando la cuerda hasta extraer del fondo del pozo las palabras sepultadas.

Sé que la voz que me llena está esponjada por sus hilos plateados. Una inmersión en picada hacia el daño para traer a flote las expresiones asidas como peces oscuros.

Eso que parece silencio está habitado por el barullo de lo oculto.

ESTE OSCURO MAR

Aborrecida por los padres No tuve leche por el sufrimiento. Daban leche en la posta pero ella no me dejaba darle, decía que para eso yo era madre **No se conversaba nada, eran secretos** Yo creo que antes los padres no clamaban a sus hijos **Me daban palo cada vez que volvía del pueblo y por lo que le decían llegaba más enojado** Tuve una criancita (criar hijos ajenos) **Si llegaba a pedir o comprar algo, no le vendían. Así la castigaban** Cuando se embarazaba una soltera la trataban mal, la dejaban fuera del grupo **Mejoré sola, la partera llegó después** En el soberao la crucificaron, la dejaron ahí para que nadie la vea ni escuche a la guagua **El embarazo era una afrenta para la familia** Me ponía boqui en la cintura para atacar el mal **vino a hacer otra guagua y se fue** Sentí mucha pena y vergüenza cuando se embarazó mi hija **Con la guata llena igual se trabajaba, hasta los últimos días. Se ponía uno un chal en la guata y se iba a trabajar** Ellos se habían sacrificado tanto y yo les fallé **Tuve la guagua hincadita de rodillas** Dijo que el hijo no era de él, me salió con lo mismo la segunda vez Me tenían de esclava: sacar papas, trabajos pesados. Me caía con esos baldes **Mi papá me levantó la mano y me sacó sangre de narices** Si me embarazo, mi padre me mata, me dijo que me echaría de la casa **mi última regla fue la última pesca de ostras** será muy cargada la familia cuando llega pronto la sangre **lloraba** «los brujos nomás me lo hicieron»

de repente se asomó esa sangre me dio como lluvia de sangre **La violó su padre y anduvo por la justicia** **fue pal tiempo de las murtas** **Mi papá me ajustició, me dio como yegua con un chicote** **Me obligaron, fue a la fuerza** No lo denunciaron porque era cura y porque la señora de la casa no era ni pariente de la niña **Varilla gruesa como fierro y con esa nos daban** **La suerte sería. El hombre venía cayendo y levantando de curao** **Era mi madre y no me habló, no me dio confianza, incluso se burló de mí. Me forzaron, no tuve a quién decirle, ella misma azuzaba para que me dieran garrotazos** Dijo que un muchacho la obligó, la pescó camino al colegio, era un vecino. Su padre y su madre lo supieron y no hicieron nada **Se puso a tomar se puso malo, me pateaba, me forzaba sexualmente** Hay mucho alcohol en las islas, hay violencia en las familias **Tomaba y fue tremendo de agresivo, lo denunciaron, sacó la casa y se la llevó** Me dejaba todo moretones en las piernas. Pienso que nunca me quiso **el ombligo lo colgaban al collín** hacía costura en el monte para mi guagua, donde nadie me veía **Se usaba el culantrillo para limpiar toda esa sangre que quedaba ahí** Yo fui valerosa **Van a trabajar donde los ricos y ya vienen después con guagua, eso es lo que ganan** Ella los tuvo de soltera, ninguno se hizo cargo **Casi todas las chicas acá se embarazaron sin casarse. Las madres las tratan mal** no te puedes bañar ni andar descalza ni ir a la playa ahora eres una cosa delicada **llegaba la visita y era sorpresa** mi padre se perdió y de ahí perdí mi menstruación **me rajé a llorar porque estaba toda la cama con sangre** **Nos lavábamos el cuerpo con vinagre** Le dieron remedio pa que aborte **Los chicos andan todo el día tomando** La ancianita me salía a insultar **Cuando me iba a ver con Andrés, seguro que me iba a pegar, mi mamá era muy mala** **Me pegaba y me decía: nunca voy a ser tu madre** **A mi hermana le pegaron**

con una rienda Los antiguos escondían, tapaban las cosas. Me hicieron la ley del hielo **El papá me dijo cómo cuidarme, la mamá sólo golpeaba** Tiene una tía **no les rían a nadie** Pecadora Hicieron su gracia Tanto escatimar el cuerpo algunas **Malas, mañosas que se meten en el matrimonio** Las hijas eran señoritas **Tu hija se lo merecía (la violación)** Ella era una sinvergüenza que iba a tener guagua sin casarse **Estuvo bien no más, conoció varios hombres** **Era culpable porque era tan linda** **Obligada no más a aceptar al hombre si quiere estar con uno** No desprecies nunca a un hombre Nunca fui confiada con ninguno **Yo con cualquiera no voy a pasar a chistear** Los hombres hacen lesa, se creyó del amigo y quedó con guagua Una buena mujer, de respeto, no anda en boca de cualquiera **Es más culpable la mujer que el hombre** La mujer es más diabla que el hombre Salíamos a mariscar, allí teníamos nuestra amistad **Había chicas bien desordenaditas** Le digo a mi nieto que ande con su globito **Acá en la isla era vergonzoso, no se hablaba** Cuando me empezaron a salir los senos me daba vergüenza, terror de que se notaran, me ponía polerones enormes Pololeaba a escondidas **Catalogaban a la mujer de fácil. Todos la apuntaban con el dedo. Esta es una caliente, una puta** Igual hoy en día les dicen maracas Los hombres, por el hecho de ser hombres, nunca les dicen nada Las madres decían que la culpa era de la mujer siempre, no del hombre **Estar usada por muchos chicos** Si tú eres descabezada, él no tiene la culpa Mis papás son a la antigua, antes de que me case no puede haber nada **El corpiño era para aplastar los senos** **Tápate, decían a las mujeres**

Para que no se vean deshonestas **Toda esa gente bonita (blancos, de ojos claros)** El antiguo era muy secreto El chauco busca mujeres lindas, no a las que son como yo dice mi suegra **Mamá ¿por qué no me hiciste hombre?** El hombre anda por donde quiere Fui muy secreta en todo La responsabilidad la carga la mujer, el hombre es libre Considero que fui mala Todo calladito no más era Se fue viviendo los días, uno a uno **Nadie le decía nada a uno** **El hombre es un ajeno, un enemigo** El hombre es más animal, con instintos más brutos **Me sentía tan sola, todo lo hacía sola** Mi vida fue muy triste Andan más libres los hombres Fui muy sufrida para crecerme **He vivido siempre para trabajar** No quería quitarle derecho a los hombres por eso no usé pantalones nunca Anduve hasta tercer año a la escuela. No me dio la cabeza **Mi comida eran mis lágrimas, lloraba y lloraba** **Ha sido sacrificado ser mujer en la isla** Las mamás antiguas no hablaban de eso De soltera trabajé igual que un hombre Uno oprimía su pena **Fui ruda, no aprendí. A huascazos de la mamá y no me entraba** Era mi encanto estar en la casa, atender a mis hermanos chicos **Muy mala fui igual** Me tenían de irrisión en mi casa **Se han ido todos, quedo yo no más cuidando a mi madre** Es más fácil estar en la casa Antes de la escuela dejábamos hechas nuestras tareas, entrar agua, leña Era entretenido ir a la escuela **Era macho, me gustaba jugar afuera** Las mujeres sufren más que los hombres **Crecí junto con mi hija, aprendí a ser mujer, a valerme por mí misma** No sirvo para tener a alguien al lado El marido sale a trabajar y llega tarde Yo a mi hija le cuento todo, cómo es la vida **Sufrimos más las mujeres, los hombres viven su día a día no más** Quería salir, conocer, pero Dios dijo: no, te quedas aquí nomás

Me decían marimacho porque me gusta jugar a la pelota Hacíamos todo para tener permiso para jugar: picar leña, entrar leña, acarrear agua **Me hizo un banco para que alcance el perol y haga la comida** No me querían porque era india y pobretona **No podía quedarme atrás, quería ser alguien en la vida**
Es de respeto mi papá, a la antigua Fui bien machito, jugaba a la pelota, las bochas **Nos conocimos por facebook, no tenía cabeza para estudiar** Soy más estricta con mi hija que lo que fue mi madre A los niños los torcía (el chauco) **Los brujos lo están matando (a los que tienen una enfermedad)** Le entró los amigos (brujos) y le hicieron un mal Hay familias que son buenas para hacer el mal **Yo todavía estoy penando aquí, yo soy un barro nomás aquí.**

*Nota: Todas las frases de «Este oscuro mar» han sido recogidas en terreno por el proyecto de investigación *Voces de mujeres chilotas, develando lo tabú* realizado por Rosabetty Muñoz y Sonia Muñoz en 2017.

Lina Meruane

PERMISO DE CIRCULACIÓN

Es un riesgo inevitable, es un riesgo que las mujeres deben tener en cuenta y deben correr si quieren salir de sus casas y circular libremente. Si te sucede, dust yourself up, desempólvate y pasa a otra cosa. Y si te da demasiado miedo, entonces quédate en casa de mamá y dedícate a hacerte la manicura.
Virginie Despentes, parafraseando a Camille Paglia en *Teoría King Kong*.

Una Mujer levanta las cejas antes de murmurar, sombría, solemne, es que iban solas.

La Otra protesta, no iban solas, iban acompañadas la una de la otra, y aunque hubiera sido sólo una la que iba por ese camino, haciendo dedo o no haciendo nada, las piernas flacas, la falda al viento, el ombligo al aire, no tendría que haber sido violada, ella, violado su cuerpo.

Pero la Mujer la contradice: todas sabemos que no podemos ir ni solas ni acompañadas por otras mujeres, una mujer nunca es el escudo de nadie, ni siquiera de sí misma.

Se muerde el labio inferior y asiente, la Otra, recordando a esa escritora francesa que no pudo ni escudar a su amiga ni escudarse ella. Esa francesa de minifalda y zapatillas rojas. Esa francesa que era vendedora en una tienda de discos, que años después hizo crítica de cine pornográfico y se ganó la vida como prostituta. Que se hizo escritora de renombre. Que ahora es leída en todas partes. Esa francesa, entonces joven y roquera, había partido a un concierto con su amiga también en faldita y leotardos y zapatillas de algún otro color, y en ese viaje se gastaron toda la plata que tenían. Tendrían que regresar a dedo. De Londres a París, a dedo. No eran pocos kilómetros pero los recorrieron en autos conducidos por hombres, o eso le parece recordar a

la Otra: que la francesa menciona conductores que nunca son mujeres, y piensa, la Otra, que tal vez sea porque las mujeres no suelen pararle a nadie por el camino, no si van solas en su auto. Pero esto no lo dice. Es solo un pensamiento que atraviesa veloz su cabeza como un pájaro de carretera. Continúa contándole a la Mujer que un auto las dejó en una estación de servicio en las afueras de París, que ya era de noche, que decidieron esperar a que aclarara pero que aparecieron unos muchachos que tampoco andaban solos; eran tres jóvenes obreros. Con amabilidad los tres ofrecieron acercarlas a donde iban. Ellas dudaron como dudan las mujeres cuando son solo dos y los hombres son multitud, pero se dejaron convencer. La francesa de zapatillas rojas escribiría después, en su libro, ¿cómo se llamaba ese libro?, se pregunta la Otra para de inmediato responderse, ¡Teoría King Kong!

La Mujer pregunta, ¿Despentes, cierto?

86 — Y la Otra responde, Despentes, esa misma. Y luego agrega
87 que en cuanto cerraron las puertas del auto las muchachas francesas en minifalda y zapatillas comprendieron que habían cometido un error. Intentaron convencerse, cada una a sí misma, de que debían dejar de ser paranoicas: no había que ver violadores en todas partes. Por más que hubiera violadores en tantas partes. Por más que los tres muchachos las fueran a violar.

La Mujer piensa que las francesas no habían tenido la suerte de esa amiga suya que una tarde, a la vuelta del colegio, tuvo un mal presagio pero continuó caminando sin mirar atrás hasta que unas manos la agarraron por detrás y le taparon la boca y la empujaron hacia unos arbustos. Era un hombre y la amenazaba con su voz oscura metida en la oreja, como grites te mato, mientras enredaba sus dedos ásperos en el uniforme de la amiga, levantaba su faldita tableada y se enredaba en la enagua que usaba en invierno, las medias de lana, unos calzones gruesos y enormes, era torpe y feo y arrugado como un feto y ella empezó a reírse, a reírse como una tonta, a reírse con tales carcajadas: un ataque de pánico estridente que no lograba controlar. El tipo la miró desconcertado, la soltó, tenía los pantalones abajo, el pene caído; ni golpearla pudo.

¿Por qué sonríes?, preguntó la Otra.

Me estaba acordando de algo increíble, dijo, haciéndose un poco la misteriosa y luego cambió de tono, las mujeres debieran hacer más caso a sus intuiciones, opinó, en todos los instructivos policiales se le sugiere a las mujeres que confíen en su instinto: si se sienten en peligro deben tomar todas las medidas necesarias. Cruzar la calle. Correr. Subirse a un taxi. Gritar. Fingir una llamada telefónica a la policía o hacer la llamada. Por si acaso. La Mujer sonríe otra vez, recordando otra historia de violación fallida que ahora sí procede a contarle a la Otra, la historia de aquella argentina, tan alta, tan delgada, tan rubia, el pelo escarmentado sostenido por la laca, su cuerpo ceñido por ropa de cuero; esa argentina que había sido modelo de revistas pero que ya no era más que una estudiante de doctorado, compañera suya, y sonreía recordando que la argentina iba caminando sola, sola su alma, de noche, de vuelta a su casa, cuando escuchó el crujir de hojas en la calle. Alguien la seguía. Un hombre solo la seguía, o tal vez no la estaba siguiendo pero caminaba detrás de ella en la misma dirección. La argentina se detuvo en un basurero, recogió una botella de leche vacía, se dio vuelta y empezó a atacar al hombre que intentó proteger su cabeza con los brazos y se alejó corriendo despavorido. Mirando hacia atrás a la rubia desmeledada que seguía con la botella agarrada del gollete, jadeando.

Eso es raro en una mujer, no solo defenderse sino atacar por si acaso, dijo la Otra sin poder contener la sorpresa que se dibujaba en su rostro e imaginando la cara del hombre confundido con un asaltante de caminos o algo peor.

Raro, sí, asintió la Mujer.

Pero hay que defenderse, aunque sea por si acaso, continuó la Otra pensativa, porque una mujer nunca es igual a un hombre, nunca su cuerpo es igual, ni en la casa ni en el trabajo ni en el bus, ¿te has fijado cómo separan las piernas los hombres en el metro, cómo las cierra una para dejar que ellos se tomen todo nuestro espacio? ¿No te pasó nunca que en la micro un hombre se arrimara a tu hombro para frotarse contra ti? ¿Que un hombre, como le pasó a una amiga mía, metiera la mano debajo del jumper y su dedo índice por ahí?

La Mujer carraspeó sin bajar la mirada. Una mujer nunca es igual a un hombre, mucho menos en la calle. Una mujer sabe que corre peligro y la que no sabe, la que se olvida, la que niega ese peligro suele pagar con su cuerpo como las dos francesas.

Las dos francesas y las chilenas y las peruanas y tantas otras que no lo cuentan, y las que sí denuncian sin obtener resultados, suspiró la Otra y repasó el caso de la española que empezó besándose con un hombre en las fiestas de San Fermín, y terminó violada por boca, vagina y ano, por cinco hombres. Cinco hombres grandes y recios y sin condón. Cinco, repitió alargando las letras, era cosa de calcular las risas de ellos, la saliva, el escupo, el daño, las manos sobre la boca, la sangre entre las piernas de la española. Uno de los cinco era miembro de la Guardia Civil, el segundo era del Ejército, y esos o los demás aprovecharon para grabar sucesivas escenas de violación que luego repartirían por las redes sociales para su infatigable reproducción. Una violación ejemplar. Una violación infinita, sin escrúpulos, sin conciencia del crimen, murmuró la Otra sintiendo un mareo de cabeza, sintiendo ganas de vomitar.

88
—
89

Supe del caso, dijo entre dientes la Mujer, apretando la mandíbula hasta sentir dolor en los oídos, eran del grupo que se hace llamar La Manada.

Esos, corroboró la Otra, qué nombre perfecto para hombres que se juntan a fin de maltratar, golpear, agredir, pero lo peor fue la sentencia: a los cinco se les redujo la pena de primera instancia de agresores a abusadores, y siguen en libertad bajo fianza.

¿No dijiste que la chica se estaba besando con uno de ellos?, preguntó la Mujer como si quisiera que la Otra no continuara con los detalles que avivaban su miedo a salir, salir de noche sobre todo.

¿Y eso qué tiene que ver?, replicó casi gritando la Otra. Consentir besar a un hombre no es consentir a que ese hombre te viole, o que te viole toda la manada hambrienta que lo acompaña. Haber besado a uno o a cientos de hombres no significa que hayas abierto la puerta para siempre ni a ese ni a ninguno, que pueda entrar cualquiera por esa puerta sin pedir permiso.

Disculpa, dijo la Mujer juntando los labios sin atreverse a decir que ella nunca había besado a un desconocido, nunca se había sentado en un bar, ni sola ni acompañada por otra mujer. Se sentía íntimamente orgullosa de andar siempre con un hombre de guardián, uno de sus hermanos, un primo, la pareja de turno.

Es increíble, siguió la Otra, que acuses a la violada de su propia violación. Pero lo más triste es que todavía haya mujeres que piensen así, incluso mujeres violadas como la escritora francesa.

¿La francesa se acusó a sí misma?

No exactamente, pero en *Teoría King Kong* dice que se identifica con una tal Camille Paglia, una feminista que dice, si no lo recuerdo mal, que una mujer siempre paga un precio por salir de la casa, y ese precio es la violación.

¿Sí? La Mujer osó decir que estaba de acuerdo: una no salía de la casa sin asumir el peaje por la libertad de circular, por la calle y por la vida. Era mejor aceptarlo, había que asumir que así habían sido siempre las cosas y así continuarían siendo. Por eso ella no salía, no estaba dispuesta a pagar ese precio.

La Otra miraba seriamente a la Mujer mientras hablaba; la Otra estaba pensando que no era solo la calle oscura o iluminada, el bar y la oficina después de las seis cuando todos empiezan a irse a sus casas, era la casa, la casa, sí, porque la propia casa podía contener sus peligros, sus rincones callados, sus piezas oscuras, en la casa podía haber padres abusadores o tíos que ofrecían cuidados, los amigos del hermano y los vecinos llegaban a la casa cuando no había nadie. Y la Mujer supo que la Otra estaba pensando en eso, eso que le había sucedido a la prima de la Otra, la prima que denunció al tío y que acabó colgándose de una viga. La Mujer tuvo que desviar los ojos encendidos de la Otra que amenazaban con quemarla, quemarlo todo. La Mujer estaba oyendo decir a la Otra por encima de su temeroso murmullo que no, que cómo iba a ser inevitable la violación, cómo iba a ser inherente al pacto social entre hombres y mujeres, cómo era posible que se hubiera vuelto aceptable ese riesgo que corrían día y noche en todas partes las mujeres. Mira, dijo la Otra, la francesa aquella dice en su ensayo que la Paglia hace de esa aceptación una circunstancia política. ¡Cuál circunstancia política! ¡La de

no volverse una víctima, la de aceptar las circunstancias! ¡Es todo lo contrario! La Otra había levantado la voz, no gritaba pero llenaba la pieza de consonantes estentóreas y de oes abiertas llenas de ecos mientras anunciaba que lo único político era rehusarse a aceptar el peaje, a salir por la puerta de todas esas casas en las que estaban metidas, atrapadas, intimidadas una infinidad de mujeres, sino todas las mujeres, salir a manifestarse con todas las otras que estaban ahora ahí alrededor de ellas. Lo político es exigir no ser ni violada ni agredida ni abusada cuando vamos solas. Vamos, dijo la Otra a la Mujer. Ven conmigo. No estamos solas.

Daniela Catrileo

KÜTRAL

Durante mi infancia la calle siempre fue un lugar prohibido. Nunca fui una niña callejera. De hecho en esos tiempos los adultos decían aquel calificativo con un tono despectivo hacia los niños. Muchas veces lo balbuceaban como ofensa hacia esas vidas que estaban a la deriva, sin cuidadores o sin una disciplina impuesta. El grupo de callejeros armaba su existencia bajo el vagabundeo de las esquinas o tocando las puertas vecinas para pedirle permiso a sus amistades. Habitualmente, lograba escuchar el golpecito de sus manos contra las puertas y de pronto se escuchaba una voz que decía: «Tío, ¿puede salir el Jhon a jugar?». O un poco más allá, se oía: «Señora Mirta, ¿le da permiso a la Karina?».

Alguna vez también tocaron mi puerta, pero la severidad y el rigor familiar nunca dieron espacios a la diversión callejera. Nunca escuché un sí en temporada escolar. Por ese motivo, la calle fue un espacio del deseo, una fantasía que solo podía ser habitada en vacaciones o feriados. Durante toda la otra época, la estación del cautiverio y los estudios, mi cuerpo se volvía un ojo enorme, un panóptico vigilante tras la ventana. Lentamente, iba recolectando gestos, movimientos y modos de habitar imaginariamente una zona que me era negada. El juego constante entre la prohibición y el deseo. Conocía muy bien los horarios para andar en patines y el momento exacto en que la calle se cerraba para alternar entre la pichanga y el juego de las quemaditas, siempre entre los velos de la cortina. Tenía claro que llegaría mi momento de vivir y experimentar la calle. Esperaba ansiosamente el relámpago que me trajera esa posibilidad. Sin embargo, sabía que la calle de mi barrio era un campo de diversión y fatalidad. No era ninguna ingenua, el barrio era una frontera de ferias, cauces de grifos y balas perdidas.

El aprendizaje de esquivar el peligro y estar atenta a las maniobras de la población lo fui adquiriendo gradualmente, de forma paralela a mi crecimiento. En un momento, entendías que

caminar por la vereda no era lo correcto. Sabías que, desde el block que habitabas hasta la casa de tu abuela, había siete cuadras de diferencia. Pero el recorrido se ejercía por la calle, nunca por sus estrechas veredas sin árboles ni pasto. Esa continuidad del cemento agrietado con hermosas manchas tornasol de gasolina, te recibía como único espectáculo de belleza. Mientras el asfalto sincrónicamente albergaba esqueletos de palomas o pellejos de animales atropellados. Todo esto iba siendo incorporado a la experiencia, a la observación minuciosa del paisaje casi como un trabajo de campo. Al final, era un cúmulo de datos que podrían salvarte la vida.

Al mismo tiempo, mi cuerpo adoptaba un aire de seguridad al caminar: movimiento de brazos como péndulos, piernas abiertas, frente en alto, espalda erguida y un mirar directo a los ojos para señalar pertenencia a esos territorios. Nos mirábamos y nos reconocíamos. Una forma que han adoptado nuestros cuerpos para avanzar camuflando el miedo. Y, por ese entonces, desafiar el espanto era una forma de resistir.

92
—
93

No sé en qué instante me transformé en una experta. Imagino que con la edad, ganabas jerarquías mientras cumplieras años. Solo sé que en un momento me gané la calle, ya sabía cómo habitarla en toda su extensión. Incluso, fuera del territorio original. Ya podía ir reconociendo geografías comunes entre población y población. Distinguir los pasajes de las avenidas y amar las carreteras, sobre todo la Panamericana.

Mi mapa horizontal de asfalto se medía también en pasarelas y mi hogar era un conjunto de departamentos levantados entre las calles Los Morros, Colón, Martín de Solís y María Graham. Esa población y las colindantes tenían nombres de conquistadores españoles y mujeres importantes en Chile. Poco a poco, llegué a conocer cada pequeño pasaje en un ejercicio de investigación escolar. La instrucción era buscar la biografía de aquellas mujeres que nominaban las calles aledañas al colegio, a unas cuadras de mi pasaje. Fue así que supe de las vidas de María Graham, Eloísa Díaz, Carmela Carvajal, entre otras. Aunque quizás lo más relevante para mí fue el descubrimiento de Rayen Quitral.

El apellido Quitral proviene de la palabra *Kütral* en mapudungun, cuyo significado es fuego. Ese seudónimo correspondía a la cantante mapuche de soprano María Quitral Espinoza, nacida en Iloca en 1916. Conocida también como ‘Alondra mágica’. En el informe tuve que escribir que fue una cantante chilena, sin embargo, sabía que no lo era. Ella era mapuche como yo y su biografía, tal como mi cédula, indicaba la misma falsa identidad. De algún modo, verla ahí, colgando de ese letrero en una pequeña calle cercana a mi hogar, me hacía sentir que no estaba sola. Teníamos algo en común, algo más profundo. Las otras me parecían interesantes, pero sus biografías me eran ajenas. A pesar del género, había un abismo entre ellas y las mujeres de mi familia. En cambio, sabía que bajo el nombre de Rayen Kütral, se propagaba un incendio entre su esquina y la mía.

En mi experimentar, aprendí las estrategias de sobrevivencia, aprendí a planear de cerca en el peligro para nunca dejarme abatir por él. Reconozco los callejones clandestinos, los pasajes ocultos y las calles sin salida. Sé cómo caminar, sé cómo viajar por las carreteras, sé cómo esquivar a la policía. Sé qué vestuario debo utilizar para camuflarme en la barricada. Esa misma experticia es la que me ha salvado hasta hoy. Quizás nunca fui callejera, pero tengo calle. Eso se nota. En un país donde hay que pedir permiso hasta para marchar, eso se nota. Tengo un entrenamiento forjado a punta de disciplina y observación, una especie de rigor heredado. Esa seguridad solo te la entrega el cautiverio: lucidez y coraje. Crecer fue cambiar el impulso por la estrategia, tener claridad de cuál esquina es la correcta. Tener en la mira a los enemigos. Serpentear rápidamente las cámaras de seguridad hasta apuntar al blanco. Tener en mano ese hermoso color tornasol hasta reventarlo, hasta que todas las calles sean habitadas por el kütral.

Macarena Urzúa Opazo

SISTER OUTSIDER

A la hermana outsider

Más que una piel dorada morena
acicalada rasposa en la arena
mucho espejo
no es la vida ni se le acerca
somos esto
todo cae todo sale
vanidad
nada queda

Difícil escapar a esta rueda
una letra o ínfima telaraña
estrellas
red subterránea
antepasadas
nada se ha enterrado
libros y cartas y diarios y payas
décimas naipes postales y fotos
una rampla para que se deslicen esas voces
mirarlas desfilar
prensa manuales cuadernos recetas

nombrar es merecer
un legado
ligado en recuerdo de un ciclo
no vivir solo el cotidiano de ser
eternamente intentar habitar no solo cuerpo
ni discurso
impresión – historia – manipulación

leer discutir
revivirlas
sin mandatos
desde monjas a médicas
campesinas y profes
de presencia se llena el todo
desde las letras
que se nos han dado

hacerse la tonta
dedicarse a vestir santos
no hablar demasiado
no reírse tan fuerte
no pregunte tanto
hay cosas que no se dicen
otras que no se preguntan
muestra interés en sus cosas
habla despacio

96

—

97 María Luisa disparó a Eulogio
Roberto disparó a Rebeca
la mató
Iris intermedió
para que lo fusilaran

córrase muévase
sírvasse no más de mí
cuerpo cuerpa
ah es que no la vi
¿Pero usted sabe dónde va?
dónde andaba
de dónde salió

LAS FURIAS

La furia con una escoba cual tridente
raspa las hojas de allá a acá por la vereda

las furias de las manos con sus niños
y coches apurados en la escalera del metro

las furias colgando carteras libros lápices labiales
destacadores sobre fotocopias
corrigiendo peinado en el vidrio
cargando la encomienda en el metro

apartarse del espacio para dar lugar
a quien viene

la última niebla
el espíritu de los altos
casas de espíritus
que quizás aún deambulan por las calles de Santiago

el Cristo de Mayo
del naranjo de la ventana donde la Quintrala lo vio
antes de ser cristo
cuando aún era árbol
antes mucho antes
de las furias

UN POEMA QUE SE LEA COMO SIGNOS DE LA CALLE
(De *Ensayo sobre las hojas*)

El lenguaje tiene una dimensión material

llena de palabras que se toman prestadas a otros

un souvenir ejemplifica

la capacidad de un objeto de servir como traza o huella de la experiencia

auténtica

palabras

98

— souvenirs

99

dentro de un lenguaje

hojas

Nos arrastramos por la ciudad
en desiertos de hojas
empujan a transeúntes
nos sacan de contexto

Raíces árboles caídos
no por la tarde
un viento enfermizo
dejó nos atravesáramos

Órganos y células
porciones sentimentales

hojas son los cuerpos
No se puede no seguir escribiendo para la suma
la sombra de todas las lides se acurrucan con desidia
faltaría saber contar y arrimarse a los versos

Dicen que no puedo no se debe no corresponde
otra vez atrapada en un cuerpo donde los tonos son sones

Se imagina un rostro
asomando entre soles de yaguas tendidas

Refleándose al medio
arcoíris en un papel blanco

Esta ciudad ya no es monolingüe
ni los pájaros son los mismos de antes
acentos paires
andar de patines
sonatas de baldosas sueltas
se pasean junto a las hojas que siempre caen
en la ciudad.

EVITE PERDERSE EN EL MAPA
(De *Manual de instrucciones*)

Evite perderse en el mapa

hágale el quite a los caminos marcados con +++**^^**{ } o H
o M o señales de líneas

de trenes _____ - - - - - . _ : : _ * + + + + +

la idea es que cada quien, a pesar de esta instrucción logre:

-ubicarse en el mapa

-encontrar su lugar en el mundo

100 -trazar un nuevo lenguaje (propio o para leer mapas)

—

101 -esto último requiere de más habilidades

INSTRUCCIÓN N°8
(De *Manual de instrucciones*)

Todos deben entrar a la sala asignada a la exhibición y leer la
bailarina de Mistral:

Mientras corren y saltan para no pisar las serpientes y culebras
que llenan el piso de la sala
al final del pasillo hay zapatos rojos de taco alto para quienes deseen
continuar recorriendo la exhibición
en el muro de la sala se leen los versos:

(Recitar en voz alta al menos tres veces)

Mudada sonámbula

Siega en el aire

hermana outsider

gateo como un insecto bajo la escalera para tirarme a la piscina

yo soy la loba, hombre pequeñito

crepuscular y no tanto

bailarina otro poco

me gritaron negra

hombres necios que acusáis

veintiuno son los dolores

palabras arcaicas

la bailarina con los pies

mordidos por alácritas serpientes

INSTRUCCIÓN N°18 (De Manual de instrucciones)

Párate en las huellas que marcarás mañana

como un marcador de libros de los que vendrán

imagina las páginas que marcarás

a las que tal vez has de volver

102

103 crear las líneas de los pies como si fuera una danza que vas marcando

los que paseen por las salas del museo deberán danzarse sin parar por al menos una hora

en círculos o en el sentido del reloj

en algún punto quienes junten un mismo ritmo habrán de encontrarse

y salir juntos

dar espacio a otro par

y una vuelta.



Nina Avellaneda

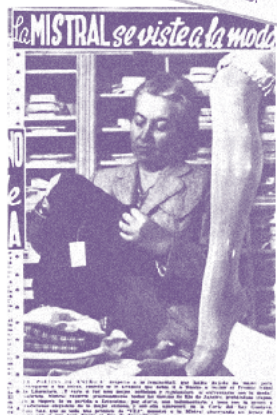
SOLA SIN TESTIGOS

Lo que no se ha dicho...

No tengo miedo, hace mucho tiempo que no experimento esa sensación.



La exquisita poetisa no desdén los quehaceres domésticos, siendo una excelente cocinera (*Revista Ercilla*) y que pertenece a una fascinante serie de fotografías domésticas.



"La Mistral se viste a la moda". "Una mañana, cualquiera salió de compras con el mismo entusiasmo de una buena señora de casa. Es que Gabriela Mistral, poetisa excelsa, es, ante todo mujer. En ella se conjugan todas las virtudes de la feminidad". (*Revista Ercilla*, 1943)

Fue un viernes previo al feriado más largo del año. En las calles la gente se conglomeraba tras abandonar sus labores, marchaba hacia su destino colmando las veredas, expectante y agitada. Para ahorrarme ese tumulto, yo había decidido dar una vuelta antes de volver a casa, pero las caravanas pre-festivas no se detenían y solo pude emprender mi regreso cuando anocheció. A esa hora la ciudad se abre a la velocidad de las máquinas, los pasajeros parecen venir de otro mundo con sus rostros tan tranquilos como exhaustos. Nada que esperar, y por lo mismo, ningún desespero.

El tiempo no es una dimensión que me congregue con los otros, es cierto. Sin embargo, tampoco es posible que haya parpadeado tres veces antes de aparecer en aquel escenario. Iba mirando una aplicación *de chicas* que había descargado en mi celular. Sí, me distraje también por eso, pero no terminaba de acomodarme cuando la micro estaba en Ciudad Empresarial, demasiado lejos de casa.

No eran seductores los perfiles de la aplicación. Eran más bien un puñado de razones por las que venerar la soledad, y un succulento panorama para informes sociológicos. «Disfrutar las cosas simples de la vida», por ejemplo, se repetía groseramente. Las chicas *cosas simples de la vida* brotaban a borbotones, paradójicamente, cuando hubiera sido tan fácil que se hablasen entre ellas. La enumeración de cócteles y apelativos para la marihuana se erguían como estandartes de la mujer resuelta. Ayudaba en ese empeño una foto del último destino paradisíaco. Perros y gatos también desfilaban entre las descripciones, así como el insólito pasatiempo de «ver series».

En ese mar de opciones, había elegido días atrás hablarle a mi vecina. Un perfil que decía estar a cien metros de mi casa. Ella respondió con curiosidad y decidimos asomarnos a los balcones para ver si efectivamente pertenecíamos al mismo edificio.

La aplicación mentía y no estábamos realmente a cien metros; su departamento quedaba frente al mío separado por una calle de doble calzada y ciclovía, ligeramente a la izquierda, con unas casitas bajas por delante.

Encendimos las luces y, habiéndonos dicho nuestros respectivos pisos, logramos saber dónde vivía cada una. Nos comunicamos apagando y encendiendo una luz, celular en mano, corroborando la eficacia del intercambio. Distinguíamos solo pequeñas siluetas enmarcadas por ventanas, así que pronto resolví que tal vez una bandera sería algo inconfundible en mi balcón. Fui por una enorme y la desplegué por el edificio. Ella estaba verdaderamente divertida con la bandera, a mí me conmovía su alegría sencilla.

Una vez instalada en la micro contesté un par de mensajes. Advertí el vacío en los pasillos y el aire fantasmal que adquiriría Santiago previo al feriado. Pero luego de responder abrí la aplicación y allí el tiempo me tragó unos minutos, arrojándome en un paisaje que jamás había visto.

106 — Esta aplicación permitía ver la distancia a la que se encontraban las demás chicas, mostrando siempre a las más cercanas. Por lo tanto, si yo cambiaba de escenario cambiaban también mis posibles interlocutoras. Mientras miraba los rostros de las mujeres —y la máquina avanzaba a toda marcha— vi el de la vecina desplazándose de mi perfil a una velocidad inusitada. Pensé que estaría viajando rumbo a sus vacaciones o yendo a bailar con gran ansiedad, porque su imagen se alejaba de la mía demasiado rápido: quinientos metros, un kilómetro, dos y cinco. *Bastante lejos está yéndose mi vecina*, pensé, al mismo tiempo que distraída miraba hacia afuera desconociendo un supermercado. *No sabía de este supermercado*. La evidencia entrándome por los ojos y yo con el sentido común intacto en su caja, en su huevo, sin uso desde siempre.

107 De pronto el entorno se volvió radicalmente distinto, no hubo más grafitis ni casas de barrio. Apareció otra ciudad, una que no estaba diseñada para la vida. Dudé dos segundos entre llegar hasta el final del recorrido o bajarme allí mismo. Dos segundos tardé en bajarme y quedar a la deriva con un celular

advirtiéndome un tres por ciento de batería. Después de un día de uso, en el que me había servido para tan diversos propósitos, no alcanzó el aparato a mostrarme dónde estaba. Google Maps, una aplicación hecha a mi medida y a la que confiaba mi integridad diariamente, se había abierto y desaparecido en el fondo negro de la pantalla.

Caminé algunos metros desandando el avance de la micro, pero muy pronto di con una rotonda que me dejó absolutamente desorientada. Odié esa rotonda que fue mi grado cero casi a la una de la mañana. Con mi habitual brújula perdida pensé en qué dirección tomar y fui hacia la que mi corazón no dictaba. Mis decisiones debían ir contra mi naturaleza con radicalidad. Buscaba un paradero o, en el mejor de los casos, encaminarme a mi casa. Las calles estaban totalmente desiertas, los edificios permanecían con las luces encendidas y las empresas irradiaban sus marcas. Un par de autos, *transfers* y otras camionetas esperaban afuera a no sé quiénes y también uno que otro hombre dormía sobre el volante. Representé aquel personaje que tantas veces me había servido de madrugada: la mujer de calle, segura de sí, dueña del espacio. Tenía que ponerme el capuchón, parecer irremediabilmente destructiva, refunfuñar, escupir, de lo contrario alguien vendría y me intimidaría. No, era yo quien debía hacerlo.

Después de caminar unas ocho o nueve cuadras, apareció finalmente un paradero y decidí quedarme allí. No era uno de esos grandes con información en detalle de las micros; era una tabla y un techo. Rondaba en círculos una camioneta saturada de luces que atribuí a seguridad ciudadana o a algún sistema de vigilancia. No intenté acercarme porque no había testigo de ese acercamiento, y en el paradero me quedé a plena luz de un foco o de costado tras el poste que indica el número de los recorridos.

Iba del foco al poste ansiosamente, desesperada y abatida al mismo tiempo, cuando de pronto distinguí a un perro durmiendo, apacible, a unos metros de mí. Fue un alivio sentirme acompañada. Como dormía y nadie se percataba de que él estaba conmigo, lo llamé despacio, lo llamé adelantándome a la relación amorosa que habría entre nosotros, con una voz dulce y un silbido suave.

Pero el perro despertó y comenzó a ladrarme, primero desde su puesto, luego incorporándose levemente hacia mi dirección. No me acompañaba, sino que ponía en evidencia mi soledad. Concluí, de todas maneras, que era mejor tener a un perro ladrando de testigo que a nadie. Todo el tiempo pensaba en que mi desaparición no tendría testigos, eso me alarmaba porque no habría una punta de la cual tirar para encontrarme, moriría en mi ley: disuelta en la nada demasiado pronto, insignificante, circunstancial. Un golpe de agua estrellado en el vacío.

108 — Los autos transitaban como durmiéndose en el pavimento. Hubiera preferido que volaran, era factible hacerlo. Entre todos los que pasaron, finalmente uno hizo lo que yo temía: disminuyó la velocidad, y luego otro poco más hasta que se detuvo por completo. Me quedé paralizada, con el corazón en la boca, y lo único que vi fue la falta de testigos. El hombre extendió su cuello para saludarme, yo solo logré articular la palabra *no*, al mismo tiempo que movía la cabeza. Luego me preguntó si yo era tal mujer, a lo que continué respondiendo que
109 — no. Entonces aceleró el motor y se fue. En ese instante abandoné mi plan de esperar una micro y me dispuse a caminar en línea recta. Calculaba que serían las tres de la mañana.

Luego de un tiempo divisé a lo lejos a otro hombre con su cabeza cubierta por un capuchón, igual que yo. Le entregaba algo a un sujeto y en seguida se devolvía por donde había venido. Pensé en pedirle ayuda porque se me ocurría que un *dealer* no podía ser también un violador, que se era violador o traficante -violador o drogadicto, sí, esa fue la imagen- pero que no se podía ser doblemente criminal, o estar doblemente fuera de la ley, y me sentí tan cerca de la ley como una hermana de policía. Todos los prejuicios encima, no sé si a favor o en contra, del chico que entregaba un paquete a las tres de la mañana en Ciudad Gótica Empresarial. Antes de que me decidiera, él pasó de largo sin siquiera reparar en mí.

Tras el episodio del *dealer* concluí que lo mejor era llevar una piedra en el bolsillo y no enseñar mi soledad frente a nadie. Busqué una con punta y me la guardé. Fuera del miedo, sentía rabia por tener que desperdiciar el silencio hermoso de

la noche. Aves nocturnas cantaban recordándome la casa de mi madre, ese resguardo, y un sentimiento ambivalente me tuvo detenida mirando el cielo unos segundos. En aquella salida que se extendía hacia arriba evoqué también a mi vecina y la imostergable noche de mi visita:

Cuando abrió su puerta yo tuve que cerrar los ojos, no fui capaz de saludarla y decir algo apropiado. Crucé el umbral tomando aire, desviando la mirada para no caerme. Yo me sentía a gusto con nuestra comunicación óptica, con esa justa cercanía, pero de pronto apareció su rostro de carne, sus pestañas y el timbre de su voz. Todo al mismo tiempo. Y tuve que cerrar los ojos porque ahí estaba otra vez: el escurridizo placer de ver a alguien. Mucho tiempo había pasado desde entonces.

Esa noche fue para mí un descubrimiento. Un hallazgo vivo en medio de mi vida entre palabras. Esta noche, en cambio, un graznido que hendía el cielo era mi único interlocutor. Esa búsqueda. Me cercaba el espanto, sin embargo, y tuve que dejarlo atrás como un amuleto que pesa demasiado.

De tanto caminar había entrado en calor y percibía mis piernas más fuertes. Calientes y duras; además de la piedra tal vez podría dar patadas vigorosas a cualquiera. Estimaba que había transcurrido una hora más. Me senté a descansar y, después de no haber desaparecido sin testigos tras varios kilómetros, comencé a confiar en la buena estrella que me atribuían. No era posible que me sucedieran tantas cosas buenas, decían, siendo yo el emblema de la desorientación. Cosas buenas como no desaparecer en la noche sin testigos, pensaba, cosas fantásticas. Una estrella realmente generosa.

Cuando la oscuridad comenzaba a dar paso a un gris cada vez más claro, distinguí algo que para mí fue como contemplar en vivo y en directo aquella estrella de la buena suerte. Una luz erguida, un blanco inaudito en la punta del cerro como un lucero. Al fin, el San Cristóbal aparecía y yo podría orientarme para volver a casa. La virgen del San Cristóbal, casi tan hermosa como un rostro de carne.

Estando a cuerdas del departamento, recordé la piedra y me la saqué del bolsillo. De reojo le di las gracias, esa tenía que ser

mi verdadera estrella, pensaba, y la arrojé en un instante de súbito arrebató al techo de un paradero. Una anciana que salía con excesivo abrigo desde un pasaje me miró sobresaltada. Dis-cúlpeme, le dije yo, es que estoy viva.

Flavia Radrigán

TU PROXIMIDAD

ES EL ATARDECER.
EN LA MITAD DEL PASEO AHUMADA UNA
MUJER TARAREA EN FORMA
ENTRECORTADA UNA CANCIÓN.
LE CUELGA UN MUÑECO DE LA CINTURA,
EN SU MANO UN CIGARRO SIN FUMAR.
UN HOMBRE, UNOS PASOS MÁS ATRÁS,
LA ACOMPAÑA E INTERVIENE.

ELLA : Se me olvidó la canción, debe ser porque camino muy rápido. Sí, eso debe ser. Aunque la gracia sería saber para dónde voy, sino me canso. Solo eso, cansancio...

ÉL : Es aquí, vienes aquí. Das unas vueltas y regresas a esta esquina, donde hay más gente. ¿Te prendo el cigarro?

ELLA : ¡Ah?

ÉL : Si te prendo el cigarro.

ELLA : Claro, se me olvidaba que hay que fumarlos, pero no, mejor que no. Primero tengo que saber para dónde voy. Y si me lo fumo se acaba, y si se acaba no puedo pensar.

ÉL : Fúmatelo tranquila, no hay nada en qué pensar. Está muy linda la noche y hay mucha gente.

ELLA : Es verdad, pero esta no es la esquina que busco. Tengo que saber dónde voy.

ÉL : Es aquí, ya llegaste. ¿Te prendo el cigarro?

ELLA : No, gracias. Me da susto fumar y así no se nota. Ya te conté eso, ¿verdad?

ÉL : Sí, ya me contaste. Pero no importa que se acabe el cigarro, ahora no.

ELLA : Los dos sabemos cómo sigue... Cuéntame algo que no sepa.

ÉL : La brisa está muy agradable. Ven, sentémonos, ya diste la misma vuelta tres veces. Aquí hay más personas a las que puedes hablar.

ELLA : Nuestro acuerdo. Recuérдалo.

112 ÉL : Sí, lo sé. Y en eso estamos, respetándolo.

—

113 ELLA : Gracias.

ÉL : ¿Sabes?, me gusta mirar el cielo cuando anochece. Desde pequeño miraba constantemente hacia arriba, como si lo examinara, como si buscara algo que lo diferenciara de otros cielos; como si el cielo pudiera explicar las cosas que veía a mi alrededor. Intento hacerlo nuevamente, pero me topo con nuestro acuerdo.

ELLA : Me gusta este paseo, me gusta escuchar risas, carreras de jóvenes, como si de pronto fuera a pasar algo muy bello y no nos diéramos cuenta de que está pasando en nuestras narices. Pero nunca ves cuándo sucede, la causa es siempre invisible. Nunca sabes exactamente lo que pasa, nada es tangible.

ÉL : Ven, vamos, conversemos en la casa. Tomemos una taza de té.

ELLA : No, no quiero, me gusta la calle, necesito estar acá. Además camino más rápido que tú y voy a llegar antes y no quiero llegar sola, quiero que lleguemos juntos. Que pongas la tetera y me des un té caliente.

ÉL : Hagamos un trato, yo te agarro la mano, preguntas y después nos vamos abrazados...

ELLA : ¿Comenzarás a besarme?

ÉL : Si quieres fumas primero...

ELLA : ¿Cuéntame algo que no sepa, cuéntame algo para que no quiera quedarme aquí a gritarles a todos estos inmóviles, a todos estos que no hacen nada por nadie!

ÉL : ¿Olvidalo!

ELLA : ¡No puedo, es mi historia y no la entiendo! ¡Quiero que me ayuden a hacerlo! ¡Que me digan por qué no hicieron nada!

ÉL : No hay nada que entender.

ELLA : Te equivocas. Yo no he podido salvarme, pero tengo que hacer algo.

ÉL : Estoy aquí.

ELLA : ¿Te acuerdas lo que cantaba?

ÉL : Es una canción de cuna.

ELLA : ¿De cuna? ¡Eso no se me debe olvidar!

ÉL : No importa. ¿Te prendo el cigarro?

ELLA : Debo cantar y preguntar en la calle. No se me puede olvidar. (Pausa) Cuéntame mi historia.

ÉL : No.

ELLA : Cántame.

ÉL : No.

ELLA : ¡Ahí tienes la razón de por qué salgo a preguntar a estos inmóviles en las calles! Acordamos que podría contarlos y gritarles, ¿recuerdas?

ÉL : Si esta vez lo hago yo, ¿dejarás de preguntar por qué?

ELLA : No, nunca. Nunca dejaré de enrostrarles lo inútiles que son. También seguiré sin saber cantar ni fumar.

114
—
115

ÉL : Es tarde. La gente nos mira.

ELLA : No importa, siempre hay gente que mira y no hace nada.

ÉL : ¡Tienes un muñeco en la cintura!

ELLA : ¡No es un muñeco! ¡Es mi vida, soy yo!

EL HOMBRE SE PARA, LLAMA LA ATENCIÓN
DE LOS QUE ESTÁN CERCA.

ÉL : ¡Para los que nos escuchan! ¡Para ustedes que nos miran!... Hace mucho tiempo que ella está enojada, porque a la muñeca que le regalaron le cortaron el pelo a machetazos y se lo pasaron por muñeco... Un hombrecito, le dijeron: es lo que pediste al viejito pascuero. Un muñeco. Y le tiraron el macheteado a los brazos como si lo hubiese parido.

ELLA HACE LO MISMO.

ELLA : Me miraron feo porque no abracé al macheteado. Me enojé y se quedó sin nombre hasta que le puse Mauricio. En la noche le saqué los calzones para mirar qué era y por detrás tenía poto igual que yo, pero por delante estaba liso, o lisa. ¡No! Era muñeca, era mujer y la habían macheteado para ahombrarla. Tenía pestañas postizas bien negras y ojos azules, los cachetes bien rojos y... yo le puse Mauricio. Después pesqué un clavo caliente y le hice un hoyo en el culo para que no sufriera y pudiera cagar tranquila-ilo porque tenía que alimentarla-mentarlo todos los días, porque también me regalaron una cocina con tacitas de té para que le sirviera oncecitas y mi mamá me ponía comidita en las ollitas para que sirviera almuercito.

ÉL : Y la-lo amarró a la silla para que comiera porque no abría la boca y tenía que obligarlo-obligarla.

ELLA : ¡La comida no se puede perder, hay muchos niños con hambre en el mundo!

ÉL : Y ella-él chorreaba y manchaba la silla y tenías que sacarle la cresta por cochino-cochina. Después lavar las tazas de té, después las ollas de la comida y después lavarle la ropa en un lavatorio. Pero cuando tu madre lavara, porque había que ahorrar detergente y ese día del lavado (que era todo el día) había que compartir lavazas. ¡Porque Mauricioicia y su ropa eran tu responsabilidad!

ELLA : La lavadora era redonda y en la tina se enjuagaba con agua helada, bien helada. Como el suelo de esta calle.

ÉL : El agua no cambia a través de los tiempos, es mentira que corre. ¡No importa la calle donde lo grites!

ELLA : ¡Teníamos las manos con sabañones, los dedos rojos!
¡Eso tampoco cambia!

ÉL : Hace frío. ¿Quieres una taza de té?

ELLA : ¡Y había que pedirle permiso a las vecinas para colgar la ropa, porque en la casa no había dónde y mi mamá lavaba todo, las sábanas los cubrecamas los calzones los uniformes, pero no la ropa de ella-él, así que yo lo-la tomaba por el pelo y lo-la metía a la lavadora mientras daba vueltas y el agua le salía por el hoyo que le había hecho y yo aprovechaba de lavarle el culo por cochino-ina y lo-la retaba bien retado-ada, le tenía que dar un par de cachetadas porque no hacía mucho caso y se meaba en la cama todas las noches, así que tuve que encerrarlo-arla hasta que aprendiera! Mi madre quería que Mauricioicia pidiera disculpas, pero no lo hacía. Así que la-lo tuve que meter a una caja, pero antes de sellar la caja debía enseñarle modales, tal como me los habían enseñado a mí.

ÉL : Mauricioicia todavía está en la caja porque no te casaste y debías casarte de blanco y con harto amor y palomitas blancas en el aire. Según tu madre ese hombre tenía que ser más alto que tú. Tenías que llegarle al hombro y hacerle el desayuno por las mañanas, darle el té, mucho té, y él trabajaría para ti porque iban a tener una casa linda y cuando él llegara tendrías todo el aseo hecho y la comida calentita. Irían a misa los domingos, porque los sábados culiarían debajo de las sábanas para que diosito no les viera el poto.

ELLA : Los anhelos, los sueños y el culiar no cambian a través de los tiempos. Si el agua no cambia, ¿por qué se van a mover los deseos? Tomemos una taza de té... Mi mamá me dijo que tenía que ser una dama en la casa y

una puta en la cama. Que así los maríos no se iban, porque no tenían nada que ir a buscar a otro lado.

ÉL : Lo sé. A mi hermana también se lo decían. Pero no hizo caso. ¡Vámonos a casa!

ELLA : Y a ese marío le voy a dar cuatro hijos al tiro y les voy a enseñar buenos modales para que sean hombres de bien, no como Mauricioicia que solo hace cosas malas y le gusta tocarse el poto. Pero yo pesqué una sierra que tenía mi mamá para los trabajos manuales y le aserruché por delante la entrepierna, para que fuera muñeca, para que fuera mujer de una buena vez, pero me había acostumbrado a verlo macheteado y hombre.

PAUSA

Me arrepentí, me arrepentí mucho y le cosí la entrepierna. Así diosito no sabría lo que miraba, no entendería si era hombre o mujer y no podría castigarlo... No podría mandarlo-arla al infierno, porque al infierno van todos los niños-niñas que se portan mal. Ese castigo infernal que es reproducirse a sí mismo y pasar todos los tiempos... Cada vez que llegaba alguien a mi casa la-lo escondía y no decía nada ni me metía en las conversaciones, me sentaba con las piernas cerradas y solo abría la boca para preguntar ¿se sirve una tacita de té?

PAUSA

¿Hacia dónde caminan las mujeres de esta calle?

ÉL : Vamos a casa.

ELLA : No se vayan...

ÉL : Ya no queda nadie, vamos.

ELLA : Cuando aprenda a fumar, cuando mi canción fluya.

ÉL : ¡Deja que la gente camine!

ELLA : ¡No! Hasta que Mauricio sea quien quiere ser...
Señora, ¿tiene encendedor?

FIN

Pía Barros

LA MEMORIA DE LAS HOGUERAS

El padre le enseñó a hacer el nudo pescador, a ensartar el gusano en el anzuelo, a escuchar el silencio cómplice del lago ante el vaivén del bote y las lamidas susurrantes del agua en sus costados. Las mañanas se alargaban entre su sonrisa y los nueve años con el entrecejo fruncido para aparentar concentración y el pelo revuelto bajo la gorra encasquetada, siempre más grande que su cabeza bullendo en preguntas que debían esperar hasta el fin de la pesca. Él llevaba el balde y las cañas y ella esgrimía orgullosa el par de pescados para comerlos ante el fuego que papá encendería sin problemas, como los padres de las otras y otros que alardeaban sus fines de semanas en el recreo del colegio.

El padre le había enseñado, como a sus hermanos, a defenderse, a hablar fuerte para pedir lo que deseaba, a mascar un hierbajo y dejarlo asomar por la comisura para que todos supieran que ella tenía un padre cuentacuentos, con tiempo para escuchar y asar pescados en fogatas imprevistas, con consejos sabios y palabras mesuradas y justas. Tenía ojos mansos y a veces la llevaba sobre sus hombros, solo para que pudiera sentir la brisa en sus pecas y riera de felicidad ebria hasta el llanto. Amar y reír, como los demás.

En los patios, Losdemás eran piños bulliciosos que siempre tenían mucho que decir, traídos de casas donde madres hacían trenzas o moños perfectos, preparaban panes humeantes y sonreían entre consejos y mimos. Losdemás eran esos delantales a los que veía de espaldas, buscando un intersticio para entrar y ser como las otras y tener palabras para contar lo que aún no sabían que era la felicidad.

No recuerda el momento exacto en que el silencio dio paso a las palabras de su cuaderno escondido entre los frascos de mermelada para el invierno. Cuando empezó a contarlas, las historias abrieron los círculos cerrados para ella, la rara, y fue esperada para escucharla, celebrarla, compartir los recreos y la risa. Con

las historias, apareció la de hábitos negros imponiendo el orden en el patio, requisando la pequeña libreta, llevándola a ese otro círculo cerrado de monjas que la miraron como a algo enfermo que había que curar. Que escribiera oraciones a Dios, que no desperdiciara los dones en frivolidades no aptas para niñas. Le dijeron que escribiera la verdad.

Que escribiera la verdad, sentenciaron. Las mujeres y la verdad son complejas, cuerpos escindidos en la sobrevivencia de los cuentos que las habitan a diario solo para no enloquecer. Padres inventados para que cada domingo en las tardes de cine no las arroje a la náusea de la carencia imposible.

Entonces hubo letras para el cuaderno que las monjas vigilaban y otras que deletreaban aventuras, llantos, prohibiciones rotas en historias donde las palabras la hacían triunfante y feliz para pertenecer al ambicionado grupo de Losdemás.

Ella hubiera querido ese padre de pesca dominguera. O una madre que lo enfrentara para detener sus correazos ante lo que consideraba una fechoría o, lo que era peor, una falta de respeto. Respetar era temer, temer tanto que inmovilizaba, detenía el gesto y la palabra, y el miedo congelaba hasta el pensamiento. El miedo la traicionó, la arrojó a la ira de detener sus golpes, de gritarle hasta que en el fondo de sus ojos claros la pavesa del miedo se le fue incrustando, indeseada pero inexorable. Pero el miedo cambió de bando y el poder estuvo en la adolescente tan amenazador que impidió cada uno de sus arranques de furia con solo levantar una ceja, estirar el brazo y decir no, no, nunca, nunca más, y el padre girando, dando la espalda, amedrentado, cambio en el poder y la fuerza, pero los mismos códigos de violencia, porque la niña no conocía otro modo, no imaginaba nada que no fuera ese silencio ruidoso que se instalaba en las paredes cuando obedecían a su Basta.

Los cuadernos se agruparon rebeldes al alcance del padre que siempre temió husmear en ellos, ante el posible dolor de verse en una intimidad resquebrajada de vocablos.

Entre Losdemás descubrió, por el rabillo del ojo, a otras niñas de miradas huidizas mientras narraba historias de lagos, desafíos a nado infatigable, veranos raspando rodillas y temores

pequeñitos que desaparecían ante un padre siempre protector y alerta. A todas hubiera querido regalarles un cuaderno.

La rabia en sordina salió a las calles cuando la historia llamó como una mujer grande que incita a hacer los deberes y hubo que seguirla, arrojarse a ciegas al futuro impreciso de las dictaduras de otro padre que colectivizaba el miedo. La ciudad prestó esquinas donde guarecerse, muros para improvisados grafitis que demandaban en masculino una democracia sin marcas. Había que esperar, esperar como todas las ancestrales, como en la pesca, silenciosas y cautivas del más adelante que está por venir.

Los cuadernos se perdieron entre llamas y huidas, ya lejos de ese pasado de infancias inventadas y adolescencias perfectas. El afuera y el adentro se confundieron en un grito y se dejó sacudir por la historia con mayúscula, mientras descubría que Losdemás era una frase hueca, dos palabras pegadas que casi siempre remitían al lugar común del silencio, de la rabia y el llanto oculto, de escribir con dos manos la perturbadora oscuridad que arrojaba a aquello que llamaban la verdad.

No fue al entierro del padre, tampoco al del dictador. Murieron inapelables, rasguñando enloquecidos por un poco más de tiempo.

Luego más calles, veredas, ventanas abiertas como un grito a la ciudad. Parir otras niñas Nuncamás, tartamudearles cuentos de princesas que fueron reemplazados por días de pesca, anzuelos y tardes en lagos imposibles para que dejaran escapar lágrimas emocionadas en cines, recordando escenas inventadas por amor, esa perfecta justificación para mentir. Las niñas se hicieron otras con la piel abierta y las rabias resumidas en una, las pupilas alertas para exigir verdades completas, niñas de cuerpos en guerra, que no saben ni pueden esperar más, desolladas de la historia del silencio, rabiosas guerreras flameando altivas.

Ya no esconde libretas para padres de mampostería, las niñas crecieron en libertad de culpa y no hay para quien fabular la vida en sílabas, las hijas no requieren sendos cuadernos para días de pesca y resabios dolorosos. Las vio crecer arrojándolas de cuentos con mujeres posibles e imposibles arando sobre el viento, y la ciudad no necesita guarecerlas, esconderlas en sus pliegues grises y sus bocinazos acallando llantos de ventanas cerradas.

La niña envejecida mira y se ve en ellas, en las consignas, en los muros. Prepara cañas de pescar que no conoce, combate su miedo a los gusanos, compra sombreros donde quepan todos los cabellos y todas las preguntas a tiempo. A la postre, se cruzan los cuentos de fogatas con la memoria de las hogueras. La historia fue quemando la inocencia.

Las hijas enmascaradas ahora marchan en el mayo de esta ciudad atestada de voces, el torso desnudo, capuchas rojas y tetas esperanzadas.

No son señoritas y nunca las llevaron de pesca.

Natalia Figueroa

SYMI

Volvía por un largo ascenso rural
pavimento trizado, un auto cada tanto
el sonido de una grúa.
Al costado del camino un árbol
empujado hacia delante y atrás.
Su tronco, una columna dórica.

Era una grúa pequeña
el conductor no me vio.

Del otro lado de los alambres
un carnero masticando pasto
dejaba oír su campana al inclinarse.
Atado a una cuerda.
Su enfurecido amo
quizás le dio una lección.
Por algo lo apartaron:
tendría que aprender a comportarse.

Tal vez se negó a seguir el sendero
se expuso a un riesgo
o simplemente se levantó ese día
sin ganas de seguir al ganado.
Lo cierto es que hubo un pastor lleno de ira
un lazo, un cordero sometido.

Era abril y hacía calor.
El conductor se quitó el sudor con una toalla.
Yo comenzaba a sentir tristeza
por el momento cada vez más próximo
en que el tronco cedería al empuje de la grúa
y sería materia sola

interrumpido el ciclo del agua en su savia
sin comunicar ya la luz del cielo
con lo oscuro.

Como si se quebrara una columna vertebral.

Seguí cerro arriba
esperé largo tiempo el bus.
Una mujer sola siempre llama la atención
en un pueblo.
Pero no reparé en las miradas
Seguía junto a ese carnero
que al menos estaba de verdad atado
aunque también sobre esa grúa
mis manos eran fuertes y seguras
al manejar la pala que empujó finalmente el tronco al costado
donde también yo caía.

124

— Tal vez fue convertido en leña

125

Habrán ampliado el camino
y tapado los restos con cemento.
Si pasara de nuevo por ahí
no sabría que camino sobre un árbol cortado.

TESALÓNICA, HUELGA GENERAL

Dejo el mapa, sigo la huella de las calles vacías
encuentro a la multitud doblando la calle
hasta que el partido anarquista se reúne con otro:
NO MÁS, EL GOBIERNO, NO SOMOS
voy en medio de ellos sin decir nada
una pareja de asiáticos toma una foto:
estoy en la plaza central
suenan frenéticamente bocinas

un tractor realiza piruetas sobre la calle de Agios Dimitrios
levanta y baja su brazo
los gritos arrecian, el enojo
el poder de esas voces que remueven la mía
como un invierno repentino en mi ciudad cuidada
o tal vez de cuando se derrite la nieve.

Rodeábamos la casa amarilla
esperando que saliera el líder
que nos reconociera.
Nada.
La policía especial atenta a saltar sobre la presa
como el príncipe da muerte a sus caras
y la voz se amortigua:
un sueño olvidado
una intensa alegría cuyo recuerdo se vuelve amargo.

Vivimos en el mismo edificio en Tesalónica.
El vecino grita todo el tiempo a su hermano idiota.
Del fondo del pasillo:
frases de otra disputa cotidiana.
Intentamos hablar
parece ridículo cubrir con nocturnos
los gritos del hombre de arriba
cuando golpea a su mujer
y el llanto de los hijos.

También es posible acostumbrarse a eso
y después, puños al agua
y después, aceite y laurel en la cara
y después, intentar salir al recreo.

He vuelto a La Serena
me despierta un temblor
me desvela.
Otra vez pelean los vecinos.

Verónica Jiménez

RÍOS DE TINTA

Una mujer sin rostro camina por la calle Andes hacia el poniente. Se levantó al amanecer a amasar el pan. Mientras cerraba la harina, fue desgranando palabras dentro de su cabeza. A las 7 despertó a su hijo, lo levantó y le lavó la cara con agua fría. Más tarde ayudó a su compañero ciego a vestirse y después compuso una escena con los tres sentados ante la mesa de la cocina desayunando.

Amar a un ciego es algo que nunca imaginó la mujer sin rostro cuando divagaba acerca del futuro, ese tiempo que se abriría para el hijo, ya no más para sí misma. Sin embargo, empezaba a cuajar en ella la decisión y así, un día cualquiera, abandonó al esposo y echó a andar por el mundo, ese mundo suyo que no fueron más que doscientos kilómetros recorridos en un carro de tercera, desde San Vicente de Tagua Tagua hasta Santiago.

Ahora la mujer sin rostro tiene poco más de 40 años y avanza a zancadas por veredas de tierra que se prolongan en las paredes de adobe de estas casas donde otras mujeres la miran pasar con el niño de la mano. Alguna, herida por sus trancos libres, la juzga una chusquiza. Otras la reconocen con respeto: es una escritora.

No escribirá sobre sí misma más que unos pocos versos y por ello corre el riesgo de esfumarse en su convulsionada época. En cambio, va a escribir sobre política, denunciará la explotación maliciosa del rico, declarará su ética remendando un fino tapiz de relatos bíblicos y, cuando su verso no alcance para defenderla de la envidia y el embuste machista de otros poetas, redactará invectivas para desafiarlos.

La mujer sin rostro baja por calle Andes hasta llegar al número 54 donde un cartel señala *Imprenta*. Pregunta al encargado por sus pliegos. Mientras revisa aquel papel entintado, piensa en lo delicadas que son estas hojas, en cuán fácilmente se extinguirán en el polvo de las calles.

Ha publicado innumerables versos. Ha recorrido plazas y mercados voceando sus escritos. Cientos de personas pagan gustosos cinco centavos por cada ejemplar. Luego los llevan a casa y decoran con ellos sus pobres paredes. Hay quienes tienen la precaución de guardar algunos. Los recogerán años después un par de estudiosos. Conseguirán reunir más de trescientos y los conducirán hasta solemnes salas de archivo, junto con tres o cuatro libros de su autoría.

Escribirán ellos, los escrutadores, que, mientras sus colegas hombres sacaban de las prensas unos tres mil ejemplares, los tirajes de ella llegaban en ocasiones a ocho o diez mil. Ríos de tinta para ponderar el calibre de su voz.

Es 1894, y a la mujer ésta no se le ocurre hacerse retratar. Le inventamos un rostro y en sus ojos pintamos una mirada de fuego.

Su nombre es Rosa Araneda.

128

—

129

Begoña Ugalde

IRISES (O MONÓLOGOS A DOS VOCES)

Anoche estuvimos cerca como antes. Me peinabas con una mano y fumabas con la otra. Todo mi cuerpo cabía entre tu pecho y tu panza. Desde la azotea mirábamos los aviones pasar. Te hice una trenza y probé una mala hierba que crecía entre las grietas del suelo. Tú reías. Hasta que sonó la sirena y tuvimos que arrancar cada una por su lado.

*

La primera vez que la vi fue una tarde muy húmeda de verano. Yo estaba sentada en la terraza de un bar del Raval, tomando sangría junto a dos amigas escritoras que andaban de vacaciones. Les decía que era raro vivir en un lugar donde nadie te conocía. Que casi sin darme cuenta, me había convertido en una dueña de casa que garabateaba notas, mientras la ropa terminaba de girar adentro de la lavadora y partía a buscar a mi hija a la guardería. Ella pasó por nuestra mesa diciendo que necesitaba comer.

En ese rato otras personas también se nos habían acercado pidiendo monedas y a nadie más le hicimos mucho caso. Pero a ella era difícil ignorarla. Con su pelo enmarañado que le llegaba a la cintura y sus ojos achinados, parecía todavía una niña. Llevaba una camiseta de manga larga y una mini falda de encajes, las pantis rotas y unos bototos pesados, de esos que usan punkis y milicos. Sus piernas parecían apenas poder arrastrarlos.

Justo había hecho algunas compras y le ofrecí un pedazo de baguette. Negó con la cabeza y dijo que el pan le caía mal. Entonces entre todas juntamos un montoncito de monedas que ella recibió con una sonrisa tímida. Me fijé en sus uñas resquebrajadas y en sus nudillos llenos de marcas antes de que se alejara entre las mesas, murmurando algo que no pude escuchar.

Nosotras seguimos tomando, hablando de libros y de gente a la que no veía hace tiempo. Pero por momentos me iba de la conversación. Pensaba en la chica.

Hasta que nos fuimos del bar y la vi de nuevo al doblar una esquina. Estaba sentada en el portal de un edificio viejo, cerca de un grupo de hombres que fumaba, hablando un idioma que me resultó extraño.

Ahora tenía un pie desnudo y en el otro un zapato dorado de taco alto. Miraba el suelo, hablando sola.

Quise preguntarle si necesitaba algo. Pero mis amigas me tomaron del brazo y seguimos caminando hasta la boca del metro donde nos despedimos, prometiendo mandarnos pronto nuestros escritos.

*

Se creen que todo me lo gasto en chutarme y tienen razón. No necesito comprar nada más. En la calle siempre aparecen regalos y personas que me quieren por un rato. Y cuando me entra el hambre voy al templo de los indios. Aunque supuestamente no puedes entrar si estás borracha o algo así. Yo sé disimular muy bien.

130 — *Por fuera parece una tienda más. Pero es un sitio flipante. Antes de entrar me lavan los pies, como si fuese una santa.*

131 *Luego me siento en silencio sobre una esterilla a esperar las masitas calientes que me entregan las señoras tapadas con velos. Todavía no tengo claro de qué religión son. Les rezan a unos señores con barba y turbante. Hay un león dorado muy bonito pintado en una pared. Me gusta mirarlo. Imaginarme que así sería Dios si existiera.*

Lo mejor es que como tranquila. Estoy segura de que lo que me dan no está envenenado. Porque, aunque en la calle suele haber comida tirada, sé que tiene porquería o vidrio molido. Son pedacitos tan pequeños que no los sientes. Solo te das cuenta después por el dolor de panza o porque cagas sangre. Aunque también puede ser que sangres porque te hayan dado por el culo. O porque tienes algo roto por dentro.

Conozco una chica que murió así. Vomitando sangre en una esquina. Todavía me parece verla a veces entre los callejones. Sobre todo cuando voy colocada. Entonces corro lo más fuerte que puedo para que no me alcance.

La gente cree que vengo escapando de alguna guerra, como la mayoría de los que deambulan por mi sector. Y yo vine aquí de fiesta. Estaba bastante harta de todo. El frío de mierda. Ese trabajo de camarera.

Y el idiota de mi novio, que me controlaba todo el tiempo.

No tengo idea si ha intentado encontrarme. Hace tiempo que no abro mi correo. El otro día quise escribirte. Pero olvidé la contraseña. Y el tío del locutorio se empezó a impacientar hasta que me echó. Sabía que no iba a pagarle.

*

Casi acabo de incendiar la cocina. Mientras hacía el almuerzo me fumé un porro para relajarme un poco. Después estuve quitando el polvo del librero y doblando algunas camisas. Limpié el baño y me miré al espejo un buen rato. Primero en bata. Después sin nada.

Descubrí que un grupo de canas ya forman un surco blanco cerca de mi frente. Cuando llegué a este país eran pocas, casi imperceptibles. Y todavía no logro escribir nada decente.

Mirándome las estrías se me olvidó que estaba encendido el fuego. Así como se me olvidan de a poco las palabras con que solía nombrar las cosas.

¿Qué pasaría si todo se hubiera quemado? La niña dormía en su cuna. Pedí una pizza por teléfono y me la comí sentada en el suelo, llorando.

Dejé las ollas negras en la vereda como señal de protesta. Y una bolsa de ropa que ya no me cabe.

Un hogar nunca termina de ser ordenado. Es un organismo que necesita demasiada atención.

*

A veces no reconozco mi cara cuando me veo en los reflejos de las vitrinas. El tiempo pasa muy rápido. En la calle no hay pausa entre el día y la noche.

¿Sabías que en el metro ponen una música para que personas como yo no se instalen allí? Si pasas corriendo, como la mayoría, no escuchas nada. Pero si te refugias un rato en la estación te empiezas a sentir mal. Yo al principio pensaba que era el mono. Hasta que la chica de la boletería me explicó que por los parlantes salen unos sonidos muy bajos, que pueden volverte loca.

No es una novedad que experimentan con nosotros como ratas. Con los carritos del aseo municipal nos rocían unos químicos que hacen que me arda la piel.

Iris, una puta vieja que conocí hace poco, me dijo que en su época al menos podías recostarte tranquila en una banca. Ahora les ponen esas separaciones entre medio. No vayas a dormirte en una siesta frente a todos. O a besuquearte frente a los niños que juegan en el parque.

En todo caso ya me acostumbré a dormir en cualquier lado. Solo me da miedo cuando hay tormenta. Imagino que un rayo va a alcanzarme. O me va a entrar una pulmonía por mojarme hasta los huesos. Entonces voy a picarle el timbre a Iris. Pero no siempre la encuentro.

Igual me gusta que la calle se limpie con la lluvia. Y sentarme en la vereda cuando la tarde está despejada. Ver la gente pasar. Sus caras de preocupación.

Ayer cuando lloviznaba vi un arcoíris negro. Me salió de adentro del pecho.

*

La segunda vez que la encontré, estaba acostada en medio de la vereda sobre un colchón lleno de manchas amarillas. Su cuerpo parecía flotar. Como si el colchón fuera una isla. O más bien una balsa a la deriva.

132
—
133

Ya estaba empezando a notarse el frío del otoño, pero yo sudaba. Iba con la bicicleta cargada de cosas para celebrar el primer cumpleaños de la niña. Habíamos invitado gente a la casa y en realidad faltaba de todo. Decidí escaparme a comprar. Y también para dar una vuelta. Las fiestas infantiles siempre me han puesto un poco nerviosa.

Fue difícil reconocerla. Ahora tenía el pelo rojo. Llevaba un vestido negro. A los pies del colchón solo había unas sandalias de plástico y una bolsa.

Me dieron ganas de tapparla con una frazada cuando vi las pequeñas marcas rojas en sus piernas. Empezaba a caer la tarde. El cielo estaba cubierto de nubes rosadas.

De pronto murmuró algo y me dio la espalda.

Justo sonó mi teléfono. Al contestar escuché risas y niños gritando.

Me costó entender lo que mi marido trataba de decirme. Hasta que él también se puso a gritar: ¿DÓNDE ESTÁS? AQUÍ TODOS PREGUNTAN POR TI.

*

Al principio me drogaba ahí mismo donde me venden. Sí, en los narco-pisos. Déjame decirte que es un nombre demasiado rimbombante para la mierda que son. Pero he aprendido a largarme lo más rápido posible de ahí. ¿Sabes? Me da miedo pillar alguna enfermedad rara. Cuando logro dormir tengo pesadillas donde me salen unos bebés sin ojos de adentro.

Iris me dijo que mi vulva es mi templo, pero que tenga cuidado porque con el sexo anal se activan las rabias. Yo le digo que no invente, pero es cierto. Una vez me dio por patear los cubos de basura. Estaba en un mal viaje. Me llevó la policía y volvieron a darme los muy cabrones.

Iris también ve el tarot. Insistió para leerme el futuro. Me dio mal rollo, porque me salió la carta de la muerte. Ella me dijo que eso no significaba que me fuera a morir, sino que algo en mí estaba cambiando. Después me preguntó si quería ser su hija por un tiempo.

Le dije que no. Que ya tenía una madre, que contigo me bastaba.

*

Para concentrarme, empecé a ir la biblioteca del centro. Hay una que me queda mucho más cerca. Pero esta me gusta más porque tiene unas estanterías altas llenas de libros viejos y unos frescos en el techo de la época del Renacimiento. Es un lugar silencioso, a pesar de que está lleno de estudiantes y vagabundos. He logrado escribir al menos un par de párrafos al día.

Fue aquí donde volví a encontrármela. Dormía sobre una mesa, tapándose la cara con un abrigo. Al principio dudé si era ella. Pero reconocí sus manos.

Me senté a su lado a hojear una revista. Casi podía rozarle el pelo. Lo tenía todo tijereteado. Estuve esperando a que levantara la cabeza un buen rato, decidida a hablarle. Pero llegó la hora de ir a buscar a la niña y ella no despertó.

*

¿Todavía existe nuestra gata? Aquí todos los que están en la calle tienen un perro, pero a mí no me gusta ese hedor que desprenden. Es suficiente con el meado de las veredas. Y el olor que sale de las cañerías. Siento que se me pega a la piel.

En el verano iba a esas duchas que hay en la playa para que los

bañistas se saquen la sal del cuerpo. Pero ahora me congelaría. Este sol no sirve para nada.

Cuando estoy cansada del frío voy a la biblioteca. Sé que le doy lástima a la gente que lee. Se apartan de mí cuando me siento cerca. Lo que no saben es que a mí también me dan pena. Estoy segura de que sus fiestas deben ser aburridísimas.

Creo que esta ciudad podría gustarte. Hay mucha gente de mierda, pero hay otra súper amable. La señora de la florería me hace coronas con los arreglos que están a punto de marchitarse. Dice que soy un ángel caído.

También me gusta el domingo porque el museo es gratis. La otra vez me quedé horas mirando los cuadros de ese tío que se cortó una oreja. Parecía que bailaban. Y no lo digo porque fuera colocada. Creo que es mérito del pintor. Seguro que también fue un drogón.

*

134 — Estaba soñando con un cerro de toallas mojadas, unos pies
135 heridos, una gran torta que chorreaba merengue como si fuera un volcán y un ramo de lirios azules que se pudría. Desperté porque el viento abrió las ventanas de golpe. Me había tomado una pastillita para dormir así es que me costó bastante reaccionar.

Cuando logré levantarme, había una pequeña piscina junto al balcón. La niña lloraba y me costó calmarla. A mí también me dio miedo sentir la furia del viento. La casa se movía como si fuera un barco.

Pero no fue hasta que salí y vi los árboles caídos, que pensé en ella. En como resistirá al mal tiempo sin un hogar.

*

Anoche parecía que se caía el cielo. Se me ocurrió ir donde Iris y por suerte estaba. Veía la tele en pijama. Apenas entré, hizo que me sacara la ropa mojada para ponerla en el calefactor. Luego descorchó una botella de champaña y me dijo que dejara de preocuparme por estupideces, si total pronto todo estará hundido. Según ella se están derritiendo los polos. El agua se va a tragar las ciudades. Como pasó con la Atlántida, donde las prostitutas eran sagradas. ¿Has

oído hablar de eso? ¿Dónde vives ahora? ¿Piensas venir a buscarme alguna vez?

*

Al fin me decidí a ir a la peluquería. En vez de elegir una de mi barrio, fui al Raval, pensando en que encontraría una más barata.

Mi idea era hacerme un buen corte, pero cuando la peluquera preguntó qué quería, le dije que cambiaría de color. Me entregó un catálogo y elegí un rojo furioso.

¡Te vas a ver muy moderna!, gritó mientras empezaba a mojarme de a poco la cabeza con agua tibia. Después me aplicó una pasta y me pasó una revista para atender a otra clienta. Aburrida de leer acerca de las vacaciones del rey, le pregunté hace cuánto tiempo cortaba el pelo.

Entonces me contó que llevaba más de treinta años instalada en esa calle. Al comienzo había sido duro porque era un lugar lleno de drogadictos, hasta que Franco los había llevado a la periferia y el problema se había resuelto por un tiempo. Pero ahora de nuevo la cosa estaba fuera de control. La semana pasada le había tocado ver el cadáver de una chica que habían tirado desde un narco-piso. Tardó mucho en llevársela la ambulancia porque nadie reconocía el cuerpo.

Después siguió diciendo, mientras me enjuagaba la cabeza, que se necesitaba volver al orden, que los chavales no deberían tener tanta libertad y otras cosas que no escuché, porque estaba mareada con el olor de la tintura.

*

Hoy el centro era un lío. Estaba lleno de policías y caballos. Me dio la paranoia de que me llevaran. O de un posible atentado. El templo y la florería estaban cerrados. Así es que me puse a caminar y llegué hasta un parque al que nunca había ido. Me acosté en la hierba a mirar las nubes. ¿Te acuerdas cuando jugábamos a tirar un platillo por los aires? Había mucha gente haciendo ese tipo de deportes, o tomando el sol en sus mantas. Y no parecieron asustarse conmigo. Ni con el perro que me acompañaba desde hace algunos días. Tampoco con el león dorado que apareció de repente entre los arbustos.

Carmen García

LLAMADA IMAGINARIA

Camina sola. Para un taxi. Siempre espera a que esté lo suficientemente cerca para mirar al conductor. Observar su cara en un segundo. Ver qué dice. Mirar el auto. Las cosas también hablan de las personas. Autos cuidados hablan de una persona controlada, educada. Autos sucios no suelen ser un buen augurio. Prefiere los conductores viejos. Le dan más confianza. Pero esta vez va apurada. No puede esperar al conductor mayor. Simplemente para al primero que pasa.

Nada en ella llama demasiado la atención. Unos pantalones anchos. Una blusa sin transparencias. Su ropa la hace ver bien, sobria pero bien. Nunca le gustó mostrar mucho. O quizás sí. Cuando joven y no tenía conciencia. Entonces sí usaba poleras con tiritas. Faldas cortas. Le decían cosas. Otras veces eran solo sonidos. *Mhhhhhh*, en su oído. No contestaba. Asumía. Era parte del juego. Era mejor cuidarse. Sentarse adelante en la micro. No andar sola de noche. No mirar a los ojos. No mostrar demasiado. No provocar.

Se sube al auto con la actitud de siempre. Un poco seria pero amable. Una calma controlada. Con plena conciencia. De ella. De sus movimientos. De lo que puede provocar en el otro.

–Buenas tardes –le dice al hombre.

Le habla poco. Las coordenadas de a dónde se dirige y luego a mirar el celular. Tenerlo en la mano es como llevar un arma. La protege. Es su botón de pánico.

Usualmente esa es una señal inconfundible. Es lo mismo que decir no quiero hablar. Piensa en otra ciudad. Una que ha visto en las películas. Una donde un vidrio separa a la protagonista del chofer. Una barrera real y simbólica. Le gusta esa barrera. Esa separación necesaria. La distancia. La misma que ahora tiene que poner con sus gestos. Con ese lenguaje no verbal que cree manejar tan bien. Se siente orgullosa de eso. Ella sabe cuidarse. Aprendió rápido. Sabe poner límites. Dibujar la distancia. Pero esta vez algo no resulta. Comienza a sentir la mirada continua del hombre

desde el espejo retrovisor. Se incomoda. Abre el vidrio. Así se siente menos aislada. Más cerca de los que andan en la calle a esa hora. Eso hasta que aparece la voz.

–Hace calor, ¿ah? Yo he estado todo el día dando vueltas, está mala la cosa. Anda poca gente, pero usted me va a traer suerte ¿o no? –Se da vuelta, la mira. Ella levanta la vista, le sonríe con una mueca forzada.

–Ojalá –contesta cortante.

Se equivocó. Eligió mal. El hombre está en los 50 pero se comporta como si fuese más joven. Por eso intenta hacerse el gracioso. Son los peores, piensa. El auto, como era de esperar, está sucio.

–Una señorita tan linda como usted, seguro que me trae suerte. Mire, yo llevo años manejando taxi y cuando se suben chiquillas lindas, siempre mejora la pega. –La mira desde el espejo retrovisor. Ella esquiva su mirada, pero sabe que está ahí, observando. Entonces decide cambiar la estrategia, que no note su preocupación.

138

– ¿Y hace cuánto que es taxista? –le pregunta con su tono amable controlado.

139

–Uy, mi niña, llevo más de diez años, aunque me veo más joven ¿o no? –Se da vuelta, la mira. Le sonríe. Ella mira hacia afuera y hace como que le pareció gracioso. Luego mira el teléfono. El camino es largo. Tendrá que estar encerrada con este hombre por un buen rato. No es primera vez que le pasa. Sabe cómo actuar. Qué hacer. Sabe cómo controlar. Es un chip que lleva puesto hace décadas. Desde que empezó a andar en la calle sola. Desde que dejó de ser una niña. Aprendió a enfrentar sus miradas, a manejar los tonos. Ella es fuerte. Pero sabe que adentro de un auto todo es diferente. El tipo sigue.

–Pero no me trates de usted, no ves que me haces sentir viejo. Y yo estoy en la flor de la vida. Lleno de energía. Todavía me quedan balas. ¿Y tú? ¿Casada, hijos?

Se siente incómoda. El hombre le cambió las reglas del juego. Rápidamente pasó a tutearla. Pero ella no sería capaz de enfrentarlo. De decirle ¿y a ti quién te dio permiso para hablarme así? De manera que contesta su pregunta.

–Casada, sin hijos.

–¿¿Pero cómo?? ¡¡Con esas caderas!!

Las calles están cada vez más vacías. La referencia a su cuerpo le da ganas de llorar. O de bajarse. Pero no hace ninguna de las dos. Usa una antigua estrategia: finge una llamada.

–Aló. Hola, sí, ¿cómo estás? Voy en camino. Ya. Claro. Jajaja. ¿De verdad? Sí. Eso, dile que no se preocupe. Yo igual.

El teléfono de nuevo en la mano. La llamada imaginaria marcó un precedente. Ahora él sabe que la esperan. La mira con desconfianza. No se la creyó del todo. Pero parece que entendió el mensaje. La distancia. El límite. El hombre enciende la radio. Una buena señal. Así no tiene que rellenar el silencio incómodo hablando. Así la tensión que había se dispersa.

Llega a su destino. Respira aliviada. Le paga al hombre lo que le debe. Lo trata de usted por última vez. Que le vaya bien, le dice. Como dándole las gracias por no haberle prestado más atención. Como si tuviera culpa por haberlo mantenido a raya.

Se pregunta qué hizo mal. Cuál fue la señal equivocada. Re-pasa su ropa, sus movimientos. Quizás se maquilló demasiado. Los labios muy rojos. O tal vez el perfume se siente mucho. Tiene que prevenir eso la próxima vez. Llevar el perfume en la cartera. Ponérselo después. Lo mismo el labial. Que no la vean así, tan llamativa. Ella sabe. Ella aprende rápido. Las caderas, piensa. Hay que aprender a ocultarlas mejor.

Ana María Baeza

BRINDIS

Yo brindo dijo una loca
Por el delirio del vino
Por confusión del divino
Arde su fuego en mi boca.
Vino infierno que me toca
Padecer locuras dulces
Convulsiones que tú impulses
Llegar a tocar el cielo
Rasgando todos los velos
Por cada cuerda que pulses.

A TERESA WILMS MONTT

*Soy yo, desconcertantemente desnuda, rebelde
contra todo lo establecido. Grande entre lo
pequeño, pequeña ante el infinito, soy yo.
-Diario de Teresa*

El sol ardiendo en la tarde
El granizo en tu ventana
Soy rocío en la mañana
Yo soy la madera que arde.
Yo soy tu hermana y tu madre
Soy la rama que cayó
Soy la raíz que creció
Profundo bajo tus pies
El horizonte que ves,
La luna llena soy yo.
Voy cerrándome los ojos
Con tus cantarinos dedos

Así, temblando me quedo
Entre los árboles rojos.
Una flor de menta cojo
Y una ramita de ruda
Es lo verde que me anuda
Al hilo de tu garganta,
Tu voz suave me levanta,
Desconcertante y desnuda.

Yo no quiero oscurecer
En el brillo de tu espejo
Como un fantasma muy viejo
Deambulando por tu ser.
Grito entonces por doquier
Me preparo a la reyerta
Ya no quiero ser la muerta
Por las calles me abro paso,
142 Lucho y vuelco mi regazo
— Rebelde contra tu puerta.

143

Desde el cielo tres Marías
Se cayeron fulminantes
Dos lunas en un instante
Y una estrella que latía.
Mientras tanto tú dormías,
Desandando el mismo rito
Un gran coro de angelitos
Me despierta de este sueño
Soy grande entre lo pequeño
Pequeña ante el infinito

La luna llena entre nubes
Anohecidas de vaho
Ennegrecidas por años
Desde lo oscuro que sube.
El plenilunio que tuve
Una lunita parió

Es lunar blanco que dio
Un abrazo a tu cintura
Soy extraña criatura
La luna nueva soy yo.

EL ARCA DE NOÉ

Yo soy una oveja negra
Yo soy el gato rayado
Soy un cachorro alocado
Soy golondrina que alegra.
Yo soy la hormiga que integra
Ejército de elefantes
Yo soy esa fiera de antes
Yo soy hembra parturienta
Yo soy la tortuga lenta
Y la lora que le cante.

Yo soy leona con melena
Soy un chanchito lechón,
Incansable moscardón
Y misteriosa sirena.
Con sangre fría en las venas
Yo soy cascabel cantora,
Yo soy la araña pancora,
Roja cual cresta de gallo,
Exótico papagayo
Soy gallina ponedora.

Yo no soy gato por liebre
tampoco soy un leopardo
Ni avestruz que me le guardo
Bajo tierra por un quiebre.
Ya verán cuando me encebre
Con muchas rayas de loca

Abrir corral de las ocas,
Soltar las aves al vuelo,
Montar un caballo en pelo
Y migrar junto a las focas.

Y yo soy aquella gata
Que andaba bajo la lluvia
En esa época fui rubia,
Pero una araña me mata.
Mi segunda vida es lata
Salvo por un chimpancé.
Y me mordió un yacaré,
Mas yo sigo en la milonga,
Pues allí donde me ponga
Yo voy a caer de pie.

Yo soy mono con navaja
144 Con un olor de pantera
— Soy un pez en la ribera
145 De ese río que no abaja
Yo soy ternera en la paja
Rumiando sus pensamientos
Soy gaviota contra el viento
Y lechuza bien despierta
Yo soy cervatilla incierta
Y soy un gato violento.

También soy la viuda negra
Porque soy la peor de todas
Y es que después de mis bodas
Más el hambre se me alegra.
Yo soy víbora que integra
La especie más deslenguada
Doblemente emponzoñada
Veneno dulce y fatal
En todo el reino animal
Solo yo fui condenada.

PLEGARIA

En Chile, país de engaños
El niño que hace algo mal
Es responsable penal
Desde los catorce años.
Pero todos esos daños
De un Estado entre comillas
Pasan a ser apostillas
De una lista de pendientes
Dios no me haga indiferente
Un verso por Lissette Villa.

Asesinatos por miles
Ensangrientan nuestra historia
Apenas tienen memoria
No hay justicia ni civiles.
Con ciudadanos serviles
Que ponen la otra mejilla
La democracia amarilla
Seguirá matando niños
Dios salve nuestro cariño
Un verso por Lissette Villa

Serán sus seis mil millones
Para partidos políticos
Y un presupuesto raquítico
El Sename mal dispone.
Yo le pido que razone
Sobre esta verdad que chilla
Es la infancia maravilla
Y matarla un gran pecado
Mi verso trae un recado
Y un rezo por Lissette Villa

Muchos niños sin infancia

Van caminando este mundo
El de este orden tan inundo
Y que el trabajo financia.
No entiendo la circunstancia
La niña con pesadillas
Se tomaba una pastilla
Pal dolor del abandono
Cuando el enfermo, razono
No es la niña Lissette Villa

Los enfermos somos todos
Que nos parece normal
Que un niño en un arrabal
Se muera de cualquier modo
Total si yo me acomodo
Y me arrimo a lo que brilla
Lejos de la alcantarilla

146 De los pobres voy a estar
— Si puedo en el mol comprar
147 Qué me importa Lissette Villa

Mónica Drouilly Hurtado

INSERT COIN¹

1. Mi hermano va de azul, yo voy de rojo. Nos parecemos un poco mi hermano y yo. Él es más rubio, mi pelo es más castaño. Si no fuera por eso, y lo del rojo y el azul, seríamos iguales. La calle está llena de pandilleros. Nos quieren pegar. Mi hermano y yo peleamos codo a codo. Combo. Combo. Patada. Salto. Combo. No somos tan buenos para esto. Tenemos que mejorar. Tenemos que entrenar más. Somos blanco fácil. Estamos cansados. Nos queda poca energía. Nunca habíamos llegado tan lejos. Tenemos que volver a casa antes de que anochezca, ya va a volver la mamá. Vienen más pandilleros. Queda poco sol. Hay un tipo con un tubo de metal. Llego por atrás y le pego al tipo, se le cae el tubo y mi hermano lo recoge. Estoy al medio de dos tipos. Combo. Combo. Combo. Patada. Me van a matar. Mátalos, digo. Mi hermano se acerca y les da a los tipos como si estuviera jugando béisbol con sus cabezas. *Home run*. El tubo me pega. Ya casi no me queda energía. Mi hermano dice que fue sin querer. Hago como que no importa, le digo que avancemos. Veo un cuchillo tirado en el piso. Se le cayó a uno de los pandilleros. No vi cuándo pasó. Mi hermano dice: mira, un cuchillo. Cree que él lo vio primero. Camino rápido, agarro el cuchillo y se lo tiro a mi hermano. A propósito. Lo esquiva. Le digo que fue sin querer. No me cree. Seguimos avanzando. Aparecen dos negros gigantes. Mi hermano dice: dos Mario Baracus. Combo. Combo. Combo. Los negros tienen mucha más energía que nosotros, mucha más fuerza. Combo. Muero. *Insert coin*. A mi hermano le queda un poco de energía. Sigue peleando mientras mi cuerpo, entero vestido de rojo, yace en el piso. Nos queda una ficha. Mi cuerpo parpadea. *Insert coin*. *Player 2*. Mi cuerpo parpadea. Meto la ficha. Mi cuerpo parpadea. Déjamela

¹ Este texto pertenece a las series *Mi educación emocional* y *Fighting Women Project*.

a mí, dice mi hermano. Mi cuerpo ya no está. Espero a que lo maten. *Insert coin. Player 1.* Mi hermano revive, camina, va lleno de energía con su traje azul. Dejo de poner atención. Está anocheciendo. Nos tenemos que ir, digo. Te picaste, dice mi hermano. La mamá nos va a retar, digo. No te piquís, dice mi hermano. Me voy, digo y lo dejo solo jugando *Double Dragon*. La mamá me va a matar si te vas sola, dice mi hermano. Sigo caminando. Ya no nos parecemos tanto mi hermano y yo. La mamá no nos deja ir por las canchas, grita mi hermano desde los videos. La mamá no sabe que estamos acá, digo yo, bajito. Mi hermano llega corriendo. Me hiciste perder, dice. Estaba oscureciendo, digo. Y seguimos caminando sin hablar hasta llegar a los departamentos.

148 — 149 2. Billy Lee y su hermano gemelo Jimmy Lee sobrevivieron a una guerra nuclear, viven en Estados Unidos, son instructores de artes marciales y combaten contra los *Black Warriors*, unos pandilleros que secuestraron a Marian, la novia de Billy. Marian es rubia, lleva un vestido rojo súper escotado, un cinturón de cuero con tachuelas y unos zapatos negros taco aguja. Un día, mientras Marian camina por la calle, un matón le pega un combo en la guata, la sube al hombro y la lleva con muy poca delicadeza y total impudicia. Es por esta secuencia que sabemos que Marian, o Marion o Mary Ann, no sé muy bien, depende de la máquina, usa calzones blancos. Billy y Jimmy dominan las calles, saltan, golpean, patean y usan armas que dejan caer sus enemigos: cuchillos, bates, fierros, rocas, tubos, tambores de aceite, dinamita, látigos. Los látigos son cortitos y los obtienen después de pegarle a una mujer media ordinaria rubiateñida hiperescotada de botas altas y pulseras de cuero.

3. La mamá, mi hermano y yo vivimos en el primer piso de un block. En el verano esperamos a que la mamá se vaya a trabajar para ir a la plaza o los videos. A la mamá no le gusta tanto la plaza, lo sabemos. También sabemos que a los videos los odia. Cuando descubrió que le sacábamos monedas de la cartera y nos íbamos a los videos nos prohibió andar en bicicleta. Se las

van a robar, dijo. Cómo tan irresponsables, dijo. Después encendió un cigarro, se quedó en silencio un rato, me miró fijo y nos preguntó por qué nos gustaba tanto ir a los videos. Porque son entretenidos, porque peleamos bien, porque cada vez avanzamos más, porque no tenemos Atari, porque somos mejores que algunos niños grandes. La mamá preguntó por los niños grandes. Le dijimos que eran más grandes que nosotros, pero tampoco tan grandes. La mamá siguió fumando. No me van a hacer caso, dijo. No, no te vamos a hacer caso, mamá. Apagó el cigarro, se acercó a mí, me arregló la chasquilla, me soltó el pelo, me dijo que me peinara, fue a su pieza y cuando estaba por cerrar la puerta le dijo a mi hermano que cuidara de mí: cuida a tu hermana.

4. *Insert coin. Player 1. Insert coin. Player 2.* Combo. Combo. Salto. Patada. Combo. Le pego a un tipo llamado Axl, mi hermano le pega a Jake. Estamos rodeados, de donde salió mi Axl salen cuatro más. Entran Bred, Andore, Holly Wood. Encuentro una granada, la tiro lejos y hago explotar a tres de mis Axls, a Bred, a Holly Wood y a mi hermano. Le digo que fue sin querer. Estamos en un bar. El piso está lleno de cuchillos. Me encargo de los Axls que quedan, aparece un Slash, una Roxy, una Poison, trato de ir por ellos para que no le peguen a mi hermano. Le digo que se apure. Me dice que va por Slash y Andore, que yo vaya por las otras. Le digo que me ayude, que me queda poca energía. Me dice que no puede. Le digo que me van a matar. Me dice que no le puede pegar a unas mujeres. Son malas, le digo. Da lo mismo, me dice. Poison me pega y me quita una vida. Mi hermano se pasea por la pantalla sin hacer nada. Vuelvo, agarro un cuchillo, se lo tiro a Roxy, me acerco a Poison y le pego. Se acerca Roxy, le pego. Las mato a las dos, agarro un cuchillo y se lo tiro a mi hermano, me acerco y le pego cinco combos seguidos. No me peguís, dice mi hermano. Llegan tres Holly Woods y suelto a mi hermano para encargarme de tres nuevos Axls que aparecen. De la izquierda aparecen dos Roxys y volvemos a estar rodeados. Mi hermano se escapa de las Roxys, yo agarro unas granadas y las tiro lejos. Nos atacan los Holly Woods, ya casi no me queda energía. Combo. Combo. Salto. Mato a una Roxy y la otra llega

por atrás y me mata. Métete rápido, dice mi hermano. Le digo que no. Me van a matar solo, me dice. Está bien, digo yo. Mi hermano es Cody, yo soy Guy. La banda criminal Mad Gear secuestró a Jessica, novia de Cody e hija de Mike Haggar, intendente de Metro City y luchador retirado. Desde que llegó el *Final Fight* nos cuesta mucho jugar juntos. Mi hermano no le pega ni a las Roxys ni a las Poisons. Tengo que ir sola por ellas y a veces son muchas. Nos enojamos cada vez que jugamos. Los niños grandes se ríen de él, le dicen que me lleve a la casa y que juguemos a las muñecas. Mi hermano se enoja conmigo. Le digo que da lo mismo, que no les haga caso, que juguemos bien. Me dice que no, que por qué no me doy cuenta. Los niños grandes se ríen de mí, me enoja con mi hermano. Cada vez que jugamos nos ganan rápido, perdemos fichas, nos picamos, dejamos las máquinas libres y los niños grandes se quedan jugando sin problemas.

150 5. Jessica es rubia, lleva un vestido rojo súper escotado, guantes
— largos hasta el codo y unos zapatos rojos taco aguja. Roxy
151 tiene el pelo largo y naranja, casi no lleva ropa, unas esposas
le cuelgan de la cintura, usa taco alto y es muy acrobática.
Poison es muy parecida a Roxy, también lleva poca ropa, también le cuelgan unas esposas de la cintura, también es muy acrobática, también tiene el pelo largo, la diferencia es que Poison tiene el pelo fucsia. Mi hermano insiste en no pegarle ni a Roxy ni a Poison. Los niños grandes les pegan a las dos. Le vuelan la raja al par de maracas, dicen. A la mamá no le gusta que digamos esa palabra. Un día peleamos en la casa, mi hermano me dice maraca, la mamá dice: ¿Qué dijiste? Maraca, dice mi hermano. La mamá le da vuelta la cara a mi hermano de una cachetada. Lo castiga encerrándolo en la pieza el día entero. Con la mamá no podemos salir de la casa porque mi hermano está castigado y no se puede quedar solo. Le digo a la mamá que a mí me da lo mismo si las Roxys o las Poisons son maracas o no, son malas y tenemos que pegarles. La mamá me castiga a mí también por decir maraca y me manda a encerrarme en su pieza. Ella se queda sola en el living y la escucho

hablar por teléfono. Con mi hermano hablamos por la ventana. Le digo que ya no podemos volver a decir maraca, que nos van a encerrar para siempre si seguimos hablando así. Me dice que Roxy y Poison no son maracas. Y qué son, le digo yo. Uno de los niños grandes le dijo que les podía pegar porque son hombres que se disfrazan de mujeres así que está bien. Le dije que eso no existía. Llamamos a la mamá para pedirle disculpas y explicarle todo. Permanecemos castigados un mes.

6. Ya no nos parecemos mi hermano y yo. Combo. Combo. Patada. Me arrinconan. No puedo salir de ahí. A mi hermano le pegan entre dos. Le queda poca energía. A mí también. Me pegan en la cara, un golpe raro, una especie de palmotazo. Mi hermano lanza una patada que no le llega a nadie. Viste, así se le puede pegar a una mujer, dice el líder de los niños grandes y me lanza otro palmotazo raro. Lo hace más para molestar a mi hermano que para pegarme a mí. Los otros niños grandes se ríen de mi hermano, hacen como que le tiran combos para cansarlo. Lo miro para que sepa que estoy bien. No estoy segura de que entienda. Les digo que lo dejen tranquilo. Mi hermano me dice que me calle. El líder de los niños grandes le dice que se calle él. Les digo que se callen todos, que nos dejen jugar en paz, que no es nuestra culpa que, además de feos, sean tan malos. Que es horrible tener que ver sus caras todos los días, que las maracas de sus mamás se hicieron mal el aborto y por eso quedaron así. El líder de los niños grandes me lanza un golpe, lo esquivo y le muerdo el brazo hasta que grita suéltame maraca maldita. Lo suelto, se agarra el brazo derecho con la mano izquierda, sigue gritando, comienza a dar un paso, cargo una patada, mi hermano grita no, los otros niños grandes gritan no, corren en cámara lenta hacia nosotros, el líder cara de aborto mal hecho deja un ángulo libre y le pego la mejor patada en los cocos de mi vida. Cae al piso, no se decide entre los gritos y el llanto y termina dejando escapar unos ruidos horribles. Corro a ver a mi hermano. Los otros niños grandes me hacen el quite. Mi hermano me esquiva, dice que eso no se hace. Le digo que ya lo hice. Me dice que el líder de los niños grandes cara de aborto mal hecho nunca va a poder tener hijos por mi culpa. Le digo que está

bien. Me mira. Murmura: cuida a tu hermana. Me mira. Yo ya no te puedo cuidar, dice mi hermano y se va para otro lado que no es ni la plaza ni el departamento.

7. *Insert coin. Player 2. Player select.* Chun Li. *Round one. Fight.* Soy la del Qipao rojo, la de los tomatitos, la experta en patadas, la agente Interpol en misión encubierta. Combo. Patada. Tengo que vencer a Mr. Bison, tengo que vengar la muerte de mi padre. Esa es la meta final. Patada. Antes, tengo que ganarle a Ryu, Ken, Guile, Zangief, Dhalsim, Blanca, Honda, Balrog, Vega y Sagat. Patada voladora helicóptero invertida. Ti-ta-tí. Ryu y Guile son de los buenos, como yo. Patada centelleante. Zangief es degenerado, tiene una llave chupapoto demasiado poderosa. Patada taquito. Guardia arriba. Vega es fletó y súper rápido, más rápido que yo. Ti-ta-tí. *You win.* Es solitario esto de jugar *Street Fighter II*. Hay que defender la calle todo el tiempo. *Round two. Fight.* Mi hermano está al otro lado, en los flipper, hablando con unos niños del barrio. Patada. Patada. Me mira de lejos, mi hermano, hace como que no le importo. Pajaritos. Llave. Ya casi no jugamos juntos. Ti-ta-tí. Combo. Combo. No le gusta el modo versus ni le gusta Chun Li. Llave. *You lose.* A veces me dice que juguemos juntos, queelijamos a Ryu. Al comienzo jugué con Ryu. *Round three. Fight.* Patada taquito. Patada taquito. Todo el mundo juega con Ryu al principio, jugar con Ryu no significa nada, en eso estamos de acuerdo mi hermano y yo. Patada taquito. A mi hermano le gusta Guile porque es de los buenos y es amigo de Chun Li. Patada. Llave. Dice que si el juego no fuera versus podríamos pegarles a todos los malos juntos. Patada. Patada centelleante. *You win. Perfect.* ¡Yastá! El juego es versus, le digo a mi hermano, y yo soy la mujer más fuerte del mundo. *The strongest woman in the world.* Le gano a Sagat, el último de los secuaces. Enfrento a Mr. Bison. Para este momento me he preparado toda la vida. Igual no te lo vai a dar vuelta, dice uno de los niños del barrio. Mete una ficha, elije a Ken. *Round one. Fight. Perfect.* Soi pesao, dice mi hermano. *Round two. Perfect.* Pierdo dos rounds seguidos. Soi súper mala onda, dice mi hermano. Así es la calle, digo yo y

hago como que no me importa mientras el niño del barrio pelea contra Mr. Bison y se da vuelta el juego.

8. *Round one. Fight.* Mr. Bison otra vez. Hice la cimarra. Guardé el jumper en la mochila. Mr. Bison es mucho más rápido que yo. Digo que es feriado en el colegio por una fiesta religiosa. *You win.* No me creen. Me venden una única ficha. *Round two. Fight.* Cuando salga del colegio voy a ser de la Interpol. Voy a ser cinturón negro. *You lose.* Voy a viajar por el mundo combatiendo el crimen y le voy a mandar postales a la mamá desde los lugares más raros. *Round three. Fight.* Con mi hermano vamos a tener un código. Va a ser mi ayudante. *You win.* ¡Yastá! Le gano a Mr. Bison. Me lo doy vuelta. Suena una música triste. Chun Li está en un cementerio, deja un ramo de lilas y claveles amarillos, dice: Padre, tu muerte ha sido vengada. Ahora que he destruido a Mr. Bison, su imperio del narcotráfico seguro colapsará. Finalmente, puedes descansar en paz. Yo también voy a destruir imperios del mal. Dice: y yo puedo volver a ser una jovencita soltera. *You lose. Insert coin.*

Florencia Smiths

LA CIUDAD NO (FRAGMENTO)

I

Pregunta qué es / qué ha sido de esta ciudad / pregunta por los castigados de esta tierra alacrana / los estancados en la noche más profunda y profusa del cielo / los confiscados a determinar el sonambulismo de los demás / pregunta / di / qué ha sido de eso / de lo que caminamos y marcamos un día / dos tres diez años / como un territorio nuestro / el cuerpo que amábamos e íbamos cruzando / y que era la calle / en esta ciudad mancha muda mortal / el tachado que íbamos pisando / mientras cruzábamos por esa vereda fuerte / y que / nos decíamos / no era de aquí ni de nadie / no tenía derecho a estar delimitada / a ser puente ni serpiente ni animal de esos / que estaban / que eran allí / en el cuerpo / qué fue de ese cuerpo / en llamas / qué fue de ese delito / de constituirnos en una ciudad / de la ribera / de la mancha negra / de la mancha mojada / de la rebanación / que no sale / que no sangra / que no suena / mas / qué fue / di / qué fuimos / en esa caminata idónea / en ese andar a tientas por el laberinto del suelo / del campo / de esta ciudad no ciudad / vigilada por los otros / ocupada por los otros / que no somos / y seguimos caminando / enfilamos aún y hasta siempre / sin hacer los pies a un lado / estuvimos y seguiremos estando allí / aunque nunca hayamos ido / andando y marcando la ciudad / como la línea de una mano / de un mundo sin mapa / de un dibujo del plan hecho con tiza y sin pulso / que borró el paso que dimos / que pisamos por ahí sin mirar / y lo dijimos / tal vez aquí se descubrió / pero cuál será / dijimos / el lugar desde donde no se fundó / esta ciudad mi ciudad no se fundó / y la han calcado ya cientos de veces / y la han derribado otras / y la han construido y vuelto a mirar / y la han quemado y vendido y repartido por doquier / y la han nombrado / y la han delatado / y la han abierto porque estaba cerrada / porque era una ciudad compacta / como el cuerpo tenso y denso / de nuestros muertos / Di / qué ha sido / de

nuestra costa mentida / de nuestra costra mentida / de nuestra complicidad para con los vigilantes / pregunta mientras la calle se abre / y las grietas se abren / y los pasos se abren para tragarnos tras / figuraciones inútiles de equis ciudad / quién dijo las fronteras y los postes / quién adhirió al barro la planta de su nombre / quién contaminó al material noble / cuando a la geografía apenas la delineaba el fango / Di / tal vez lo sepas decir / o yo te enseñe / escríbelo deletreando el desparpajo / de esta zona en perpetuo derrumbe / de esta catástrofe ciudad llamada ciega sordina errante / vagabunda la herida que cruza la vereda y se estampa / y luego se pisa y no se complace / hasta que ese otro venga y le diga / ciudad No / tú eres mi No / tú fuiste mi No / tú fuiste mi yo / yo puedo decir que hay gente / yo puedo decir que hay trozos de gente / yo puedo decir dónde / los veinte / los cien / los mil quinientos / y sus partes / pisando / estamos.

156

II

157 Pregunta y te hablaré de ellas / viudas de dieciséis / las distraídas de golpe / pero atentas al peñasco / en la cabeza / al soplete / en la vena / en la tina / en el subterráneo / en el escombros / que era su cuerpo / y el mío / que eras tú / tú vas a ser por siempre eso / y más / tú dijiste que No / tierra abajo baldía en sangre / lo hiciste rompiendo el límite con el dedo / que apuntaba la pisada de la muerte / en las fregaderas / dijiste y ahora di / pregunta / por qué No / pregunta qué / pregunta cuándo / pregunta cómo esta ciudad / comenzó a vengarse de sí / cuándo / queremos saber / cómo / queremos decir sin repetir / dónde / esta ciudad sin luz sin suerte sin muerte sin fundación / ni olvido / se yergue / yo quiero hablar de esto / yo quiero decir que se arrienda / una ciudad No / con todas sus partes / con todas sus pestes / yo vengo a decir que se promete / un cuerpo sin vida para / pisarlo para marcarlo para enterrarlo para armarlo / al único y solo muerto / dentro del cuerpo abierto / a patadas / pero No / no se puede decidir / ya no se puede y nunca / no sé cuándo / ni siquiera mi nombre sé decir / ahora

sobre todo / ahora que sé cómo me llamo / ahora que concibo llamarme / Rebeca Espinoza / yo digo que me llamo Ana tal vez Sara / quizás Clara / yo digo que tener solo / una ciudad como esta / sin fundación ni veneno / sin uñas sin dientes sin cura sin vientre / que aguante al que muera / porque aquí sí se muere / antes de que se nos mate / aquí en los feroces tiempos / de las cabinas y los perros y los cruces y parrillas / a él lo mataron / a las siete de la tarde / en el cruce de Cartagena / en el cruce entre la ciudad y la ciudad No / en el cruce de la mala suerte / ¿habrá sido su muerte? / con la otra muerte / la de nosotras detrás / porque estamos / menos vivas que antes / porque nos sentimos opuestas / a esta vida miserablemente bella debajo / y mientras se dormía / en las noches sonaban esas bolitas de cristal / cayendo / continuamente sobre la cabeza / del piso de arriba / y yo sabía como ellas que no / que no era nadie / que no había nadie a esa hora / para arrojarlas abajo y fuerte / entonces nos concentramos en otras noches / porque ahora las noches comenzaban todas a las siete de la tarde / y acostarse era acallar rumores que inundaban / la ciudad / cuando la ciudad era a las siete de la tarde / la desolación y el despilfarro / y la muerte / que no esa muerte / que no esa hora / porque era la confiscación del frío / en el río / vamos le dije / vamos a pasear al río / le digo / vamos que pronto abrirán la calle me dice / vamos que la gente se casa ahí dentro cuando nadie podía / y ni siquiera sabía / que estaba ahí / y ellos entonces / tal vez nos casaron / sin saber con un toque / uno solo / eléctrico / en las entrañas / al mismo tiempo / yo estaba allí con ellas / yo te puedo hablar de ellas cuando lo eran / el otro día apuntaste en la calle / a una de las tres / porque eran tres / me dijiste que esa era una / las del pacto eran ellas tres / esta la más pequeña / la que quedó con secuelas en las caderas / a los dieciséis la ciudad se lleva dentro / y en ese entonces ellas eran la ciudad / que había y que estaba / incontenida y hablaba / la ciudad que tenía voces que decían y contaban / nada / a los dieciséis todo se lleva dentro y no se puede / pensar en nada más / la metáfora del cuerpo herido / qué lindo sería escribirlo así / pero No / así no se puede / en las caderas no se puede mover la pierna / porque allí quedó tiesa la orden porque / no era

la ciudad la que lloraba desde ella / era la vida del país era la
muerte / era la sola y callada muerte / que venía a verla / cuan-
do estaba con ellas / ahora que trabaja en la fábrica de mala
muerte / que la rondó / espera la micro / sentada en la cadera
tiesa de aguantar / por esta ciudad de mala junta de mala vida
/ por esta ciudad / que le hizo el mapa encima del cuerpo / con
la jeringa de la anestesia local que / le daban de vez en cuando
para que se durmiera / ahora que sale a las diez de la noche /
de una pega de esas / y pasa por la calle cerrada / que no cosi-
da sino tomada / no mira a través de la reja / porque la reja la
tiene en la mala memoria y / no hay candado que la contenga
/ para ella está siempre abierta / la reja de adentro / y tiene ya
cincuenta y uno / pero cree que no debe decir que tiene / cin-
cuenta y uno porque / una dama nunca revela sus verdaderas
consignas / y porque a través de la cerca / los años se multi-
plican hasta la convulsión / mira por los fierros doblados has-
ta / que la cicatriz toda que es ella se inunde / en la bañera
158 azotar la cabeza no es como en el pavimento / la micro que
— no pasa cuando menos se la acontece / pero pasa un minuto
159 solo y decide caminar / por la calle esa calle / deberían abrirla
como al cuerpo / de vez en cuando es bueno ver / las vísceras
expuestas a la inundación / las cabinas blancas se divisan
desde este paradero / y aunque se esté sentada en la incomo-
didad de / una cadera muda / se sigue viendo hacia donde
apunta el río / su marcha / se sigue escuchando lo que vino
desde abajo / y ya no se puede vivir en esta ciudad / porque
habías dicho que vivir en esta ciudad no se puede / nunca se
sabrà nada más que esto / no es una despedida de una casa /
no es la pierna pegada al piso / no es la reja pegada a la cara /
la cara amorfa de la silenciada / la cara insomne de la amor-
dazada / amortajada / bajada / a la ciudad No.

Juana Inés Casas

UN SEGUNDO IDIOMA

Vuelvo sobre mis pasos. Las veredas del pueblo son amarillas y ro-
sas. Pequeños cuadraditos desteñidos que se repiten al infinito. Las
niñas caminamos en verano por las calles rodeadas de zaguanes
vacíos y canteros llenos de flores. Los adultos duermen la siesta o
se escapan del calor en algún comedor oscuro, acompañados por
el sonido del canal regional, lo único que se ve por la tele.

El sol lo derrite todo: nuestros cuerpos, las bicicletas, las al-
pargatas desgastadas de caminar el verano. Vamos a la pileta del
club. Otras veces, solamente nos tiramos a dormir la siesta bajo
los árboles en la plaza. El pueblo es un terreno liberado para la
infancia. Somos unas niñas abandonadas en las calles y circula-
mos hacia la adultez en bicicleta.

En los días muy ventosos jugamos a que es el viento el que
nos lleva a la casa de alguna amiga. El lugar debe estar vacío y
como esto no pasa nunca, no entramos. Es la hora de la siesta,
pero nuestro espacio está afuera.

Los cuerpos cambian. Mi cuerpo cambia. Camino encorvada y
uso una remera larguísima sobre el traje de baño. Seguimos andan-
do en nuestras bicicletas heredadas o compradas de segunda mano.
A veces tomamos licor de cereza que robamos a alguna abuela.

Aprendemos a fumar a escondidas, atravesamos esas calles
vacías para escondernos en algún zaguán abandonado o acarrea-
mos cañas de pescar solo para estar solas. Solo para fumar.

De noche caminamos más rápido. Cuando no hay nadie,
corremos.

Corro por los bulevares por los que se llega a mi casa. Corro
con plataformas, con zapatos puntiagudos y botas texanas al rit-
mo de la moda de fines de los '90.

Puedo correr cada vez más rápido esquivando la soledad de
esas calles, las camionetas, el ruido de los autos sin caño de esca-
pe que escapan a toda velocidad, los hombres que manejan solos
y van lentos como si estuvieran a punto de detenerse.

Todos saben que hay una geografía prohibida y se necesita aprender un segundo idioma para esquivar los peligros. Un abecedario hecho de terrenos baldíos, obras en construcción, minifaldas, bares al amanecer y autos. Autos que a veces aceleran para estrellarse en el camino arbolado que conduce a la ciudad.

Atravesamos esa geografía porque no podemos evadirnos de nuestro destino. Somos animales en peligro caminando hacia la muerte. Pero las niñas además de débiles somos poderosas. Sabemos escabullirnos en nuestras bicicletas, escondernos en los zaguanes, reírnos durante la siesta. Y un día nos vamos.

Tengo 17 años y llego a Buenos Aires. Camino casi sin mirar al piso porque debo esquivar a miles de personas que corren por los pasillos de Retiro. Vuelvo sobre mis pasos y trato de recordar cómo eran esas baldosas –¿eran grises?, ¿eran negras?–. Mi mirada se pierde en los carteles, las valijas listas para partir y las indicaciones para encontrar la salida de la terminal. Por momentos, debo detenerme para descansar del peso que tiene el bolso verde gigante que he llevado en el hombro.

Estoy sola en este viaje. Mis compañeras del colegio se van a otras ciudades o se quedan en el pueblo. Las veredas en la ciudad son irregulares. No hay patrones comunes, hay pozos, obras en construcción, perros que cagan en los canteros y dueños que recogen la mierda en pequeñas bolsas plásticas. Cuando me instalo en el departamento diminuto en el que vivo, recorro una y otra vez las calles durante semanas. Hay una geografía prohibida en la ciudad, pero no sé cuáles son sus coordenadas. Soy extranjera en este lugar y algo del peligro se esfuma entre esas multitudes.

Paso mucho tiempo sola. Tengo dos refugios. La plaza y un McDonald's al que voy a estudiar. Ahí es donde lo he visto siempre. A veces está solo y a veces está sentado junto a alguna chica vestida de uniforme de colegio. Habla con convicción y sonríe. Es un hombre mayor que yo, debe tener unos 40 años, su pelo es rubio, tal vez un poco desteñido, un poco canoso. Tiene la piel tostada. Hay días en que usa un abrigo color beige

y otros, un piloto celeste. Pasa muchas horas ahí, en ese lugar lleno de estudiantes y chicos que ríen mientras comen un cono de helado y se inclinan en sus cuadernos a estudiar.

Algunas veces me sonrío y yo también le he sonreído. Lo nuestro es familiar. Cómo sospechar de esa cercanía hecha de presencias repetidas, esa recurrencia de encuentros que se reiteran una y otra vez, esa circularidad que es la esencia misma del lugar donde nací.

Saludar. Sonreír. Asentir.

No esquivar esa conversación de un extraño que después de haberlo visto tantas veces se vuelve cercano. He construido el pueblo de veredas rosa y amarillas y canteros y sol abrasador en esas cuatro paredes, en esas calles que me unen a la avenida Santa Fe.

Con el hombre entablamos una especie de relación de preguntas breves. Él se acerca a la mesa donde subrayo apuntes de Pensamiento Científico –o tal vez eran de Sociedad y Estado– y me comenta sobre sus días universitarios. No ha terminado. Ha preferido vivir la vida. La declaración me parece extraña pero convincente. Vivir la vida. ¿Cómo puede ser de otra forma? Nunca le pregunto nada. Me intriga saber si trabaja, tiene familia, qué hace tantas horas en ese sitio. Pero no lo hago.

Una tarde intenta sentarse al lado mío, me pasa el brazo por el hombro. Siento su olor algo agrio, su pelo grasiento, su piel castigada por el sol. Siento el sudor que hay debajo de su piloto color celeste. Respondo con monosílabos. Comienza a jugar con mi pelo y acercar su cuerpo al mío. Me levanto y agarro los apuntes, él me toma del brazo pero yo me libero.

Poco a poco voy conociendo las normas que definen la nueva gramática. No hablar con extraños, caminar percibiendo lo que sucede a mi espalda, voltear la cabeza cada cierto tiempo, no avanzar si algún cuerpo está muy cerca detrás mío, cerrar las puertas con llave, esperar para tomar el ascensor sola.

Aprendo las reglas como quien aprende de nuevo el segundo idioma.

La ciudad viene con un propio manual de supervivencia y mi vida sigue en ese espacio enloquecido que rodea los edificios soviéticos de las universidades. Ese es mi nuevo barrio. Conozco

a M. Es de otro pueblo y a veces nos encerramos a bailar y a comer galletitas en lugar de cena y también a fumar. Una noche nos emborrachamos con una sola botella de vino.

Afuera hay siempre gente. No hay domingos vacíos ni noches desiertas. No tengo que correr más rápido por los bulevares, ni evitar las camionetas o los autos sin caño de escape.

Cuando estoy sin M, recorro una y mil veces la calle Santa Fe con sus locales llenos de ropas de temporada, sus carteles con rebajas, precios, devaluaciones, inflación. Vuelvo sobre mis pasos y miro a las mujeres moverse al ritmo de las estaciones. Me fascina mezclarme entre los niños con uniformes que salen de los colegios, los estudiantes de las facultades, los oficinistas. No queda nada del vacío y los sonidos de los pájaros que se escuchan en el pueblo.

El calor lo derrite todo, pero ahora el verano es más húmedo que en mi infancia. Nuestros cuerpos pegoteados, abrazados. M y yo caminamos por las calles de la capital –así le dice él a la ciudad– y las recorreremos en busca de tesoros. Libros, discos, alguna buena fiesta. Nos besamos en las esquinas y nos separamos varias veces en una plaza frente a Tribunales. A veces, pienso en ese hombre. Aún lo veo pese a que no estudio más y ya no nos cruzamos en el McDonald's. Es extraño verlo fuera de ese lugar de azulejos blancos siempre un poco sucios. En la calle observo su risa cuando habla con otras personas en el barrio, su mirada a lo lejos, su manera de caminar con su piloto celeste abriéndose con el viento, su seguridad y cierto atractivo. Lo cruzo cada vez menos hasta que nos mudamos.

Durante esos años viajamos muy poco a capital –he aprendido a decirle así yo también–. En la nueva ciudad paso mucho tiempo en casa hasta que nace mi hija. Ahí la paseo en su cochecito, esquivando las veredas rotas, los canteros con pasto seco. Es difícil esquivarlos. Todo ha sido comido por el tiempo y el olvido. Los habitantes de ese lugar son solo viejos y madres exhaustas. También hay algunos niños pero nadie puede pedirles a ellos que reparen lo destruido.

M. pasa mucho tiempo fuera. Mi hija y yo nos acostumbramos a caminar por ese barrio que no es nuestro y empezamos a

saber –o al menos yo lo sé– que un día nos iremos y solo quedaremos las dos. Antes ella deberá aprender a pararse y yo a conducirla por ese equilibrio precario, por el mundo de las rodillas lastimadas y los piecitos dudosos. Así avanzamos por esas baldosas comidas por los yuyos, una inclinada y la otra erguida. Ya estamos las dos solas. Lo de M. no tiene vuelta atrás: se ha ido y solo quedamos las dos.

Vuelvo sobre mis pasos. Santa Fe es el mismo vértigo de minifaldas, vestidos, remeras de lycra, letreros con precios y liquidaciones y crisis. Camino por ahí por primera vez con mi hija. Me toma la mano y la guío por ese mismo territorio alocado de vidrieras, carteles, personas.

Mi hija tiene cinco años. Avanzamos a veces a su ritmo y a veces al mío. Tiene las piernas largas pese a su edad. Igual está cansada. Casi nada ha sobrevivido en esas calles y, sin embargo, todo parece estar igual. Aún puedo recordar con detalles los sitios donde caminé esos años. Los cines que ya no existen, la sucursal de un supermercado, la disposición de los dulces en unas canastitas, el momento en que construyeron una confitería en la esquina de Callao. Nada permanece. Ni siquiera el McDonald's que parecía eterno. En su lugar hay una hamburguesería nueva, llena de plantas y sin segundo piso ni lugares escondidos. Después de todo ese tiempo busco el cuerpo del hombre que esquivaba en las calles. A lo lejos esa presencia me parece débil, tan fácil de barrer con un grito, tan fácil de desenmascarar bajo esa fisonomía de barrio norte.

Apenas puedo pensar en su destino entre tantos destinos de personas que dejé de ver, lugares que ya no existen. Y sin embargo recuerdo su mirada, su actitud de espera, su cuerpo cerca del mío, el olor. Pienso que tal vez haya muerto. Como tantas cosas murieron en estos años que han pasado rápido y sin embargo persisten ahí en forma de espectros, peligros a conjurar.

Como estoy con mi hija el movimiento me confunde. Busco esa intersección de espacios por los que caminé tantas veces en busca de algo. Nos alejamos y vamos en dirección a Córdoba.

Busco algo de mi pasado. Todo ha cambiado excepto las facultades estoicas y descascaradas, excepto el viento que se siente tan fuerte en la esquina de Paraguay y Junín.

Tan fuerte como en el campo en invierno, tan fuerte como esos días en que era el viento el que nos llevaba a una casa en el pueblo, a algún refugio, a tomar licor de cereza. El viento me lleva a ese instante donde todas, mis amigas y yo, empezamos a aprender el segundo idioma de la vida adulta.

Compro unos pañuelos descartables. Una estudiante de medicina, muy delgada, con el pelo rojo y un tapado gris también compra pañuelos. El vendedor dice que le puede pagar más tarde.

Mi hija tiene frío, le subo la capucha y el cierre de la campera. Le doy la mano con fuerza para que el viento y la vida implacables no se la lleven.

Nos refugiamos en una parada de colectivo, el viento cede un ratito, sale el sol y la luz es bellísima. Me dice estoy cansada, mamá, cuándo llegamos. Le digo que pronto.

164

—

165

María Antonieta Contreras

DÉCIMAS & CUECAS

DÉCIMA DE PRESENTACIÓN

Una estrofa subterránea
me conecta a los difuntos
soy oficio en contrapuntos
juglaresa extemporánea
tengo una espada instantánea
que defiende e interpreta
una palabra concreta
en el instante en que dudo
de una lira hice mi escudo
me llamo María Antonieta.

“MARÍA”. DÉCIMAS GLOSADAS

*Yo calculo que en promedio
viajo dos horas al día
dos camino a la alegría
y otros dos al sucio predio*

Soy mujer de periferia
por culpa de Pinochet
y en razón de Bachelet
me mastico la miseria
Santiago es como una feria
de monstruos de luz y tedio
y una que es del bajo medio
mal pervive micro arriba
ahí pasamos media vida
yo calculo que en promedio

Me levanto y aún es noche
las estrellas me acompañan
mi cuerpo solo se baña
se adivina entre unos broches
salgo de casa sin boche
junto a otras mil Marías
si hay algún taco en la vía
a la suerte se somete
colgada de un brazalete
viajo cuatro horas al día

Trabajo como una esclava
con su impenetrable mueca
la espalda la tengo chueca
por unas manos que lavan.
En ese talante estaba
ayer mismo, ¡suerte mía!
166 me encontré con la María
— mientras brillaba el cemento
167 fuimos de nuevo ante el viento
dos camino a la alegría

Porque la cosa es así
al final la vida es bella
aunque vea en las botellas
la nana que siempre fui
vivo en la casa fifi
sufriendo arrogante asedio
y eso no tiene remedio
porque de mis cuatro palmas
Dios le dio: dos a mi alma
y otras dos al sucio predio

Despedida

En fin, señora María
en la otra esquina bajo

AVISA CUANDO LLEGUES

habrá que ponerle atajo
a esta mortal letanía
cuatro horas en la vía
es algo demoledor
que la acompañe el Señor
yo llegué a mi paradero
... ¿no paró este caballero?
... ¡hey, la puerta por favor!

TRES CUECAS POR LA MUJER Y LA CALLE

I

Pensé que en la calle habría
un poco de libertad
enorme torpeza mía
habiendo tanta maldad

Fui con las feministas
a Plaza Italia
nunca pensé que habría
tal represalia

Tal represalia, ay sí
cantan guanacos
me llevaron en cana
¡malditos pacos!

Me quitan de la calle
pa' que no estalle.

II

Llevan siglos persiguiendo
este saber ancestral
el macho le teme mucho
a una bruja natural

Me han quemado mil veces
en tantas plazas
no han podido matarme
vivo en las brasas

Vivo en las brasas, sí
sirva de ejemplo
en la calle Monjitas
tengo mi templo

Anda a la luz del día
mi cofradía.

III

168 Mis padres ya no me quieren
— quien amo no me tolera
169 me voy no más de este pueblo
quién me vio, y quién me viera

Mi corazón palpita
ya veo el puente
me han castigado mucho
por diferente

Por diferente, ay sí
¿ves que libera
ir manejando sola
por carretera?

Vuelo sobre el cemento
y el pelo al viento.

NO NOS FALTA CALLE

Mujeres *de* la calle o mujeres *en* la calle. ¿Qué partícula verbal permitiría unir estas dos realidades –mujer y calle– sin que cualquiera de esas uniones resultara para muchos todavía hoy chocante?

Casi no importa la unión preposicional que se produzca –*de* o *en*–, la dirección lógica o ilógica indicada por el fuero interno habrá sido una sola: salir, con la consecuente transgresión a las prácticas familiares impuestas. Habrá que imaginar que la mujer abandonó la casa que era el lugar asignado desde tiempos inmemoriales, consustancial se dijo, por la dominación patriarcal, para que ella construyera el nido de familia patrilineal: muy prolífico y descontrolado en los comienzos de nuestra sociedad; menos numeroso en la segunda mitad del siglo XX, y con planificación familiar ejecutada en el cuerpo de la mujer con la expresa autorización del marido. En ese hogar, donde otro se entronizaba, la mujer recibía la denominación vacía de «dueña de casa», en circunstancia que, de verdad, nunca pudo serlo legalmente sino hasta hace muy poco con un articulado que todavía presenta ciertos bemoles; la legislación la consideraba casi una menor de edad, una criatura algo crecida, pero incapacitada de administrar sus propios bienes y su propia vida. Aquella incapacidad era fomentada por la traba doméstica que ataba a la mujer a la casa, a su rodaje, como una criada del mentado hogar, con todo su menudeo; compartiendo, además, el lecho y la intimidad con el dueño de casa que sí tenía la posesión material y legal de ese bien, algo no menor.

La mujer no tenía entonces entre tantos deberes conyugales el permiso social y patriarcal de probarse en ningún aprendizaje que la independizara, que le permitiera poner un pie en la calle; cualquier moneda que ganara, atendiendo por la ventana, tenía que ir a la alcancía del hogar, jamás a su propio monedero. Y al hablar de

170 —
171 dinero introducimos una ojeada de clase –ubicación social que no interviene igual en lo femenino que en lo masculino–, para centrarla en mujeres que aun extenuadas por el trabajo hogareño propio y ajeno –imaginar a las lavanderas, costureras, cocineiras, empleadas «para todo servicio»– mucho más tarde arribarán como asalariadas, en una incipiente industria textil. No obstante, esa mujer obrera, probablemente soltera en sus inicios, había logrado saltar valles y vallas y aprender en la práctica imitativa ya que el sistema social y cultural la seguiría manteniendo en una relegación educacional; el contrato marital no le permitiría gran cosa, excepto los vasallajes que dictaba la familia. Es oportuno decir –cuando la condición femenina es observada como única y sin matices– que las mujeres de la elite, solían llevar una vida más liberada de la domesticidad, y liberal en algunos sentidos. Pudieron degustar del ocio, a un alto precio, con las que algunas se tupieron y otras accedieron a la educación y a la cultura como excepcionalidades; grandes figuras, dentro de un esquema de dominación del género masculino. Experiencias que por su connotación económica no pudieron ser del todo traslapables al resto de las mujeres ubicadas en los escalones más bajos de la estructura social, pero fueron un indicador.

El hombre por su parte, como administrador de la hacienda y de la dote de la esposa, si la hubiera, solía solventar varias casas –léase hogares– es decir, tener otra u otras mujeres, si la posición económica se lo permitía. Y la pobreza que no concedía esa instalación casera, hizo que el hombre carente de recursos patrimoniales buscara afirmar su virilidad en la conquista y la transformara en control y marca de dominación machista, una pretendida superioridad. Dejar a una mujer embarazada, era exhibido como un triunfo de la potencia sexual masculina en los años cincuenta. Había una poligamia actuante, siempre alabada y añorada y fundada en el casi único y excepcional reconocimiento del hombre chileno hacia el hombre mapuche, en un discurso cínico, pues el matrimonio monógamo se seguía enarbolando como el ideal social de formar familia, y el pueblo mapuche y su cultura negado en el imaginario nacional.

En mi niñez chillaneja, pude darme cuenta que las palabras portaban una gran cantidad de significados que jamás llegaría a encontrar en el diccionario si no contaba con la ayuda imprescindible de mis cercanos para entenderlos; que quisieran ellos tenerme la confianza de revelar los dobles fondos de las palabras. Mi corta edad me dejaba al margen de las conversaciones «de grandes» que eran toda una escuela, y como portadora del sexo femenino, más al margen aún. Eran tiempos en que a las niñas se las tenía que resguardar de la calle que era figurada como un abismo de perdición para ellas. No era bueno que jugaran ahí donde lo hacían los niños, primos y hermanos, y donde apenas pasaban los autos; un circuito casi neutro en lo físico pero muy simbólico. Había que quedarse dentro de la casa y mirar por una ventana. Era necesario crear esa costumbre. Era evidente que como mujeres nos esperaba la ignorancia, o el castigo, por ir en un futuro en la búsqueda del árbol del conocimiento. Parecíamos mundos separados y tampoco era así: nos relacionábamos en la subordinación del mundo femenino al masculino. Recuerdo la vez que presencié un encuentro en la calle de dos hombres que se saludaban y palmoteaban su amistad. Uno de ellos preguntaba al otro, con risa disimulada: «¿Y cómo está la ‘sucu’?». El interrogado respondía conteniendo su alborozo: «¡Bien!», de manera rotunda, con placer en el rostro. Me demoré su tiempo en averiguar en la misma calle, ese secreto a voces, la referencia coloquial al concubinato a finales de la moribunda década del 50. La ‘sucu’ era la otra mujer, la amante instalada, la sucursal mantenida en secreto, resquebrajado por la propia jactancia masculina.

Eran, también, los años de los denominados hijos ilegítimos o naturales, quienes vagaban como sombras, y madres solteras apuntadas con el dedo: mujeres consideradas de segunda clase, aunque no tan descendidas como la deseada y vilipendiada prostituta siempre imposibilitada de redimirse incluso con la maternidad, quizás porque era notorio que era dueña de su cuerpo, el que vendía, aunque luego se le requisara la paga. Siendo madre igual se la estigmatizaba, quizá por su calidad de trabajadora implícita, no reconocida, de igual forma empadronada y con

carnet de salud y, por cierto, casi nunca independiente, constantemente cafichada. Forjadora de mitos sexuales y de una imaginería literaria de cuño francés, se ocultó su miseria y su tradicionalismo en pos del pasaje romántico de la iniciación sexual masculina. Eran también años en que la mujer no pudo verse ni mirarse solidariamente en otras de su género debido a una opinión pública enteramente masculina. Puestas y expuestas en fila en un escenario de valoración social, competitivo y de enfrentamiento no encontraban otra opción que la mirada del hombre que examinaba, enjuiciaba, elegía, vetaba y categorizaba a la mujer. La belleza era un atributo exigido a su ser femenino seguido por la docilidad de mujer de su casa, comedida, amorosa y atenta en la comensalía. El cliché de la gran mujer detrás de un gran hombre, que por desgracia no ha sido desmontado del todo. Salir de ese reducto protegido la tuvo que volver sospechosa de que nada bueno rondaba su cabeza. Locura, que andaba en malos pasos, tentada por rumbos y deseos oscuros.

172

—

173

Fue la propia sociedad en crisis –una situación de guerra mundial en el exterior y la pobreza interna– la que levantó sus restricciones para la llegada de la mujer, de manera más masiva, a un trabajo remunerado fuera del hogar, pero en condiciones de absoluta desigualdad salarial retributiva para desanimarla; seguro sería que por esa vía descubriera su autonomía. La pérdida del poder adquisitivo del hombre proveedor, el empobrecimiento de los hogares de la clase trabajadora abrió la puerta de la mujer, no ya a la calle para que se la motejara de ahorada o agallada, sino al mundo, donde ese espacio físico exterior al hogar vuelto ya carcelario, se hacía simbólico; y que la empujó a la experiencia increíble de sobrellevar un triple trabajo simultáneo, nunca reconocido ni valorado: el de la maternidad y la crianza, el doméstico y el asalariado. Ya en ese momento la mujer exhibía su capacidad con rigor, pero sin derecho a diálogo, a elevar alguna petición en el interior de la familia, si bien ya se le había permitido el voto político. Una conquista a medias, manipulada

e intervenida. La sociedad patriarcal no podía sentirse segura con este devenir social imparabile y por lo mismo, tenía que olvidarse de levantar los obstáculos que privaban a la mujer de incorporarse, con plenitud de derechos –sin sacrificios inhumanos– tanto a la sociedad como al país. Quedaba al desnudo el peso de la intencionalidad inconsciente.

Otra mirada retrospectiva a mi niñez me retrotrae al recuerdo de otro de los tantos esfuerzos de las mujeres por dotar a sus vidas de sentido. La gran cantidad de «señoritas profesoras» que cruzaron los años en que cursé la enseñanza primaria. Ahora sopeso y me detengo no en la vocación pedagógica de esas mujeres sino en la gravitación de su estado civil: señorita, soltera. Para entonces era común la impresión popular de que esa vocación era secundaria, nacida al frustrarse la principal: encontrar marido. Solterona, la mujer limpiaba esa falta consagrándose a los niños. En verdad, muchísimos testimonios desmienten la imaginería creada en torno al quehacer pedagógico en la mujer. Para entonces una mayoría de ellas no soñaba ya con ser elegida la reina del hogar; sus vidas afectivas, plenas de amores correspondidos, transitaban por muy diversos caminos y sus inclinaciones por el conocimiento del mundo no dejaban de ser genuinos, sin relación con ausencia de esposo. Estas realizaciones no llegaron a ser fáciles. Recién he leído, y hago la relación, que la vocación educacional de la mujer recibía la sanción del celibato, no en nuestro país sino en Alemania (el reino de la mujer no parece de este mundo)¹ y esa privación o renuncia debió ser bien vista en la región cuando las profesoras alemanas llegaron a nuestras escuelas normales, observada como un plus en la atención a los niños. Ese estado civil, la soltería, debió volverse una exigencia velada, un requisito implícito, realidad que nuestro idioma recogió, y la palabra ‘señorita’ cubrió la de profesora. No está de más, volver a decir que la educación fue un lugar donde la mujer se probó de manera muy comprometida y muy crítica. En zonas rurales fue autoridad que se reconoció legítima, pero producía inconformidad porque era un poder, y visto como un poder femenino era inconcebible, sobre todo en los campos, tan apegados a construcciones tradicionales. Sin dudas, y es de prever, el

predominio masculino luchará por su persistencia hasta el ridículo, resistiendo el tomar conciencia de su desgaste y derrumbe. Lo digo al recordar una reunión campestre en una comunidad sureña, en años postreros del siglo recién pasado. De pronto, en medio de los brindis aparecen unos jóvenes poco conocidos en el lugar. Alguien les pregunta en voz alta dónde laboran y ellos responden alzando sus copas: «Casados con profesoras».

174 — 175 La dictadura cívico-militar puso las cosas en el país en un punto cero. Hombres y mujeres quedaron sin representación ni derechos políticos y hubo gran cuidado de parte de esa cúpula en empujar a las mujeres, de nuevo al interior de sus casas, las que, a los ojos de la derecha militarizada, se habían soliviantado y malogrado con el gobierno de la Unidad Popular y la participación en organismos de base social y agitación. Se habían manifestado por cambios de carácter colectivo y comunitario sin particularidades de género. Pero entonces, no se acató la orden. Las mujeres no se adecuaron a la sujeción que imponía el nuevo modelo: un retroceso a bayoneta calada. La brutalidad del régimen las lanzó de nuevo a las calles esta vez en la búsqueda de sus familiares detenidos, de los cuerpos abatidos y hechos desaparecer. Tendrían la dolorosa experiencia de los Derechos Humanos, principio todavía hoy incomprensible para casi la mitad del país, ignorancia que lesiona directamente a la mujer. A partir de ese momento, en medio de las contradicciones generadas en el laboratorio experimental que creó el neoliberalismo en el país, y que se consolidó en tiempos de post dictadura, se produce una proliferación de agrupaciones de mujeres, la aparición de muchos puntos de vista en ese mundo-mujer en develación pública, discusiones que contribuyeron a una radicalización de la conciencia de género. A la vez, por sobrevivencia, hay un vuelco masivo hacia el empleo fuera del hogar. Más tarde, no habrá rincón ya del espacio productivo nacional adonde la mujer no haya llegado desempeñando labores, oficios y profesiones que irían desde el Programa de Empleo Mínimo a ocupar posiciones de enorme responsabilidad en instituciones. Es más, pronto se generaliza

una atmósfera de confianza y la sensación inminente de una sociedad mejorada de la mano de una mujer. Tan así es, que una de ellas da el salto en el vacío y se ciñe la banda presidencial creando grandes expectativas que, al poco tiempo, hay que reconocerlo, se congelan, porque se congela la participación de la mujer en pos de sus propios intereses. Nunca será tan fácil. La mujer ha copado el espacio público y hasta se podría decir –a pesar de las estadísticas– que lo ha saturado con excelentes rendimientos, pero se ha topado con una valla hasta ahora insalvable, con lo que el sistema social cultural y patriarcal mejor defiende sus injustos intereses: las leyes. Es la legislatura la que ha frenado, torpedeado y agujereado los nuevos avances de las mujeres dejando la sensación de que no las oye porque no quiere oír las aun oyéndolas por los oídos femeninos de las cámaras legislativas. Es esa legislación de cuño patriarcal, que sanciona y prohíbe, donde finalmente la mujer pierde el dominio de sí misma quedando ante esa ley en evidente desigualdad; ley que nos fuerza a entender que, en lo fundamental, lo femenino y lo masculino no pueden asemejarse en dignidad. En esos razonamientos, el cuerpo de la mujer deja de pertenecerle en cuanto sujeto, su cuerpo pasa a ser propiedad de la especie y la especie tiene el mandato de multiplicarse –asunto bíblico o de geopolítica– no es algo de la absoluta competencia de la mujer, es política de Estado. Y en este punto, este modelo productivista regido por la economía en estado puro, trata de hacer parir a la mujer a todo trance porque el país necesita hacer gente para crecer. En ese proyecto aberrante, el Estado ha puesto a la mujer de rodillas.

La mujer está consciente de los cambios que ha traído su desplazamiento hacia el espacio público; en la institución del matrimonio y en la familia, el primero de todos, donde hace demasiado tiempo, en muchos hogares, ella ha sido su jefa, por decir lo menos. La estructura familiar también ha mutado, esa es una historia aparte. En ese lugar íntimo familiar o en el barrio, es donde se han producido las mayores reacciones, no ridículas sino sangrientas, contra la autonomía de la mujer. Agresiones generalizadas; mujeres enfermas, heridas y muertas. Secuestradas y violadas.

Niñas embarazadas y pariendo. Otras matando la guagua recién nacida. El Estado no ha podido protegerlas. Carece de leyes civilizadas que impidan la violencia contra la mujer y los niños. La policía llega tarde al lugar del crimen. Había una orden de alejamiento, tenía prohibición de acercarse, ella lo había denunciado por amenazas, son las tardías y repetidas constataciones; la mujer se encuentra habitando casi un descampado. El estado de derecho no funciona para ella ni el ejercicio de la democracia, que se ha vuelto inerte para en estas urgentes materias, intentar con carácter de salvataje, un diálogo. No hay palabras. Solo números macabros y burlescos del incremento de los feminicidios.

Hago un alto mientras escribo este artículo. Salgo a la calle. Subo a un bus del Transantiago. Delante mío se sientan, al rincón un hombre y hacia el pasillo la mujer. Son trabajadores. Ella se sumerge en un diario de reparto gratuito y él mira por la ventana. Ella exclama: «¡Ya van tres femicidios y no ha pasado ni una semana! ¡Ni empieza el año!». El hombre responde: «La culpa la tiene la Bachelet». Ella tuerce la cara llena de interrogaciones. «¿Qué tiene que ver la Bachelet?». «Les dio demasiada libertad», habla el hombre sin mirarla. Ella no responde y sigue leyendo. Se bajan más tarde y caminan por la vereda tomados de la mano. Pienso que en el siglo pasado ella se habría sentado junto a la ventana para aburrirse y él hubiera abierto el diario comprado en el quiosco para estudiar la página de la hípica.

Mes de febrero, día del amor. Joven lesbiana es apaleada, pateada y herida de gravedad por dos hombres que ya la habían amenazado por su rechazo a probar pareja masculina. Pues, esos dos hombres le han sacado la careta al amor.

Mes de abril. Una decisión democrática confusa. Una comunidad decide lo que no le corresponde decidir. Eso ocurre porque nuestra vida cívica es errática y desinformada y amparada en

una idea liberal-populachera e inconsistente en este caso, que denominan «libertad de elegir». Se trata del Instituto Nacional, liceo de hombres y orgullo del país por su contribución a la república que, en momentos que diversos planteles de hombres y mujeres, por decisión propia y libre, porque cada establecimiento hace lo que se le antoja, están efectuando una transición a liceos mixtos, la comunidad institutana decide someter la posibilidad de esa conversión, a votación. Lo han hecho porque no hay una política de Estado que garantice una educación universal e igualitaria, poniéndole un paréntesis a la Constitución. El conteo de votos arrojó un rechazo, por mayoría relativa, a la posibilidad de recibir mujeres. El recuento revirtió la votación también por mayoría relativa para hacerlo mixto. El alcalde de Santiago, que es el sostenedor, deseaba repetir la votación. Padres partidarios de la exclusividad masculina para el Instituto Nacional pretenden recurrir a los tribunales de justicia y a una senadora de derecha le pareció «muy sano» que cada comunidad escolar eligiera su propio proyecto educativo aun cuando éste fuera segregacionista. Sin embargo, nada de esto es más doloroso que comprobar que una cantidad importante de padres votó, en realidad, contra sus hijas para que no tuvieran la posibilidad de educarse a la par de los hijos, sus hermanos, en un establecimiento de gran trayectoria en la educación pública, que formó a una elite intelectual muy importante para el país.

¿Hacia dónde tendríamos que dirigirnos las mujeres en nuestro caminar? Miro para todos lados y me parece, puede ser discutible, que es hacia esa zona que abandonó el Estado para hacer una pedagogía social en pro de la igualdad humana. Y que hay que apurar el paso porque detrás nuestro vienen las máquinas con sus cartillas que pueden relegarnos otra vez al último lugar.

¹ Isabel Bongard, Susana Pacheco Tirado, Editorial Universidad de La Serena, La Serena, 2017.

VERBA

CUANDO
LLEGUES



LAS AUTORAS

1. Yosa Vidal (1981, pasaje Ávalos, Santiago, Chile). Es profesora de Castellano, licenciada en Literatura por la Universidad de Chile y Master of Arts por la Universidad de Oregon. Ha sido becaria del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes y también de la CSWS Foundation de la Universidad de Oregon. Es autora del libro de cuentos *Los multipatópodos* (Overol, 2017), la novela *El tarambana* (Tajamar, 2013; Mármara, España, 2016) y del libro de cuentos infantiles *Érase otra vez* (Ferores Editores, 2011). Actualmente cursa un doctorado en Lenguas Romances en la Universidad de Oregon, USA.

2. Alia Trabucco Zerán (1983, avenida Luis Thayer Ojeda, Santiago, Chile). Es autora de la novela *La resta* (Tajamar, 2015), galardonada con el premio Mejores Obras Literarias del Consejo Nacional de las Culturas y las Artes y nominada al Man Booker International en su traducción al inglés. Recientemente publicó el libro de ensayos *Las homicidas* (Lumen, 2019). Sus textos de ficción y no ficción han aparecido en antologías en Chile y el extranjero.

3. Marcela Trujillo (1969, calle Bartolo Soto, Santiago, Chile). Pintora, autora y dibujante de cómics, ilustradora, columnista, profesora y docente de narrativa gráfica e ilustración. Es licenciada en Artes Plásticas mención Pintura de la Universidad de Chile y cursó el programa Fines Arts en The Arts Students League of New York, ciudad donde vivió siete años. Ha expuesto sus pinturas en Chile y el extranjero y publicado seis libros de cómic. Su última novela gráfica, *Idolo, una historia casi real* (Random, 2017), obtuvo el Premio Municipal de Literatura en edición. Es coanimadora del podcast de cómic femenino *La Polola* y coeditora de la revista *Brígida*, cómics hechos por mujeres.

4. Luz María Astudillo Ugalde (1981, avenida Argentina, Los Andes, Chile). Licenciada en Literatura por la Universidad Diego Portales. Ha trabajado como editora en la revista literaria *Grifo* y en Cuadro de Tiza Ediciones. Ha publicado el libro de poesía *cajita americana* (Cuneta, 2012) y la plaquette *Litoral* (Cuadro de Tiza, 2014). Como traductora, ha publicado *Últimos poemas*, de Anne Sexton (Cuadro de Tiza, 2014) y *La guerra de los zorros*, de Richard Siken (Cuadro de Tiza, 2017). Actualmente es parte del comité editorial de Libros La Calabaza del Diablo.

5. Alicia Scherson (1974, calle Eugenio Garzón, Santiago, Chile). Es directora y guionista de los largometrajes *Play* (2005), *Turistas* (2009), *Il Futuro* -basada en *Una Novelita Lumpen*, de Roberto Bolaño- (2013) y *Vida de Familia* -basada en el cuento homónimo de Alejandro Zambra- (2017). También ha co-escrito los guiones de *Rara* (Pepa San Martín, 2016), *Ilusiones Ópticas* (Cristián Jiménez, 2009) y *El Bosque de Karadima* (Matías Lira, 2015), entre otras. Alguna vez estudió Biología. Actualmente vive en Santiago, es madre de Ema y Lucas y profesora en la Universidad de Chile.

6. Alejandra Moffat (1982, calle Maconi, Los Ángeles, Chile). Es escritora, guionista y asesora de guion en películas producidas en Chile, Argentina, México, Colombia, España y Francia. Coguionista de *Las cartas que escribí y nunca envié* de José Luis Torres Leiva, *La casa Lobo* de Joaquín Cociña y Cristóbal León y *Une histoire sans destin* de Enrique Ramírez. Ganadora de la Muestra Nacional de Dramaturgia de Chile en dos ocasiones con las obras *Buffalito que camina con jeans apretados y chaqueta de cuero* y *Recuerdos de cosas que duelen*. Entre sus publicaciones destacan la novela *El hacedor de camas* (Sangría, 2011), el cuento *La heredera Mei Alison Yang* (Instantánea Relación, colección digital de Sangría, 2017), y el cuento “Tres fragmentos de Yordan” en la antología *Vivir allá* (Ventana Abierta, 2017).

7. Carla Zúñiga (1986, calle Sierra Bella, Santiago, Chile). Actriz titulada de la Universidad ARCIS. Fue invitada por el British Council a participar de la segunda versión del taller Royal Court, realizado en Chile. Tiene más de diez obras estrenadas, entre las cuales destacan *Sentimientos*, *Historias de amputación a la hora del té*, *En el jardín de rosas*, *La trágica agonía de un pájaro azul*, *Los tristísimos veranos de la princesa Diana*, *Prefero que me coman los perros* y *El amarillo sol de tus cabellos largos*. Es fundadora, junto con el director Javier Casanga, de la compañía La Niña Horrible.

8. Betina Keizman (1966, calle Pedro Lozano, Buenos Aires, Argentina). Es escritora, traductora y crítica literaria. Se licenció en Letras en la Universidad de Buenos Aires y realizó estudios de doctorado en la Universidad Nacional Autónoma de México. En 1997 publicó la nouvelle *El secreto de Marlene Rochell* (Colihue, Buenos Aires), y en 1999 el libro de cuentos *Zaira y el profesor* (Beatriz Viterbo, Buenos Aires). En México fueron publicados los libros *El minotauro y la sirena* (en co-autoría, Editorial Lectorum, 2001), *El misterio de Arquímedes* (Alfaguara, 2004) y *El museo de los niños* (Editorial Progreso, 2007). En 2014 publica su novela *Los Restos* en ediciones Alquimia, Chile, y en 2018 *Recurso de amparo* en La Pollera. Vivió en México y en Francia. Actualmente reside en Chile.

9. Rosabetty Muñoz (1960, calle San Antonio, Ancud, Chile). Ha publicado *Canto de una oveja del rebaño* (Ariel, 1981), *En lugar de morir* (Cambio, 1987), *Hijos* (El Kultrún, 1991), *Baile de señoritas* (El Kultrún, 1994), *La santa, historia de su elevación* (Lom, 1998), *Sombras en el Rosselot* (Lom, 2002), *Ratada* (Lom, 2005), *En nombre de ninguna* (El Kultrún, 2008), *Polvo de huesos* (Tácticas, 2012), *Chiloé, ovejas en la memoria* (El Ángel Editor, Ecuador, 2016) e *Hijos* (Ofqui Editores, 2016). Premios Pablo Neruda 2000, Consejo Nacional del Libro y la Lectura 2002 y Altazor 2013. Miembro de la Academia Chilena de la Lengua.

10. Lina Meruane (1970, esquina de Arturo Carrera y Augusto D'Halmar, Antofagasta, Chile). Su obra de ficción incluye los relatos reunidos en *Las Infantas*, y cinco novelas: *Póstuma*, *Cercada*, *Fruta Podrida*, *Sangre en el Ojo* y *Sistema Nervioso*. En no-ficción se cuentan el ensayo *Viajes Virales*, la crónica *Volverse Palestina* y la diatriba *Contra los hijos*. Ha recibido los premios Cálamo (España 2016), Sor Juana Inés de la Cruz (México, 2012), Anna Seghers (Alemania, 2011) y becas de escritura de la Fundación Guggenheim (USA), la NEA (USA) y DAAD (Berlín), entre otros. Actualmente enseña en la Universidad de Nueva York.

11. Daniela Catrileo (1987, calle María Graham, Santiago, Chile). Licenciada en educación y profesora de filosofía. Ha publicado el libro colectivo *Niñas con Palillos* (Balmaceda Arte Joven Ediciones, 2014), ganador del Premio Mustakis, y los libros *Río herido* (Edicola Ediciones, 2016), *Invertebrada* (Luma Foundation, 2017) y *Guerra florida* (Del aire, 2018). También es autora de las plaquettes *Cada vigilia* (2007) y *El territorio del viaje* (Archipiélago Ediciones, 2017). Ha participado en diversas antologías y encuentros literarios, tanto nacionales como internacionales.

12. Macarena Urzúa Opazo (1978, avenida Vitacura, Santiago, Chile). Ph.D. en Literatura Hispanoamericana por Rutgers University. Su investigación se ha especializado tanto en la poesía chilena y latinoamericana del siglo XX como en el cine y crónica chilenas con énfasis en teorías de la memoria y el paisaje. Es investigadora del CIDOC y Profesora Asociada de la Escuela de Literatura de la Universidad Finis Terrae. Ha publicado el libro de poesía *Jersey City* (Fuga, 2009 / Beca Creación Consejo del Libro y de la Lectura) y obtuvo la Beca de Creación Poética para el poemario *Escrito sobre el agua* (Castor y Pólux, 2018). Es co-autora de *Ensayos para leer poesía* (Cussen, Labraña y Urzúa, Libros del Laurel, 2018).

13. Nina Avellaneda (1989, Camino a Llú-Llú, Limache, Chile). Pseudónimo de Carolina Astudillo Zamora, licenciada en Lengua y Literatura Hispánica, profesora de lenguaje y magíster en Arte, Pensamiento y Cultura Latinoamericanos. Ha publicado los libros de cuentos *Heroína* (Hebra Editorial, 2010) y *La extravía* (Ediciones del Desierto, 2015), además de participar en la Antología *Nuevos poetas* de la UNAM (2011).

14. Flavia Radrigán (1964, calle Franklin, Santiago, Chile). Es dramaturga y narradora. Ha ejercido la crítica teatral y la dirección de talleres de dramaturgia. Algunas de sus obras estrenadas son *Miradas lastimeras no quiero*, *Qué rosa más horrible*, *Un ser perfectamente ridículo*, *Lo que importa no es el muerto* y *Peligro de mí*. Sus obras y cuentos han sido publicados en antologías y revistas, tanto en Chile como en el extranjero. Ha sido becaria del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes y obtenido diversos reconocimientos, como los premios Consejo Nacional del Libro y la Lectura, Municipal de Dramaturgia y Juegos Literarios Gabriela Mistral.

15. Pía Barros (1956, fundo Santa Rosa de Lo Sierra, Melipilla, Chile). Es escritora, feminista y docente de los talleres Ergo Sum, que dirige desde 1978. Entre sus publicaciones destacan *Miedos transitorios* (Ediciones Ergo Sum, 1985), *A horcajadas* (Mosquito Editores, 1992), *El tono menor del deseo* (Cuarto Propio, 1990), *Signos bajo la piel* (Grijalbo, 1994), *Ropa usada* (2000), *Los que sobran* (2002), *El lugar del otro* (2011) y *Las tristes* (2015), los cuatro bajo el sello Asterión. Sus cuentos han aparecido en diversas antologías nacionales y extranjeras. Tiene a su haber la primera novela chilena publicada en formato digital: *Lo que ya nos encontró* (Chilelibro.com, 2000).

16. Natalia Figueroa Gallardo (1983, avenida Estadio, La Serena, Chile). Poeta y doctora en Literatura. Su libro de poemas *Una mujer sola siempre llama la atención en un pueblo* (Das Kapital Ediciones, 2014) obtuvo el premio a la Mejor Obra Literaria publicada en poesía 2015

en Chile. Editó *Tierra incógnita* (Altazor Ediciones, 2012), una muestra de la poesía de escritores vinculados a La Serena, y fue directora de la revista de literatura y política 2010. Tradujo desde el griego moderno *Diarios de exilio* (2015) y *Canción de mi hermana* (2016), ambos de Giannis Ritsos. En 2018 se publicó su libro *Ideologías excluyentes en la literatura chilena* (HC Historia Chilena). Coorganizadora del Encuentro de escritoras Islas Nuevas, en Santiago de Chile, y organizadora del encuentro de poesía Poemas para náufragos y viajeros, en La Serena.

17. Verónica Jiménez (1964, calle larga, población Santa Victoria, Santiago, Chile). Escritora y periodista. Ha publicado poesía, narrativa y ensayo. Entre sus libros destacan los poemarios *Palabras hexagonales* (Quimantú, 2002), *Nada tiene que ver el amor con el amor* (Piedra de Sol, 2011; traducido al italiano por la poeta Sabrina Foschini y publicado por Raffaelli Editore en 2014) y *La aridez y las piedras* (Garceta, 2016), con el cual obtuvo el Premio Municipal de Literatura 2017. Con su ensayo *Cantores que reflexionan*.
 186 — *Cultura y poesía popular en Chile* (Garceta, 2014) ganó el Premio
 187 Mejores Obras Literarias del Consejo del Libro en 2012. Es autora, además, de la novela *Los emisarios* (Garceta, 2015).

18. Begoña Ugalde Pascual (1984, calle Holanda, Santiago, Chile). Estudió Literatura Hispánica en la Universidad de Chile. Ha publicado los poemarios *El cielo de los animales* (2010, Calle Passy), *La virgen de las Antenas* (2011, Cuneta), *Lunares* (2016, Pez Espiral) y *Poemas sobre mi normalidad* (2018, Ril ediciones), y el relato *Clases de Lenguaje* (2016, TEGE). Es autora además de numerosas obras teatrales, entre las que destacan *Fuegos artificiales*, *Temporada baja*, *Yo nunca*, *Lengua materna*, *Cadena de frío* y *Toma* (publicada por Ediciones del CNCA). Actualmente vive en Barcelona, donde cursó el Master de Creación Literaria de la Universitat Pompeu Fabra.

19. Carmen García Palma (1979, calle Las Tórtolas, Santiago, Chile). Es autora de los libros de poemas *La insistencia* (Libros de

la Elipse, 2004), *Gotas sobre loza fría* (Cuarto Propio, 2011) y *Máquina para hablar con los muertos* (Ediciones Bastante, 2016). Su trabajo ha sido destacado en dos ocasiones con la Beca de Creación Literaria del Consejo Nacional del Libro y la Lectura. Sus poemas han sido incluidos en diversas antologías. En 2018 publica *Las Oscurecidas*, su primera novela, por el sello Emecé Contemporáneas.

20. Ana María Baeza (1969, calle Manuel Montt, Santiago, Chile). Es doctora en Literatura, poeta y cantora. Investigadora de la poesía popular hispanoamericana y docente en la Universidad de Chile. Ha publicado los libros de poesía infantil *Pablo. Décimas por la infancia de Pablo Neruda* (MN Editorial, 2002), *De la Rosa a la Violeta* (Ediciones de Pantalón Corto, 2012), *Qué será que rima ahí. Versos y décimas por los animales* (Ediciones de Pantalón Corto, 2017), sí como el ensayo *No ser más la bella muerta. Erotismo, sujeto y poesía en Delmira Agustini, Teresa Wilms Montt y Clara Lair* (Ediciones de la Universidad de Santiago de Chile, 2012). Desde 2015 compone tonadas.

21. Mónica Drouilly Hurtado (1980, avenida Los Presidentes, Santiago, Chile). Narradora, dramaturga y editora. Licenciada en estética e ingeniera civil de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es autora del libro de cuentos *Retrovisor* y los textos teatrales *Querido John*, *Take a chance on me*, *#WishList* y *Lovelace*. Ha sido merecedora de diversos reconocimientos, entre ellos, el Premio Mejor Obra Literaria 2018, mejor obra emergente en la XVIII Muestra Nacional de Dramaturgia y el Concurso de Cuentos Paula. Es fundadora del sello editorial Noctámbula.

22. Florencia Smiths (1976, pasaje Lluta, San Antonio, Chile). Profesora de Castellano y licenciada en Educación (UPLA). Ha publicado *El margen del cuerpo* (Editorial Fuga, 2008), *La ciudad No* (Economías de guerra, 2009), *La velocidad de la caída* (Ediciones Inubicalistas, 2014), *Estética del tajo* (Pez espiral, 2017) y *Estudios sobre la distancia* (Pez espiral, 2018). Ha participado en

diversos encuentros y festivales, algunos de ellos: Poquita Fe (2004), Descentralización poética (2008), Chile-poesía (2003, 2008), Contrímel (2010), A cielo abierto (2016) y Festival PM III (2018). Ha realizado lecturas en Alemania y Paraguay.

23. Juana Inés Casas (1977, avenida Dindart, Ayacucho, Argentina). Es periodista y editora. Estudió Ciencias de la Comunicación en la UBA. Vivió en el campo argentino hasta los cuatro años, en un pueblo hasta los 17, luego en Buenos Aires y desde el 2005, en Santiago de Chile. Trabajó como reportera en esos lugares y en otras ciudades de América Latina. Publicó un libro de cuentos, *El tiempo de los peces* (Ediciones de la Lumbre, 2011) y relatos suyos han sido publicados en las antologías *Vivir allá* (Ventana Abierta Editores, 2017) y *Ocho mil caracteres* (Premio Itaú de Cuento Digital, 2014).

188

— **24. María Antonieta Contreras Mundaca** (1981, avenida Vicuña Mackenna, Santiago, Chile). Cantora a lo poeta, socióloga y magíster en Arte, Pensamiento y Cultura Latinoamericanos. Como investigadora se ha interesado en los procesos culturales que permiten el aprendizaje y la enseñanza de oficios. Es una de las primeras mujeres en la escena chilena de la paya en el siglo XX. Desde 2012 se presenta públicamente como payadora en encuentros donde la poesía se improvisa en estrofas tradicionales, bajo la forma de diálogo o contrapunto. Acompaña el canto de poesía con guitarra y guitarrón chileno. Ha participado de publicaciones escritas, congresos, lecturas públicas, encuentros internacionales de poesía cantada y en la creación de varios discos colectivos.

189

cinco ediciones en castellano y traducciones al francés, inglés e italiano. La primera etapa de su escritura fue recogida en *Actas urbe* (Alquimia, 2013); le sigue la antología *Los trabajos y los días* (Lumen, 2016) y en 2018 publica *Pájaros desde mi ventana* (Alquimia Ediciones) y *Pena corporal* (Fundación Pablo Neruda). Figura en innumerables antologías nacionales e internacionales, y en 2018 recibió los premios Nacional Jorge Teillier e Iberoamericano Pablo Neruda.

25. Elvira Hernández (1951, esquina sur-poniente de O'Higgins y Rioseco, Lebu, Chile). Nació con el nombre de pila de Rosa María Teresa Adriasola Olave. De sus publicaciones, *La Bandera de Chile* (Editorial Libros de Tierra Firme, 1991) tiene

LAS EDITORAS

Alejandra Costamagna (1970, calle Hermanos Cabot, Santiago, Chile). Periodista y doctora en Literatura. Ha publicado las novelas *En voz baja* (Premio Juegos Literarios Gabriela Mistral 1996), *Ciudadano en retiro*, *Cansado ya del sol* y *Dile que no estoy* (Premio Círculo de Críticos de Arte 2007); los libros de cuentos *Últimos fuegos* (Premio Altazor 2005), *Animales domésticos*, *Había una vez un pájaro* e *Imposible salir de la Tierra*, y el compilado de crónicas *Cruce de peatones*. Su más reciente novela, *El sistema del tacto*, fue finalista del Premio Herralde 2018. En 2003 obtuvo la beca del International Writing Program de la Universidad de Iowa, y en 2008 el Premio Anna Seghers (Alemania).

190 **Carolina Melys** (1980, calle Enrique Mac Iver, Santiago, Chile).

— Licenciada en Literatura Hispánica y profesora de Lenguaje.

191 Se ha desempeñado como crítica e investigadora literaria. Es autora del libro de cuentos *Incorruptos* (Montacerdos, 2016), con el que obtuvo la Beca de Creación del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. Ha participado en diversas antologías, entre ellas: *Vivir allá: Antología de cuentos sobre la inmigración en Chile* (Ventana Abierta Editores, 2017), *El legado del monstruo: relatos de terror* (Zig Zag, 2018) y *Santiago* (Dostoyevsky Wannabe, 2019).

C O L O F Ó N

Ésta publicación fue impresa en la ciudad de Santiago de Chile en agosto de 2019, se terminaron de imprimir 1.000 ejemplares de *Avisa cuando llegues* en los talleres de Camare Impresores. En cubierta se utilizó cartulina de 250 gr, impresa en cuatricromía + polimate por tiro. Para el interior papel bond de 106 gr y Pantone 268 U

